

MIGUEL MOLINA RABASCO

# EL GRAN ATENTADO

DICIEMBRE 2017

MIGUEL MOLINA RABASCO

# EL GRAN ATENTADO

DICIEMBRE 2017



## CAPITULO I

El regreso a casa siempre era lento. Después de una cena frugal en cualquier restaurante barato, muchas veces en algún bar o tasca de barrio con pestilente olor a aceite refrito de mala calidad, caminaba despacio, con paso cansino, titubeante, fumando el penúltimo cigarrillo, mientras recordaba los acontecimientos del día a la caza de los que hubo de correr, desde muy temprano, con los ojos semicerrados, la corbata ladeada y la mente somnolienta aún, a consecuencia de una noche con sueño entrecortado y ligero, que el calor agobiante hacía difícil.

El día había sido exasperante por lo monótono y aburrido. Los sucesos eran idénticos a los ocurridos ayer, anteayer y a los de toda la semana: unos cuantos robos de menor cuantía, algún accidente automovilístico, la paliza propinada por el chulo a la putita callejera, el tirón al bolso de la anciana, el coche desaparecido, la fallida venganza del marido burlado que sorprende a la parienta en delirio erótico, a media mañana, y otros hechos semejantes, todos grises, cotidianos, repetidos con reiteración, como si la imaginación maléfica de la sociedad estuviese agotada y no diera para más.

Su misión de Comisaría en Comisaría, de Hospital en Hospital, a la búsqueda de las noticias negras de una pequeña y gris ciudad provinciana, que luego reflejaría en unas cortas columnas de la sección de sucesos del periódico local, en el que llevaba trabajando demasiados años, le hacía sentirse deprimido y agotado. Tampoco le atraía llegar al solitario apartamento, desordenado y sucio, donde le aguardaban una botella de güisqui y varios libros con los que llenar las horas insomnes y cálidas del verano.

Ya apenas recordaba ninguna compañía. Antes de casarse, su hija pasaba con él algunos fines de semana, o parte de las vacaciones de estío. Eran aquéllos unos días felices en los que llegar hasta casa constituía la obsesión de todo el tiempo pasado en el trabajo. Al regreso compraba un pequeño ramo de flores y algunos dulces, con los que obsequiaba a la muchacha. Después se iban al cine o paseaban por las estrechas callejuelas del barrio antiguo, que tanto le gustaban, y por la ribera, escuchando el rumor del agua del río.

-¡Cuántos años hace ya! - piensa.

Pero <sup>eran</sup> no son tantos. Seis o siete si acaso. La sensación de distancia en el tiempo es consecuencia de la pesada soledad, de la monotonía, del círculo cada vez más estrecho y vacío en el que se desenvuelve la existencia, sin horizontes abiertos a los que intentar llegar, sin ilusiones que impriman fuerza e impulso al hecho de vivir.

Más de una vez pensó desertar de esta forma de vida anodina y estúpida y emprender nuevo rumbo. Pero nunca pudo vencer la inercia de tantos días haciendo lo mismo, que le tenía sumido en una pereza existencial imposible de superar. Haría falta, se decía cuando reflexionaba sobre esto, algún estímulo extraordinario, algún suceso inesperado, para poder escapar del cerco, cada vez más reducido y agobiante, en el que se encontraba apesado. Pero la verdad es que no lo encontraba o no se le ocurría. Quizá, pensó en ocasiones, un golpe de suerte y ganar, por ejemplo, el premio Planeta, con su enorme y codiciable dotación y su no menos capacidad de lanzamiento a la fama, podría obligarle o impulsarle a salir del "impasse" en que se encontraba. Estaba en la profesión por culpa de su frustrada vocación literaria que, con intermitencia, reverdecía, de manera especial cuando le embargaba la depresión o se contemplaba como un fracasado irrecuperable. Entonces le invadía el deseo de desprenderse de todo aquello que nada valía pero que, por cobardía y más probablemente por desidia, le tenía hundido en un mundo de soledades, de carencias, de renunciadas sin compensación alguna.

Ocasiones hubo en que, con una prisa casi febril, olvidándose de todo durante días, dedicó entero su tiempo a pensar e inventar argumentos para la obra que le sacaría del anonimato, lanzándole a la fama y a la riqueza. Pero nada más comenzar y tropezar con las



primeras dificultades de la redacción, le invadía el desánimo y una tristeza amarga y tenaz, que aumentaba su excesivo sentido crítico, impidiéndole sobrepasar los primeros folios. Entonces recurría al whisky y a la cajetilla de tabaco y dejaba transcurrir las horas y los días, indeciso e inactivo, hasta que el teléfono de la redacción sonaba furioso requiriéndole con premura a cumplir su tarea diaria, so pena de despido fulminante e inmisericorde. Y la verdad es que el director, por compasión o por los muchos años de convivencia, le toleraba demasiadas ausencias e incumplimientos.

Volvía de nuevo a la rutina cotidiana, a teclear la vieja máquina de la oscura redacción, después del recorrido habitual por los lugares en los que las noticias solían producirse o donde podían informarle de los menudos delitos acaecidos en el transcurso del día, para rellenar el hueco asignado en las últimas páginas del periódico, con frases manidas y estereotipadas, alias repetidos y con tan poca imaginación como los hechos que en una y otra jornada acontecían. Solo por una cierta honestidad profesional se molestaba en visitar diariamente sus fuentes de información; pero la verdad es que muy bien podría inventarlas con la seguridad plena de que las acertaría casi al cien por cien.

Por fin llegó a casa. En el portal recogió la correspondencia, compuesta en su mayoría por ofertas de libros, avisos de descubiertos en bancos, cargos en cuenta de recibos del teléfono y de facturas, hojas y folletos de propaganda de detergentes y otros artículos que llenaban el buzón. Casi todas las arrojó al cubo de la basura sin abrir; el resto, después de ojearlas, las dejó sobre la mesa despreocupadamente.

Con el vaso de whisky en la mano, se dejó caer en el viejo sillón, frente a la televisión. Con el mando buscó algún programa que no fuera la consabida película antigua o el entontecedor show de turno hasta que, cansado de la inútil búsqueda, apagó el aparato y se fue a la cama. No tenía sueño. Después de pasear la mirada, de forma inconsciente, por el desconchado techo, encendió la radio. Como siempre, hablaba de fútbol, de deportes, de cotilleos de clubes; José María García o el homólogo comentarista, hablaba y hablaba con palabras entrecortadas, subrayaannndo afirmaciones, recalcaannndo frases, con una monotonía tan adormecedora que ya se le cerraban los ojos cuando interrumpieron el programa para dar noticia de un atentado. Escuchó atento. Había sido en Madrid, en un cine. El número de víctimas era elevado, el mayor quizá de toda la historia terrorista y el más indiscriminado. Existía enorme confusión y un auténtico caos en toda la zona.

-¡Miserables! -exclamó entre dientes.

Nadie más tolerante y comprensivo que él, precisamente por su conocimiento de las miserias humanas, por su experiencia de los bajos fondos; pero nadie, también, más inflexible con el respeto a la vida. Bastantes adversidades, problemas y angustias comporta en sí misma la existencia y la certeza de que hemos de extinguirnos, para que se le añada, además, el riesgo de que nos destrocen por sorpresa cuatro locos cobardes y siniestros. Ningún ideal puede justificar la utilización de la muerte como medio para lograrlo. Es una aberración moral e intelectual defender ideas, o propagarlas, mediante la destrucción y el crimen.

La radio no dejaba de emitir avances sobre el atentado. Desde las proximidades del lugar, el locutor entrevistaba a las personalidades que llegaban, con un fondo trágico de sirenas de ambulancias y llantos de gente horrorizada por el número de víctimas y heridos. Las respuestas, como es natural, eran las habituales en estos casos: condena sin paliativos a los autores, repulsa del procedimiento y confianza en el triunfo de la ley.

-¡Y un cuerno!- casi gritó.

Siempre que acontecía algo por el estilo se apoderaba de él una irritación incontrolada. Si en sus manos estuviera el adoptar decisiones, mal lo pasarían los terroristas y compañeros de viaje. No diente por diente, como en la ley del Talión, sino diez por uno, y mano dura, durísima, sin contemplaciones ni tiquismiquis estúpidos. Son hienas que no merecen la menor consideración.



Próxima la madrugada cerró los ojos vencidos por un sueño entrecortado y ligero. En duermevela, despertándose por cualquier ruido y volviéndose a dormir acto seguido, con entremezcladas ensoñaciones donde aparecía la hija ausente, los miembros desparramados de las víctimas del acto terrorista, los rostros sin rasgos de los criminales y el antipático gruñido de la portera, reprochándole la clandestina visita de alguna nocturna vendedora de favores, elegida más por tener compañía que por desahogo sensual, llegó el día sin apenas conseguir un descanso suficiente para emprender de nuevo la cotidiana tarea.

Serían las siete, poco más o menos, cuando el agua fría de la ducha consiguió regresarle al mundo real. Se preparó un café bien cargado y una tostada con pan duro de sabe Dios cuantos días. Mientras trabajosamente engullía el frugal desayuno, iba recordando las noticias escuchadas y las distorsionadas imágenes de los sueños. La radio, que había funcionado durante toda la noche, continuaba dando noticias espeluznantes del suceso.

-Habría que hacer algo positivo para acabar con todo esa locura- pensó.

Pero, evidentemente, no le competía a él ni tenía posibilidades para ello. Aunque, en cierta manera, todos podemos hacer algo: un gesto, una denuncia, una reprobación, una manifestación clara y enérgica de que jamás se aceptarán pretensiones impuestas con tales medios. Quizá una forma válida y eficaz fuera exponer a la luz pública, con crudeza y maestría, los perversos procedimientos usados, los inconfesables intereses ocultos, la maldad patológica de los asesinos, abriendo los ojos a potenciales seguidores, seguramente ingenuos, poco formados y con frecuencia envenenados con falsas ideologías o creencias.

Todo el día esta idea le fue rondando mientras realizaba su trabajo de forma mecánica y contestaba con monosílabos las preguntas de sus compañeros. Sobre el atardecer, cuando daba los últimos toques a la redacción de las noticias de su sección, recibió una llamada de Julia, la hija. Acababa de tener su segundo hijo y quería que él lo apadrinara. Le hizo mil preguntas sobre cómo le iban las cosas y le reprochó, siempre lo hacía, que no encontrara un hueco para visitar a su familia, la única que poseía.

-No es bueno vivir tan solo como tú vives -le riñó-. Toma unas vacaciones y vente con nosotros.

El asentía a todo. La verdad sea dicha, tenía deseos, grandes deseos, de ver a su hija y cambiar de ambiente; solo que una especie de inercia vital le retenía sujeto a la rutina en que se habían convertido el quehacer cotidiano y su propia vida, totalmente plana, sin altibajos ni accidentes de ninguna clase. Súbitamente le acometió la necesidad de cambio, de probar otros modos, quizá de iniciar un nuevo rumbo que imprimiera más atractivo al trabajo y mayor ilusión a su propia alma. Y sin pensarlo mucho fue a dirección.

-Necesito unos días de vacaciones; July es nuevamente madre y yo voy a ser el padrino de mi nieto.

-Toma el tiempo que quieras. Enhorabuena. ¡Ah! Y como vamos a reformarlo todo, ya que te gusta la literatura, ve pensando algo para el suplemento semanal que crearemos.

-Gracias. Hasta la vuelta.

Y salió disparado hacia el apartamento. Introdujo en la vieja maleta, de manera desordenada, alguna ropa, la bolsa de aseo y varias tarjetas de crédito, marcó el teléfono de una conocida agencia, reservó billete para el vuelo de media noche, único que disponía de pasaje libre, miró el reloj y se sentó relajado.

-¡La suerte está echada! -exclamó, como Cesar.

Indudablemente la frase era excesiva. Nada se jugaba con el viaje y el abandono momentáneo del trabajo. Y, sin embargo, en algún recóndito rincón del subconsciente, algo le indicaba que sí era como el paso del Rubicón, una suerte de cambio en su vida..

... ..

El avión comenzó a moverse, suavemente al principio, hasta enfilarse la pista;



luego sus motores rugieron con fuerza y fue adquiriendo aceleración, levantó el morro y se elevó por el aire, como una enorme flecha disparada al cielo. La descripción, con certeza, era un tanto tópica y manida, pero a él le parecía certera. En los minutos que la aeronave tardaba en alcanzar la altura necesaria, que parecían lentos y largos, siempre imaginaba qué ocurriría si, por un fenómeno inexplicable o como consecuencia de una extraña fuerza, siguiera subiendo, subiendo, hasta escapar de la gravitación. En más de una ocasión comenzó a escribir un cuento con el tema, sin que nunca llegara a acabarlo. La última vez el argumento estuvo prácticamente hilvanado. Y como siempre quedó en simple proyecto. Padecía una especie de pereza vital crónica que le obligaba a no realizar ningún esfuerzo mental o físico. Las ideas le surgían pero nunca las materializaba.

La subida había terminado. La voz del comandante informó de la altura y velocidad a que volaban y el tiempo que, aproximadamente, faltaba para la llegada. Hundido, más que posado en su asiento, intentó ver algo a través de la ventanilla. Las luces de la ciudad iban perdiéndose en un horizonte negro. Le sobrevino un fuerte dolor de cabeza, acompañado de un sudor frío, tal vez debido a un enfriamiento de última hora, y pidió a la azafata un calmante. ~~Encendió un pitillo y,~~ ~~observaba,~~ ~~(el humo)~~ mientras casi en un juego, fue pensando cómo escribiría ahora aquel cuento nunca empezado. Sin duda tenía que ser algo fantástico, fuera de los comportamientos normales, pues no podía justificarse, de forma científica, un hecho así. Y para otorgarle una apariencia de misterio, de anormalidad, de algo inexplicable y extraño, que escapa a toda lógica y a toda ley conocida, habría que distorsionar la idea o, mejor, la imagen de la realidad que la experiencia nos ha grabado en la memoria. Para ello nada mejor que difuminar las cosas y los seres mediante la creación de un ambiente sin apenas relieve, como sumergido en una niebla que atenúa los contornos, hasta casi borrarlos... Cerró los ojos, casi vencido por el sueño. Y en esta duermevela volvió a recordar, o vivir de nuevo, la inclinación del avión elevándose, elevándose, mientras rugían potentes los motores. Y pasaron diez, quince, treinta minutos.... Y el aparato continuaba una ascensión que parecía inacabable. Y pensaba -¿soñaba?- cuánto tardaba en alcanzar la altura normal... Aquello era, cuando menos, raro, bastante raro... El dolor de cabeza se había aliviado con la píldora y el sudor de la frente, poco a poco, fue desapareciendo. La azafata, solícita, al pasar junto a él, se interesó por su estado. Sí, estoy mejor, muchas gracias, contestó casi mecánicamente, sin apenas abrir los ojos. Y la verdad es que el ahogo, los escalofríos, habían desaparecido; solo sentía una laxitud creciente por todo su cuerpo. No tenía fuerzas ni para mover los dedos. Mas, sin embargo, era un estado agradable, como una especie de ingravidez en la que el organismo flotara sin peso, sin roces, suave y dulcemente...; y esta sensación de ligereza, nunca antes percibida, le producía un indefinible y vago placer.

Así transcurrió tiempo, mucho tiempo... Adormilado, el periodista calculaba cuánto sería razonable escribir que duraba tal situación. El personaje de la narración, sin embargo, poco a poco, se hacía protagonista del sueño y era él quien pensaba...O, al menos, eso era lo que soñaba el periodista que ocurría y, atemorizado, trataba de despertar sin conseguirlo. Y en esta lucha interna, con un personaje intruso en su mente, se agitaba en el asiento. Un toque repetido en el hombro le hizo abrir los ojos. Y vio el bello rostro de la azafata que le miraba preocupada. No, no me

*Quizá nada. Pero...*



observó con más detenimiento a la muchacha, que le sonreía amable. Y notó que había cambiado de uniforme; ahora vestía una falda azul celeste y una chaquetilla blanca, blanquísima, que casi cegaba; y le pareció, también, que había menos pasajeros que cuando subió, aunque esto no podía afirmarlo con certeza, dadas las circunstancias de su llegada, agotado por la jornada, por la prisa y atolondrado por una inoportuna fiebre; y se sorprendió algo con la tenue luz, que daba un tinte especial, casi fantasmagórico, a toda la nave... El acompasado ruido de los motores lo tranquilizó. Casi todos los pasajeros dormitaban. Fuera, la oscuridad, era densa, impenetrable; nada se veía por las ventanillas. Repasó los acontecimientos del día, pero algo extraño le ocurría a su memoria, a su mente: recordaba cosas, hechos de los que estaba seguro no haber sido protagonista en las últimas horas. Así, por ejemplo, había olvidado además del fatigoso día en la Audiencia, de las prisas en el piso para no perder el pasaje, de la irritación con la lentitud del taxista, que no se atrevía a correr con la intensa lluvia de repentina tormenta y el exceso de tráfico, del malestar que le embargaba, de la aspirina que la azafata le había dado ya acomodado en el asiento, de las imágenes de la redacción de un periódico de provincias, de una carta de July, de una noche de insomnio y calor, oyendo noticias de un atentado, de difusas intenciones de escribir una narración sobre un viaje insólito... En cambio le aparecían escenas de un Consejo de Administración, de unas reuniones casi violentas, de una mujer desconocida... ¿Estaré volviéndome loco?... No... No. Debe ser del estrés, del cansancio. Y, con ánimo de dormir un rato más, cerró de nuevo los ojos.

¿Había pasado mucho tiempo o solo unos minutos? No lo sabía. Lo cierto es que tenía la sensación de haber dormido profundamente durante horas y que, de pronto,, como si alguien le sacudiera con violencia, despertó sobresaltado. Miró hacia todos lados y no vio nada que justificara algún temor. Y ya iba a recostarse nuevamente, en una postura cómoda, cuando la voz del piloto, a través de los altavoces, comunicó que debido a algunos problemas técnicos, que no revestían gravedad, tenían que interrumpir el vuelo y aterrizar en un aeropuerto cercano, el de la ciudad.... Aquí, tal vez por deficiencias del sonido, no logró escuchar bien el nombre. Casi sin transición, la luz del día entró a raudales por las ventanillas; una luz cada vez más clara y diáfana, como la recién estrenada del amanecer de un día de verano en tierras del Sur. La nave comenzó a descender, con el morro inclinado de una manera que no era habitual. Inconscientemente, en un acto reflejo, se apretó contra el asiento, como temiendo la violencia de un choque contra tierra; pero no, el avión se posó suavemente y a los pocos minutos estaba completamente quieto sobre la pista.

Transcurrió bastante tiempo hasta que las azafatas indicaron que podían salir. El número de pasajeros sería apenas la mitad de la capacidad de la nave. Con gran orden, sin prisas, fueron acercándose a la puerta. Cuando llegó hasta ella observó, curioso, el exterior. Nada podía destacarse: ~~la pista era pequeña~~ el aeropuerto daba la sensación de pertenecer a alguna ciudad poco importante y de escaso tráfico. Un viejo autobús los esperaba. Sin saber por qué empezó a sentirse incómodo, desasosegado, inquieto. Vagamente percibía la existencia de algo raro, inhabitual, en aquel viaje, en los acontecimientos y en el pasaje; algo que no sabía concretar ni distinguir. Por momentos, de forma creciente, iba poniéndose nervioso, tenso, expectante, como intuyendo un peligro desconocido, un suceso extraordinario y sorprendente, fuera de todo control y contra el que fuera imposible ninguna lucha o



resistencia...

El autobús, renqueante, se acercaba al edificio de la terminal. Nada en especial distinguía a las instalaciones; si acaso, su aspecto podría considerarse descuidado, viejo. Tampoco había mucha actividad. Algún que otro viejo vehículo, procedentes de otras naves, se dirigían también, sin prisas hasta ellas. Sin descubrir la causa, su excitación aumentaba. Dirigió la mirada a sus compañeros, con ánimo de hallar en sus rostros alguna preocupación, y solo descubrió una impasibilidad inexplicable, como si nada ni nadie pudieran afectarles. Y fue, entonces, cuando empezó a vislumbrar una de las causas de su propia inquietud: el insólito comportamiento de sus compañeros de viaje, todos callados, insensibles a cuanto ocurría alrededor, como abstraídos por quién sabe qué meditaciones o sucesos que los apartaban del presente. Y se dio cuenta, entonces, del silencio que los envolvía, como un manto denso. Ninguno hablaba, ni se oían ruidos. Incluso el motor del vehículo parecía tener sordina, que apagaba sus desacompasadas explosiones. Tocó el hombro de su compañero más próximo, para llamarle la atención, pero este, con una mirada extraña, que podría calificarse de vacía, como la de un ciego, lo dejó indeciso, sin saber que decir. Afortunadamente, habían llegado. Bajaron despacio y entraron a una sala de espera.

Las azafatas habían desaparecido. Sobre un panel electrónico aparecieron unas palabras de bienvenida con el ruego de que disculparan las molestias, y el anuncio de que en breve recibirían instrucciones. Pero no fue breve, no, la espera. Ya dormitaba otra vez - ¿por que se amodorraba tanto en este viaje?-, cuando por el altavoz comunicaron que los viajeros de su vuelo debían dirigirse a la oficina de información, situada al final del pasillo de la derecha. Con paso cansino, en silencio, enfiló aquel pasillo, largo, muy largo, casi interminable, y oscuro, muy oscuro, que apenas permitía distinguir las figuras de sus compañeros, que parecían sombras. Pero cuando llegó hasta el mostrador, el aspecto de todo cambió. Había luz, mucha luz, y relucían los muebles, y el suelo estaba limpio y brillante como espejo, y sonaba una agradable música ambiental. Una bella muchacha le esperaba con una amplia sonrisa, que embellecían unos dientes perfectos, como de cartel anunciador de dentrífico.

- Su documentación, por favor.

Entregó el pasaporte, sin dejar de mirar a la joven, que poseía un gran atractivo, al tiempo que preguntaba:

- ¿Estaremos mucho tiempo aquí?

- No se preocupe,- se limitó a responder ella, mientras examinaba el documento una y otra vez, con cierta preocupación.

- Por favor, señor, este pasaporte, ¿es suyo? Los datos no puedo leerlos todos, están casi borrados... Y por la fotografía, muy deteriorada, no puedo identificarle...

Sorprendido, miró el pasaporte que le mostraba la azafata y, ciertamente, la fotografía estaba borrosa hasta el extremo de no reconocerse y de los datos, casi ilegibles, sólo podían leerse el segundo apellido y la fecha de nacimiento, y no eran los suyos. Sacó la cartera y todo cuanto llevaba, nervioso, y comprobó su carnet de identidad. Si

Sí, era el suyo. Se lo entregó a ella que, después de mirarlo con cuidado, comprobó con la lista.

- Usted, señor, no aparece. El único nombre que me queda en claro parece corresponder al del pasaporte.



- ¡No puede ser!- exclamó él.

- Compruebe- dijo la mujer, invitándole a examinar la lista.

Ojeó apresurado la relación, poco extensa, y por más que la examinó una y otra vez, no encontró su nombre. Un sudor frío empezó a brotar de su frente y sintió cómo una oleada calurosa invadía toda su cabeza, mientras se le reproducía el agudo dolor que le martirizó toda la tarde.

- ¿Se encuentra bien?

- No entiendo nada, nada - dijo por toda respuesta, mientras se apoyaba, tambaleante, en el mostrador.

Se sentía cansado, incómodo, presa de un malestar que aumentaba, fruto de la fiebre repentina que le había acometido con virulencia inusitada. Veía borroso, como a través de un cristal empañado de lluvia, y un frío intenso sacudía, como una descarga eléctrica, todo su cuerpo. Alguien, que le había cogido del brazo, le invitaba a sentarse en un banco próximo. Y sin saber cómo, dentro de él, un ser extraño que se había apoderado de su personalidad, decía:

- Mi secretaría había encargado los billetes... Soy...

Sufrió un desvanecimiento. Confusamente percibía ruidos, difusas imágenes, murmullos indefinidos que se fueron apagando, apagando, hasta desaparecer. Después de un tiempo -¿cuánto?- comenzó a recobrase. Estaba en una pequeña salita, recostado sobre un sofá. Por un amplio ventanal y a través de ligeras cortinas, casi transparentes, entraba a raudales la luz del día. Se levantó y, apartando discretamente las cortinas, miró al exterior. Un extenso jardín se ofrecía a su vista. Al fondo, una fuente lanzaba intermitentes chorros de agua al viento, haciendo diversas combinaciones, como en un juego o en una danza.

Abrió la puerta y no vio a nadie, solo un largo pasillo. Decidido, avanzó por él hasta que desembocó a la entrada del jardín. Caminó entre los arriates y llegó a la fuente sin encontrar a ninguna otra persona. Ya iba a volverse cuando por una de las callecitas que daban a la pequeña plaza en que la fuente estaba situada, divisó a una mujer que se acercaba. No parecía una azafata. Conforme la distancia disminuía, el aspecto de ella le iba resultando familiar. No necesitó que llegara hasta él para reconocerla. Su vestido, un tanto "demodé", su cara casi infantil, sus grandes ojos, mirando siempre sorprendidos, su aire ingenuo, eran inconfundibles. Estaba tal como la recordaba. Pero ¿era él quien recordaba?

- ¡Julia! - exclamó, mientras una olvidada emoción aceleraba los latidos de su corazón.

- Luis - dijo ella, con su voz de niña tímida, mientras bajaba los ojos y el rubor le teñía el bello rostro.

- Pero..., no puede ser... No entiendo nada...

Se pasó la mano por la frente, en un gesto de perplejidad, dudando si deliraba o soñaba. Julia fue aquella primera novia de la adolescencia, aquel primer amor espléndido, sin parangón posible, que sólo se siente cuando el corazón y la mente están aún vírgenes, limpios, incontaminados... A oleadas volvieron los recuerdos del pasado:

El primer encuentro, cuando Julia, casi niña, casi mujer, dócil a su invitación, le tendió la mano y su contacto, sin saber el porqué, le estremeció y luego, la sensación de cálida tersura de su piel, no le dejó dormir durante la noche. Y cuando ella, asustada y tímida, balbució un torpísimo sí a su proposición de noviazgo; y

cuando, aprovechando un descuido, tal vez estudiado, al despedirse en la puerta de su casa, le dio un beso fugaz, leve, apresurado... y su sabor dulce lo mantuvo, durante días, sumido en una especie de éxtasis del que no le apetecía salir; y cuando, pasados unos años, ya casados, una cruel enfermedad la arrebató para siempre de su lado y de la hija que les nació

Y nuevamente le invade el malestar, se siente desfallecer y su voluntad se debilita hasta dejarse sumir en un ventoso vértigo; su personalidad, su recio carácter también se van desvaneciendo, como si alguien fuera destruyendo o borrando su mente, de la que desaparecen y desdibujan recuerdos y señas de identidad Parece que va a convertirse en un ser vacío, sin relieves, en blanco...

- Señor, hemos llegado, despierte.

La agradable voz de la azafata le volvió a la realidad. Era el último de los pasajeros.

- ¡Que sueño! -exclamó, mientras cogía su maletín, con tanta torpeza, que la joven hubo de ayudarle y acompañarlo hasta la salida.

Ya en el taxi, después de dar la dirección de July, mientras rodaba por la autopista camino de la ciudad, pensó en los extraños mecanismos de la mente, que mezclan cosas tan distintas como la idea de un argumento, pura ficción, con la realidad de unos sentimientos doloridos, el recuerdo de la esposa, perdida y añorada, y componen el cóctel agridulce de un sueño con momentos de felicidad, de sufrimiento, de miedo y de rebeldía ante una anómala situación que escapa al control de la voluntad. Recordaba, especialmente, la angustia sentida al saberse suplantado por un extraño, por un desconocido que se había apoderado de su mente.

- ¡Qué espantoso argumento para una novela! - exclama. Pero le seduce el planteamiento y durante largo rato medita sobre él. Mejor será seguir con el otro, ya más maduro, se dice, aunque no puede evitar que le obsesione la idea.



## CAPITULO II

La ceremonia del bautizo fue breve e íntima, en una pequeña capilla de la parroquia del barrio, a primeras horas de la tarde, con sólo la familia y un matrimonio amigo. Después, en la terraza de un café cercano, tomaron unos refrescos y merendaron los niños. Ignoraba por qué July se había opuesto a celebración mayor. Pero conociéndola, no se extrañó de esta decisión; siempre había sido muy suya y le gustaba actuar sin convencionalismos, contra corriente. Sus razones tendrá, pensó. Presionado por su nieto mayor, Henri, que quería aprovechar la ocasión, decidió dar una vuelta por la ciudad. Ante el gesto de July, la tranquilizó:

- No te preocupes, tendré cuidado. Regresaremos pronto.

Tomaron un taxi. Después de un recorrido por el centro, sin prisas, recordando otros tiempos, observando los cambios ocurridos desde entonces, los nuevos edificios construidos y las renovadas avenidas, se dirigieron hacia el embarcadero. El niño quería un paseo por el Sena, en un bateau-mouche y el abuelo, como todos los abuelos, condescendiente y maleducador, estaba dispuesto a complacerlo en todo.

A casa llegaron más tarde de lo previsto. July estaba ya impaciente y no disimuló su enfado. El procuró calmarla y justificarse, sin que sus excusas consiguieran cambiarla de humor. Esto le produjo cierta extrañeza, porque sabía cuánto ella le quería y como terminaba por disculpar siempre todas sus extravagancias y faltas de tacto y, en muchos casos, sus incomprensibles travesuras de mayor. Entre ellos se daba la anómala circunstancia, quizá debida a la prematura desaparición de la madre, de que la hija era la persona seria y responsable de la casa, en tanto que el padre, excesivamente permisivo, tenía que ajustar su conducta a los dictados de la muchacha. Y él la obedecía, plenamente convencido de su sensatez y del acierto de sus criterios, si bien a la menor oportunidad los transgredía, quizá porque, en el fondo, deseaba y esperaba aquellas cariñosas regañinas que le recordaban a las de su adorada Julia. Pero hoy, sin embargo, percibía algo raro, infrecuente, en la conducta de la hija. No reaccionó, como otras veces, dándole, como castigo, palmaditas y apretados besos. Permaneció serio, huraña, distante... Algo le preocupaba, y el hecho de no habersele comunicado, indicaba cierta gravedad o temor a la reacción del padre. De cualquier manera, no debía ser asunto baladí para el comportamiento de July, dado su carácter fuerte, su voluntad indomable, valiente.

Decidió observar y no preguntar, pues a veces lo que creemos problema no lo es y tiene una explicación simple. Como era costumbre en la casa, se acostaron temprano, pues tanto el trabajo de su yerno como el de la hija exigían madrugar. No tenía sueño. La semana escasa que llevaba allí, apenas si daba para algún comentario. La realidad, todo lo que se convierte en cotidiano, destruye el encanto y la poesía que, en algún momento, pudo hacernos desearlo. Pasada la ilusión de ver a July y a los nietos, recorridos los lugares que guardaban inolvidables recuerdos de juventud, de pasión y de aventura, todo adquiría la máscara gris de lo rutinario y repetitivo. Quizá esta transformación prosaica de los sueños al materializarse, sea la maldición



demoníaca que nos hace estar siempre insatisfechos, frustrados, infelices...; quizá, también, sea el motivo por el que aceptamos sin rebeldía, sin desesperación, el final de la propia existencia, la extinción de esto raro e incomprensible que somos.

Cigarrillo tras cigarrillo, transcurría la noche. Estaba despejado, ágil de mente, como si hubiera descansado durante muchas horas. Y como le ocurría en ocasiones así, le asaltaban mil pensamientos distintos, repasaba veloz los momentos de su vida plana, monocorde, y siempre acababa malhumorado y descontento de sí mismo. Había conocido muchas gentes, a muchos individuos cuya inteligencia, examinada con generosidad, no prometía gran cosa; y, no obstante, sin saber cómo, se habían encumbrado o situado en posiciones relevantes, de privilegio. Algunos, incluso, eran admirados y envidiados porque habían segregado, más que creado, unas insoportables y estúpidas obras que pedían, a voces, como en un auto de fe inquisitorial, la quema pública, como engendros despreciables de mentes atrofiadas que eran. ¿Y qué habían hecho tantos memos, jovencitos y jovencitas, maduritos y maduritas, protagonistas de las revistas del corazón y de la televisión, para salir a diario y cobrar fabulosas cifras por decir estupideces o contar sus devaneos eróticos, tirando a pornográficos, de gigolós o meretrices de lujo? ¿Qué pensar de una sociedad admiradora de tales porquerías, envidiosa de cornudos y zorras, que cambian de pareja con más facilidad que de gel o de traje, por sólo el dinero o el reportaje? ¿Y cómo calificar a esa sociedad que tiene por arquetipos deseables a tantos estafadores o ladrones de cuello blanco y esmoquin, y califica de ingeniería financiera las trampas y chapuzas urdidas por ellos para hacer desaparecer, no por arte de magia sino con malas artes, cientos de miles de millones?

Su incurable pesimismo afloraba en estos momentos de reflexión. Tenía muy mala opinión de sus congéneres y nada positivo esperaba de ellos. En muchas ocasiones se preguntaba cómo, a pesar del desastre que era el hombre, el mundo había progresado. Bueno, más que progresado, no se había extinguido por las acciones estúpidas o locas de todos. En este hecho, en la persistencia de la vida, despreciada y maltratada, se apoyaba su escasa fe, su tambaleante creencia en una voluntad superior, que la protegía.

El tiempo, durante el insomnio, transcurre con una lentitud desesperante; las horas parecen interminables; el tic-tac del despertador, apenas oído en condiciones normales, suena como rítmicos martillazos en el silencio; la incompleta oscuridad del dormitorio, horadada por los tenues rayos de luz que entran por las rendijas de la ventana, se puebla de vagas siluetas, de nubes, de sombras que se mueven, nacidas todas del cansancio de los ojos irritados y de la mente excitada. Una y otra vez, aparecen los mismos recuerdos, las mismas ideas, los mismos pensamientos y divagaciones que ya fueron repasados y de las que quiere desprenderse, olvidarse, para conseguir, por fin, conciliar el sueño. Y cuando más intenta quedar en blanco, con mayor fuerza resurgen, hasta que, vencido, toma la decisión de levantarse y coger un libro para leer. Eso le ocurre esta noche. Y, como tantas otras veces, encendió la lámpara de la mesita, cogió el periódico y un cigarrillo, y se dispuso a esperar el amanecer. Pero el periódico lo había leído antes, y aunque le dio un nuevo repaso, pronto lo arrojó al suelo, aburrido. Vino a su memoria la redacción del diario donde trabajaba y moría un poco, cada día, en la pequeña ciudad provinciana. ¡Y quien iba a pensarlo! Sintió una cierta nostalgia, tal vez porque con la lejanía la mente oculta todo lo desagradable y destaca lo que nos seduce, cuanto nos es personalmente entrañable.



Y con el recuerdo de la redacción, oscura, anticuada, volvió la idea de escribir. Al menos de intentarlo, ahora que, durante unos días, tenía tiempo sobrado, aceptando así la propuesta de su director.

El argumento, sin dudarlo, tenía que ser sobre algún problema de actualidad, sus soluciones o sus consecuencias. Eso de que la obra literaria no deba perseguir objetivos ejemplarizantes, es una memez. Lo que importa y la hace buena es la forma en que se escriba, la habilidad con la que se desarrolle; en definitiva, el genio que se le imprima. Y este es del autor, personal e intransferible. Si la obra consigue producir al lector un segundo de emoción, un leve deseo de perfección, un pensamiento positivo, habrá merecido la pena el esfuerzo, por ese solo hecho. Y si sirve para poner al descubierto la crueldad, la vesania y la maldad de quienes, como forma de predicar y propagar sus convicciones, utilizan la metralleta, la bomba, el atentado, la muerte en suma, mejor todavía. Porque este es el tema que siempre le ha atraído, precisamente por el odio que, muy a su pesar, le provocan los terroristas, cualquiera que sea su ideología. Ningún bien puede conseguirse destruyendo el más preciado don que existe: la vida. Y sin pensárselo dos veces, cogió el bloc que siempre llevaba y se puso a escribir. Las palabras le surgían de forma fluida, sin necesidad de pensar, y así fue rellenando hojas y hojas hasta que el ruido del tráfico y el movimiento de la casa, le indicaron que ya el nuevo día estaba avanzado. Así nació el primer capítulo, que denominó como

## EL ESPECIALISTA

### a) Un extraño personaje

La intensidad del tráfico que registraba el aeropuerto, era síntoma claro de que la estación veraniega estaba en pleno auge. Los aviones despegaban y aterrizaban con una frecuencia increíble, llenas sus enormes panzas de maletas y pasajeros, nostálgicos los que marchaban, ilusionados los recién llegados.

Por los altavoces anunciaron, por fin, el aterrizaje del vuelo procedente de Londres. Gloria se situó cerca de la puerta por donde debía salir el pasaje, para poder observar. Con las descripciones que le habían dado, tan vagas e imprecisas, sería más probable que la persona esperada la encontrara a ella, lo que le producía cierta sensación de ridículo. Había ocasiones, y ésta era una, en que no se explicaba como funcionaba la organización con tan aparente desorden y falta de conexiones claras; aunque, precisamente, pensó después, tal vez fuera esta estructura complicada e ilógica la que permitía los éxitos. Lo cierto, sin embargo, es que se encontraba incómoda, sin saber con certeza cómo reconocer a quien debía conducir, y aquí las instrucciones sí que eran precisas y concretas, hasta el lugar de alojamiento.

Esperó paciente, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, fijándose en todo hombre que salía, escudriñándoles con tal interés como si quisiera diseccionar los cuerpos y descubrir, si fuera posible, las mentes. Pero el tiempo pasaba monótono, pausado, inexorable, sin que nadie destacara de forma especial o tuviera un gesto, un detalle distintivo, que le permitiera identificar al personaje objeto de su misión. Empezaba ya a sentirse nerviosa, cuando alguien, un desconocido que había



escapado a sus observaciones, le tocó suavemente el hombro. Se volvió nerviosa y miró con curiosidad al hombre que, con leve equipaje en la mano, se encontraba mirándola con expresión un tanto burlona y cínica.

-¿Gloria?- preguntó con voz grave, más como fórmula de cortesía que como duda.

-Sí

-Vamos – dijo él, sin más preámbulos.

Desde el aparcamiento en el que tenía el vehículo, Gloria cruzó el centro hasta llegar a un barrio periférico. Callejeó por su intrincada y anárquica geografía suburbial, sorteando baches, basuras y una chiquillería, sucia y vivaracha, que jugaba despreocupada o buscaba algo aprovechable en el muestrario insólito de objetos abandonados entre materiales de desecho y escombros de derruidas viviendas, dificultando el escaso tráfico de los autos que se atrevían por aquellos lugares. Paró junto a un viejo caserón, desconchado y con aspecto ruinoso.

-Hemos llegado – le informó.

El acompañante hizo un gesto indefinible, que lo mismo podía indicar disgusto, conformidad o indiferencia. La locuacidad no era una manifestación distintiva de su personalidad. Su mirada fría, escrutadora, recorrió con rapidez todo el entorno y, sin ningún comentario, cogió la maleta y un maletín que durante todo el trayecto había llevado sujeto sobre las piernas, y siguió a la mujer al interior del edificio. Tras recorrer varios pasillos y subir por unas escaleras oscuras y de peldaños irregulares, en los que se cruzaron con algunos vecinos que ni se fijaron en ellos, llegaron hasta un apartamento pequeño y con mobiliario viejo, negro y sucio.

-Aquí es – indicó Gloria-. Mañana contactaremos con usted

-No en este lugar- afirmó él- Estén atentos al teléfono público del Parque Oeste, junto al quiosco de helados, en torno a las cinco de la tarde.

-Pero...-intentó replicar ella, mas el hombre había dado por concluida la conversación y observaba, de espaldas a la joven, el patio que desde la única ventana, daba luz a la estancia.

Gloria, dubitativa, inició la salida, no sin antes musitar una torpe despedida.

-Bueno.... Hasta mañana.

Y marchó de prisa, casi agitada, como si alguien la persiguiera. Arrancó nerviosa el auto y, a riesgo de atropellar a cualquiera de los chicos que pululaban por el barrio, recorrió precipitada el camino hasta el centro, donde hubo de acomodarse al ritmo del tráfico. Cuando llegó al otro extremo de la ciudad, en el que tenían el piso, base de sus operaciones, ya se había calmado. Aparcó y subió rápida sin esperar el ascensor, pues le apeteecía el ejercicio, hasta el tercero, donde estaba situado.

Ya dentro se dejó caer sobre el sofá. No había llegado nadie aún. Ello le permitió recordar su encuentro con el viajero en el aeropuerto y los momentos durante los que fueron juntos hasta el apartamento. Sin saber por qué se estremeció con el recuerdo del rostro adusto, enigmático, de aquel hombre y con su forma de mirar fría, acerada.

El plan trazado con sus compañeros, que en principio le pareció perfecto, ahora le producía cierta inquietud, al tener que contar con aquel individuo que, en una primera impresión, no le había gustado nada.

La llegada de Iñaki la apartó de sus pensamientos. Este, tan impaciente



y decidido como siempre, apenas se despojó de la cazadora lanzándola sobre un sillón, inquirió:

-¿Llegó?

-Sí

-¿Y...?

-Quedó en el apartamento.

Tras un breve silencio, Iñaki volvió a preguntar:

-¿Cómo es el tipo?

-Normal- respondió Gloria.

Pero en su acento había un dejo dubitativo que no escapó a Iñaki, pese a no ser un lince en sagacidad.

- Me parece que no te gusta.

- En nada – afirmó Gloria, decidida.- Existe en él algo extraño que no se puede explicar, que le hace antipático y temible.

- Lo importante es que sea eficaz – sentenció Iñaki y, tras una breve pausa, comentó:

- Alejandro estará ahora con él.

- Eso no es posible. Me dio instrucciones muy precisas para ponernos en contacto.

- Los que disponemos somos nosotros; él no deja de ser otra cosa que un contratado, un instrumento a nuestro servicio.

Gloria calló, pero en su interior dudaba de que las cosas resultaran tan sencillas y simples como las veía Iñaki; no podía olvidar la mirada fría y penetrante del individuo aquel como para confiar en su fácil manejo. Y así resultó, efectivamente. Apenas habían pasado unos minutos, cuando llegó Alejandro malhumorado:

- El pistolero ha desaparecido—comentó dirigiéndose a Gloria-, en el apartamento no existe rastro de él.

-Pues allí se quedó...

Y sin esperar respuesta contó todos los pasos dados, desde que lo recogió en el aeropuerto hasta que lo dejó, después de recibir sus instrucciones, precisas e imperativas, que no supo o no se atrevió a contradecir.

Un largo silencio siguió a la explicación. Cada uno pensaba en como se habían trastocado los planes iniciales y como se veían, de momento, manejados por un desconocido que imponía sus reglas. No es que la cosa tuviera mayor importancia si los fines perseguidos se conseguían; pero lo que les molestaba era el sentirse manejados y no organizadores de cuantas acciones hubieran de realizarse, incluida esta de la entrevista con el sujeto.

- Lo importante es que sea eficaz- dijo por fin Alejandro-. Y el hecho de que no hayamos podido encontrarlo, demuestra su astucia y profesionalidad. Ni diez minutos pasarían desde el momento en que tú lo dejaste, según mis cálculos, cuando ya había desaparecido sin dejar rastro. Parece increíble pero es cierto. Yo estaba cerca y os ví entrar en el edificio y cuando subí no había nadie y todo estaba intacto, como lo habíamos preparado; ni una cosa de más ni de menos.

-¡Pues a esperar la llamada!- exclamó Iñaki, forzadamente conformista con la situación.

.....



..

Pero los hechos no transcurrieron, tampoco, de forma sencilla. Como en las películas de misterio, en el teléfono del Parque recibieron una llamada que los envió hasta otro lugar y, desde este, a otro más lejano, hasta que ya, casi desesperados, en una pequeña feria de barrio, junto a un maltrecho tióvivo, tropezaron con un vendedor de abalorios y relojes baratos, que se empeñaba con pesadez en colocarles su mercancía. Sin que Gloria se diera cuenta, se encontró con un sobre en la mano, que supuso le entregó el vendedor, pero sin que pudiera afirmarlo con certeza. Cuando reaccionó, este ya había desaparecido y por más que buscaron por los alrededores, parecía haberse evaporado como por arte de magia.

Abierto el sobre, hallaron una nota en la que, escrita con tipo de imprenta, se les indicaba una dirección, en las afueras de la ciudad, cerca de una chatarrería de coches, con la advertencia de que no llegaran juntos, ni por el mismo camino, y siempre a intervalos no menores de quince minutos, ya pasado el atardecer.

-Tanta precaución, fastidia ya- comentó Gloria.

-Parece esto un guión de película de espías – ironizó Iñaki, añadiendo: Pero si todo es para asegurar el éxito de la operación, bien está. De todas formas no acaba de gustarme tanta precaución. Nosotros somos legales, nadie puede relacionarnos con hechos delictivos ni sospechar de cualquier intención.

- Pero no es el caso de él – comentó Gloria.

- Seguramente... En, fin, esperemos hasta el momento indicado.

Y con paso tranquilo, fueron hasta la entrada más cercana del metro para regresar al piso.

Había anochecido cuando, cada uno por su lado, se dirigieron hacia el lugar de la cita. Primero salió Iñaki, después Gloria y, por último, Alejandro, con un espacio temporal de unos diez o veinte minutos. Aunque el punto de encuentro no era muy lejano, la oscuridad de la noche, el escaso alumbrado y el desconocimiento de la zona, hizo que tardaran más tiempo del previsto. Era una sucia taberna, maloliente y casi vacía, con sólo un par de clientes, mal vestidos y de mirada esquiva. Cuando llegó Alejandro, Iñaki y Gloria estaban sentados en un rincón, tomando unas cervezas. Se dirigió a ellos, en tanto el tabernero, un viejo barbudo y torpe, de ojos turbios, los observaba con tanto descaro que los tres terminaron por ponerse nerviosos.

-Y ahora, ¿qué?...- preguntó en voz baja Gloria

Pero la respuesta les vino de improviso. El tabernero se había acercado y, de forma imperativa, les ordenó:

- Suban la escalera del fondo.

De forma discreta, sin prisas, se levantaron y, casi tanteando, con mucho cuidado para no tropezar, llegaron a la única salita que existía a su término, iluminada por una débil lámpara, colocada sobre una mesa, que apenas permitía distinguir los objetos.

Estaban mirándose, interrogativos y expectantes, cuando, a sus espaldas, una voz bronca y segura, como acostumbrada al mando, los sobresaltó. Todos se volvieron rápidos. Frente a ellos un hombre alto, grueso, de cuyo rostro, en la penumbra, apenas distinguían otra cosa que el brillo de unos ojos pequeños, que unas veces eran vivos, otras inexpresivos y que, en ocasiones, se transformaban en

penetrantes, fríos y cortantes como cuchillo de acero recién afilado.

- ¡Siéntense!- ordenó

- Supongo...- intentó decir Iñaki

- Conozco lo que deseáis. No preciso detalles, porque los planes los hago yo y, en su momento, indicaré los movimientos y actuaciones precisos. Así lo he convenido con vuestra cúpula. Vosotros me serviréis de apoyo y solo en el supuesto de que lo considere necesario. Entre tanto, haréis una vida normal, sin dejaros ver juntos con demasiada frecuencia. Yo os enviaré instrucciones para cualquier contacto; por ninguna causa intentéis buscarme.

-Todo eso está muy bien, pero queremos saber...

-En el instante oportuno. La cosa es demasiado grande para cometer ninguna indiscreción. Podéis marcharos por la puerta de atrás, pero separados y cada uno en dirección distinta.

Y antes de que reaccionaran, el individuo había desaparecido rápido, por las oscuras escaleras.



### CAPITULO III

La verdad es que el periodista no se encontraba bien. Su hija le había preguntado si le pasaba algo, pero él lo negó; no había venido para preocuparla, todo lo contrario. Sentía ciertos escalofríos, pero seguramente eran debidos al resfriado que había cogido en la sala de espera del aeropuerto y que aún le duraba. Entró a una farmacia y compró unas aspirinas. En una terraza cercana al Sena tomó un café bien caliente y uno de los comprimidos. Al poco tiempo el dolor de cabeza y los escalofríos desaparecieron. Paseó, sin prisas, por la orilla del río, observando el tráfico de las embarcaciones, repletas de turistas, que navegaban por las inquietas aguas. Destacaban los japoneses, tomando fotografías de los puentes, de los monumentos, de las distintas perspectivas de la ciudad que podían observarse. Resulta curioso, pensó, pero no existe lugar del mundo donde no se encuentre uno con algún diminuto japonés, cámara en ristre, llevándose como recuerdo un pedazo de cielo, de jardín o de edificación apresado en la última tecnología digital.

Encendió un pitillo y volvió a preguntarse qué cosa sería la que tenía preocupada a su hija y que no se había atrevido a contársela, pese a la amplia confianza que en él tenía. Algo importante, o muy personal, debiera ser para querer ocultárselo; algo relacionado con su matrimonio que, al más corto de vista, no se le escapaba. Pasaban, estaba clarísimo, por un mal momento. Problemas económicos no parecían tener pues ambos trabajaban y, según sus noticias, con buenas retribuciones; siempre se habían llevado bien y tanto ella como el marido, eran muy correctos en el trato mutuo, en esa difícil convivencia de dos personas de fuerte personalidad, pero que salva una buena educación, dejando espacio, con respeto, a la intimidades personales de cada uno, como debe ocurrir en seres de amplia cultura. Por todo ello no encontraba motivos para el problema cuya existencia entre los dos intuía, salvo que su habitual perspicacia se hubiese deteriorado con el tiempo y todo consistiera en simple imaginación suya. Pero no, estaba seguro de que algo extraño ocurría. Conocía muy bien a July, habían sido muchos los años juntos, haciendo él de padre y madre, para que le pasara desapercibido algo. Seguiría, por tanto, con su táctica de no entrometerse directamente, hasta averiguar la causa.

Después de deambular sin rumbo cierto callejeando, sin darse cuenta se había alejado del centro por callejuelas de un barrio desconocido para él, casi en las afueras, sucio, formado por viejos edificios, algunos semiderruidos. Por el gesto de quienes circulaba o se asomaba a las puertas, tenía aspecto poco recomendable. Se cruzó con mucha gente mal vestida, con apariencia de mendigos o maleantes lo que, pese a su experiencia de periodista de sucesos, le produjo cierta preocupación. Nuevamente se encontraba mareado y un dolor intermitente le apretaba las sienes. En un tabernucho que encontró al azar, semiaislado, servido por un barbudo viejo mal encarado, de ojos turbios, que le miraba curioso, sin disimulo, como intentando averiguar quien era, pidió una cerveza y con ella se tomó otro comprimido. Después,



con la rapidez que le permitía el cansancio que se apoderó de sus piernas, procuró apartarse de aquel lugar. Tuvo suerte y a los pocos minutos encontró un taxi al que, sin dudarle mucho, indicó su dirección. Recostado en el asiento, empezó a mejorarse y cuando llegó a casa, se encontraba completamente tranquilo y bien. Sin embargo, por primera vez en su vida -así hubo de reconocerlo a sí mismo- una acuciante preocupación, muy parecida al miedo, se había apoderado de él.

July acababa de llegar cuando entró en casa. Le dio un beso y le preguntó por dónde había estado. El le contestó que paseando por el río, sin decirle nada del malestar que sentía, para no preocuparla.

- Esta tarde – le indicó ella- vas a recoger a Henri del colegio, pues yo he de hacer una visita. Luego, si te apetece, puedes dar con él una vuelta por el barrio. En el parque hay una verbena donde podéis divertirlos los dos.

-Como quieras – se limitó a comentar.

Pero, realmente, no tenía ganas de moverse de casa. Más bien deseaba un poco de quietud, de soledad... No le seducía leer, ni incluso pensar en el desarrollo de su incipiente trabajo literario, comenzado la noche anterior. Sentía una laxitud, una extraña pereza que casi le impedía cualquier acción. Esperando mejorar cuando llegara la hora de recoger al niño, se dejó caer sobre el sofá y entornó los ojos.

-¿Te ocurre algo, papá?- le pregunto July, que lo encontraba raro, dada su habitual locuacidad con ella.

-Estoy bien; algo cansado nada más.

Pasó un tiempo, en la misma postura, sintiendo vagamente el ir y venir de la hija, que se arreglaba para salir.

-En la cocina tienes el almuerzo. Yo comeré fuera y mi marido no vendrá hoy, pues tiene reunión. No te olvides de recoger al niño a las cinco.

-Marcha tranquila.

July lo besó nuevamente y salió. Cuando oyó cerrar la puerta, se levantó y paseó de una estancia a otra, para vencer la modorra. Picó algo de la comida, pues no tenía hambre y abrió una cerveza, que fue bebiendo a sorbitos. El estímulo del alcohol le reanimó e hizo que sintiera apetito; así que comió algo más y se hizo un café bien cargado, como aquéllos que bebía en las largas noches de la redacción. Se distrajo, entre tanto, con la televisión hasta que, cerca ya la hora de ir por el nieto, se refrescó en el lavabo y salió a la calle, después de cerrar con dos vueltas la entrada de la vivienda.

Despacio, pues no estaba lejos, se encaminó hasta el Colegio y esperó a que la chiquillería, cuyas voces se sentían desde la puerta, saliera. Bien cogido de la mano el muchacho, regresaron a casa.

-¿Y mamá?

-Tiene que hacer unas visitas. Arréglate un poco que vamos a ir a la verbena.

-¡Estupendo! – exclamó Henri

.....

Quando salieron todavía lucía el sol, un sol rojo y grande que se hundía en el horizonte. El alumbrado artístico de la verbena estaba ya encendido: Círculos de diversos colores, rígidas imitaciones de ramas con luz verde, rosetones brillantes, estilizadas figuras de conocidos dibujos como el pato Donald, Bambi, Popeye y un nutrido número de estrellas y cometas. Y todo el espacio lleno de los más variados



aparatos para uso y disfrute de chicos y jóvenes: carruseles, gigantesca montaña rusa, trenes, voladoras, casetas de tiro, de juguetes y el tradicional circo, cuya puerta lucía los carteles de unos gigantescos payasos con amplias sonrisas de colores y la fija pirueta de una ágil trapecista volando por el aire.

Pasearon por las diversas calles que formaban las varias instalaciones, mirando el niño con detenimiento y no disimulado interés todas ellas, para lo que casi arrastraba al abuelo. En poco tiempo gente menuda, acompañada de padres o familiares, llenó completamente los espacios libres, formando una agitada y ruidosa muchedumbre. Los gritos de los niños, el ruido de los altavoces, a toda potencia, las sirenas de los tiovivos al ponerse en marcha, el reclamo de las casetas invitando a la compra, a entrar en su interior y contemplar un espectáculo único en el mundo, a subirse en el carrusel, en el tren, en la voladora, en el columpio, todos emocionantes, o a reír con los payasos y entusiasmarse con los equilibristas y trapecistas del mayor espectáculo del mundo, incluidos el fabuloso hombre bala, los leones y su domador, los elefantes de la India, la enorme serpiente boa... Henri no dejaba de tirar del abuelo, casi arrastrándolo por todo el abigarrado bullicio, señalándole con creciente deseo donde quería subirse. Él, que comenzaba a sentirse mareado, accedió a montarlo en un pequeño y larguísimo tren, que no le pareció peligroso, pese a los puentes y túneles por los que pasaba, con giros y velocidades distintas, con la intención, después, de regresar a casa.

Cubiertas las plazas, el tren se puso en marcha. Apoyado en una de las barras de la entrada, prohibida ahora con una cadena, siguió con la mirada las evoluciones del pequeño tren, especialmente el vagón donde iba Henri. Cuando pasaba junto a él, le saludaba con la mano, aunque el niño solo estaba preocupado por arrebatarle el globo a un falso payaso que los aguardaba a la salida de uno de los túneles. Las luces de la atracción, apagándose y encendiéndose y alternando colores, las estridencias de los demás artefactos, los gritos de la chiquillería, la multitud que le oprimía tratando de situarse junto a la entrada para el próximo pase, hicieron que le aumentara el mareo y le faltara aire para respirar, mientras todo le daba vuelta, sumiéndole en un vértigo penoso e inaguantable, que iba dejándole casi inconsciente. Tambaleándose, tal vez ayudado por alguien, salió del bullicio y se situó junto a un pequeño jardín que le permitió respirar y recuperarse. Y entonces se acordó de Henri. Corrió, dando codazos, hasta el tren que aún seguía en funcionamiento. Eso le tranquilizó y se concentró, entonces, en buscar el coche donde estaría el niño, sin conseguirlo. Tras varias pasadas, se convenció de que no se encontraba allí; miró en torno suyo, sin verlo, y luego dio una vuelta completa alrededor de la atracción, mientras el corazón se le aceleraba con la preocupación de haberlo perdido.

-¡Dios mío!- exclamó con pánico.

Volvió a recorrer toda la instalación del tren, llamando al niño, cada vez con mayor fuerza y desesperación, sin encontrarlo. Preguntó al hombre que controlaba la entrada y éste se encogió de hombros, indicándole que eran muchos los pequeños que entraban y salían y le recomendó dirigirse al puesto de Policía. Así lo hizo. Cuando consiguió localizar el puesto, el único gendarme que allí se encontraba, le dijo que nadie había llevado al niño, que seguramente estaría observando las atracciones, que no se preocupara. Regresó otra vez, rodeó de nuevo la instalación del dichoso tren, mirando y remirando, se dirigió a los demás cacharros, siguiendo la recomendación del gendarme, sin ningún éxito, y dominado por el pánico se dejó caer, exhausto,



sobre la valla protectora del tren, para recuperarse y ordenar sus ideas sobre el problema, pues no quería aumentar los de su hija. Entonces, cuando más sumido estaba en su preocupación, fue cuando oyó la voz del niño.

-¡Abuelo! ¿Dónde has estado?

-Buscándote.

-Pero si yo no me he movido de aquí...

Por respuesta el abuelo miró en torno, ya tranquilizado, y comprendió lo ocurrido. Cuando se recobró del mareo, no fue hacia al tren en el que estaba Henrí, sino a otro semejante instalado más arriba. Cogió al niño fuertemente de la mano, como para que no se le escapara, y salieron de la verbena. Al llegar a casa, la hija le riñó por la tardanza, pero él no replicó. Prefería guardarse el susto para sí mismo. Se retiró a su habitación, cogió el cuaderno, y comenzó a escribir.

## EL ESPECIALISTA

### b) Hacia un lugar desconocido

Gloria recibía con placer el frescor del agua de la ducha. Todo su cuerpo se estremecía voluptuosamente sintiendo como el líquido lo recorría, mientras ella se frotaba suavemente con las manos, desde los senos erectos y apretados hasta los más íntimos rincones, en una especie de caricia erótica. Tan ensimismada estaba que no oyó el teléfono que sonaba insistente. Solo cuando cerró la ducha y empezó a secarse, escuchó el timbre que, con tozudez, persistía en la llamada. Descalza y procurando no resbalar por el pavimento, se acercó hasta él y descolgó el auricular.

-¿Si?

Una voz metálica, como de robot de película, le espetó con enfado:

-Podían estar más atentos.

- Pero ¿quien es? – preguntó ingenuamente.

-Debiera haberlo adivinado.

Gloria se dio cuenta, entonces, de quien se trataba y, sin saber por qué, sintió como un extraño temblor.

-Lo espero en la estación de metro del parque, a las diez de la noche. No falte.

Y cortó sin aguardar a que ella hablara, como si estuviera seguro de que su orden sería cumplida. Ella quedó como paralizada, con el teléfono en la mano, sin reaccionar. Después se fue secando parsimoniosamente, mientras pensaba que el sujeto aquel no le gustaba nada; más aún, aunque se resistía a confesárselo, le producía un inexplicable miedo, lo que no dejaba de ser sorprendente en una persona como ella, habituada al riesgo y siempre dispuesta a llegar al final de cualquier misión, fuera la que fuere, sin temor ni compasión.

Cuando terminó miró la hora, eran las seis de la tarde, y pensó que tenía sobrado tiempo para la cita, que incluso llegaría alguno de sus compañeros con el fin de cambiar impresiones. No obstante, impaciente por hablar con alguien, llamó a Iñaki. El teléfono agotó las llamadas sin que nadie lo descolgara; hizo lo propio con los demás sin recibir contestación. Entonces recurrió a los móviles y todos dieron señal de no estar en uso, lo que no dejaba de ser raro.



Esperaré, se dijo, aunque cierta inquietud comenzó a invadirla; inquietud que fue aumentando conforme transcurría el tiempo y ninguno llegaba. Se paseó por el apartamento fumando cigarrillo tras cigarrillo y consultando el reloj, impaciente. Así estuvo hasta cerca de las nueve, en que volvió a marcar los teléfonos con el mismo resultado negativo. Ya, francamente alarmada, pensó en qué hacer. Acudir a la cita no le seducía lo más mínimo. Mas, por otra parte, tampoco tenía una excusa suficiente y firme para no hacerlo, pues podía ser algo decisivo o importante para los planes en que estaban embarcados. El tiempo transcurría veloz y tenía que adoptar alguna decisión. Tampoco hay que ser pusilánime, pensó, y tratando de calmar su nerviosismo, se vistió y arregló, quizá con más detenimiento que en otras ocasiones. Tenía ya el tiempo justo para llegar a la estación, así que salió ligera y tomó un taxi para que le condujera a las proximidades de la cita. Por el camino iba tratando de recordar el rostro del individuo que nunca, por una u otra causa, había observado con detenimiento. Cuando llegó faltaban algunos minutos para la hora convenida. Se acercó a un quiosco de prensa y, como si estuviera mirando las revistas en él ofrecidas, observó a cuantos pasaban por la cercanía o tenían algún aspecto sospechoso. Todo parecía normal. Miró el reloj, que marcaba las diez, se dirigió hacia la entrada del metro, bajó despacio, observando de reojo a derecha e izquierda, hasta situarse cerca del andén. Había bastante gente esperando, pero nadie cerca de ella parecía sospechoso. Llegó el tren y se abrieron sus puertas, y entonces se sintió empujada hacia el vagón próximo y casi en volandas se encontró dentro, sin que pudiera impedirlo, pese a que hizo esfuerzos por evitarlo. Las puertas se cerraron y el convoy se adentró en el negro agujero del túnel, repleto de viajeros que procuraban situarse lo más cómodamente posible. De repente, detrás de ella, tan cercana que el aire expelido le rozaba el cuello estremeciéndola, oyó una voz suave pero enérgica que le ordenaba no apearse hasta el fin de trayecto del metro. Instintivamente volvió la cabeza pero solo vio a una arrugada viejecita, que sonreía estúpidamente, y las anchas espaldas de un obrero, sin duda mecánico, que miraba al exterior apoyando su grasienta mano en una de las barras del vehículo.

Una hora larga, casi interminable, duró el viaje. En las distintas paradas fueron apeándose viajeros y cuando el metro llegó al final., fuera ya de la ciudad, quedaba un número muy reducido de personas, unas seis, de las que cuatro eran mujeres. El mecánico, de quien sospechó en principio, había bajado tres o cuatro estaciones antes. Indecisa y temerosa, salió y recorrió la sucia estación del suburbio. Los viajeros iban desapareciendo y ya apenas quedaban algunos rezagados. Mirando con precaución a su alrededor, fue despacio hacia la salida. Cerca de ésta, se encontró cogida del brazo por una mano fuerte que casi la arrastraba al exterior. Tuvo que hacer acopio de toda su probada valentía para no gritar; sin embargo, no pudo evitar un íntimo temblor que trataba de disimular.

-¿Para que todo este teatro?- se atrevió a preguntar.

-Calle y camine –recibió como única respuesta.

Sosegada un poco de todo el ajeteo vivido, obedeció y marchó al ritmo que la obligaba el sujeto. Así cruzaron el casi desierto y maloliente barrio, con calles apenas iluminadas. Ninguna palabra, ninguna pregunta, ningún comentario. Ella fue recobrando algo su sangre fría, aún cuando no le abandonaba por completo cierto temor. El sujeto era imprevisible, como venía demostrando, y eso le producía una inseguridad nunca antes sentida. Volvía a pensar por qué motivo habían contratado a



un tipo así, cuando la organización contaba con gente preparada, valiente y sin escrúpulos para cualquier acción. Algo muy importante o difícil debería estar preparándose, cuando se recurría a mercenarios.

Llegaron por fin a un pequeño callejón, al final del cual podían observarse las entreabiertas puertas de un viejo taller de reparación de automóviles, según podía leerse todavía en un letrero mal escrito por encima de la entrada. Sin ninguna vacilación, el individuo empujó la puerta y entraron. Varios vehículos casi llenaban el no muy extenso espacio, mostrando unos, abierto el capó como una boca desdentada, sus motores y cables sueltos; otros, con alguna rueda en el suelo, el eje en el que estuvo colocada aquélla, parecido al muñón de una pierna amputada... Cruzaron, esquivando los obstáculos y sin encontrar a nadie, hasta un patio trasero. Allí estaba aparcada una furgoneta, no muy moderna pero de buen aspecto.

-Sube- le ordenó él, mientras le abría la puerta.

-¿Resulta indiscreto preguntar a dónde vamos? –inquirió la mujer.

-Sí- fue la respuesta.

Acomodado en el asiento del conductor, el hombre arrancó la furgoneta y, asomándose a la ventanilla, hizo un gesto a alguien que permanecía en la sombra. Se abrió una puerta del patio y, encendidos los faros, apareció un camino terrizo por el que marcharon hacia un destino que Gloria hubiera dado algo por saber.

## CAPITULO IV

-Papá, te encuentro demacrado, cansado, como mareado. ¿Qué te pasa?

- Nada hija, estoy bien.

-Te conozco. Tú estás enfermo. Voy a pedir hora al médico.

-Que no, hija, estoy bien –; y mientras esto decía la visión se le hizo borrosa y se tambaleó.

-Ahora mismo vamos al hospital- afirmó July, decidida.

Descolgó el teléfono y llamó a un taxi.

-Prepárate, papá.

-Pero... ¿y los niños?

-Henri está en el colegio y al pequeño lo cuidará la tata. Anda, arréglate un poco.

No le quedó otro remedio que obedecer. Pero gruñendo aún, reconocía interiormente que su hija tenía razón. Estaba enfermo, quizá muy enfermo, y se alegró de la energía de ella.

No tardó mucho el taxi. July, congiéndole del brazo, lo bajó y juntos marcharon al hospital. No tuvieron que aguardar mucho, tras unas gestiones de July. Fue ingresado de inmediato y, sin pérdida de tiempo, sometido a pruebas, análisis, exámenes minuciosos. Finalmente, por recomendación de los diversos especialistas, fue internado.

-No te preocupes, papá – le explicó July-, serán solo unos días.

Y, efectivamente, a los tres días fue dado de alta con un diagnóstico preciso: un amago de infarto. Tenía el corazón muy rendido por el estrés, el exceso de alcohol, el tabaco... Debía cambiar sus hábitos y, un poco, el modo desordenado de vida

La hija le insinuó que se retirara del trabajo, pero él se negó con rotundidad. Para qué quería entonces vivir...

-Tienes a tus nietos, me tienes a mí. Puedes estar con nosotros, siempre te ha gustado París.

-Sí – repuso él-, pero en otras circunstancias. Además tú tienes problemas, ¿crees que no me he dado cuenta? Algo me ocultas en relación con tu marido.

-Dejemos eso, papá, no es el momento de plantearnos más problemas. Todo se arreglará

-Pero, ¿qué ocurre?

-Nada, nada. Tú cuídate y no te preocupes. Por cierto, desde que llegaste te he visto muy atareado escribiendo. ¿Haces algo?

-Tonterías – respondió, casi ruborizado.

- No. No – insistió ella-. Recuerdo que tenías vocación de novelista ¿Estás escribiendo algo?

-Bueno, sí –confesó-, por simple distracción. El director me ha indicado que



escriba para un suplemento semanal que se va a editar.

-Muy bien, hazlo, que las mejores obras se escribieron en la madurez.

-No digas tonterías, July. En eso soy un fracasado. A mi edad, ¿quien va a publicarme nada?

-Lo va a hacer tu periódico, ¿no?.

-No creo que tenga éxito. Como periódico de provincias, está casi acabado, se mantiene de puro milagro.

-No seas pesimista. Pero lo más importante es que te repongas. Descansa, sigue el tratamiento y pronto estarás como nuevo.

Así acabó aquella conversación. July, muy diestra, la desvió de sus asuntos y él se quedó sin saber cual era el problema del matrimonio.

Pasaron unos días y la mejoría fue notable. Se sentía otra vez fuerte, con ganas de lucha y con ánimo bastante para enfrentarse al mundo y vencer obstáculos. No había olvidado lo hablado con July, pero prefirió no plantear abiertamente el asunto. Se dedicó a escribir todos los momentos que podía, muchos en esta ocasión, pues no se había atrevido a salir todavía a la calle. También habló con su jefe, el director, a quien informó de su enfermedad. Este le conminó a que descansara y no tuviera preocupaciones; por otro lado, le reiteró que estaban realizando grandes reformas en el diario que le sorprenderían cuando regresara, al tiempo que le sugería, pues recordaba sus aficiones literarias, preparar algunas colaboraciones para el futuro suplemento semanal que estaban diseñando, donde tendría siempre un espacio disponible, y así aprovechaba su constante afición a las letras durante la estancia en tan bella ciudad como Paris, junto a su familia.

Estas noticias sobre el rejuvenecimiento de su diario le entusiasmaron y aumentaron su interés por la obra que había iniciado. Sin duda podría publicarse por capítulos en cada número y casi estaba seguro de que interesaría al público. Esto variaría el esquema de su trabajo, que ya no iba a resultar tan rutinario y poco atractivo. Estaba contento. Aunque todavía sentía esa laxitud que sigue a un periodo de enfermedad, sin embargo las palabras de su director le despertaron ilusiones inesperadas y ello contribuyó a que su mejoría se notara cada día. Recuperaba su aspecto saludable y las ganas por moverse, hacer algo, pasear, teclear la vieja máquina.

July, después de conocer la noticia, le felicitó y un día apareció con un paquete bajo el brazo que le entregó diciéndole:

-A nuevos tiempo y periódico, nuevos medios.

-¿Qué es esto?

-Abre el paquete.

Nervioso, como un chico esperando un juguete, desenvolvió la elegante envoltura y encontró un modernísimo y atractivo ordenador portátil.

-Pero, July, yo no se manejar este chisme.

-Ya aprenderás. Tú eres muy inteligente y éste es el mejor instrumento para tu trabajo y tu afición. Con unas pocas lecciones que yo te daré, verás que fácil es.



## CAPITULO V

No tardó mucho, no, en manejar medio bien el ordenador; después de todo, para lo que lo necesitaba, escribir, el teclado, un poco más amplio, era como el de la máquina que siempre usaba, algo más sensible tal vez y con la ventaja de poder corregir en cualquier momento lo escrito, conservando siempre limpio y perfecto el trabajo. Esa facilidad le entusiasmó y, a los pocos días, manejaba aquel instrumento como si lo hubiera usado toda la vida. Se sentía alegre, feliz... Bueno, se sentía mejor físicamente y eso se traducía en un estado de ánimo distinto al que le dominaba cuando llegó. Pero no se olvidaba que algo raro ocurría en aquella casa que era necesario descubrir y, si era posible, solucionar.

Las mañanas, después de un paseo por el barrio y desayunar en un bar situado en la esquina de su calle, volvía a casa y hasta la hora del almuerzo, que la noche anterior había preparado la hija para él, pues el matrimonio no regresaba hasta la tarde del trabajo, escribía sin más interrupción que un breve ojeo al periódico que había comprado. Tras el almuerzo, veía un rato la televisión y volvía a escribir hasta la hora de recoger a Henri, a eso de las cinco de la tarde. Con el niño de la mano, regresaba pausadamente a casa, donde ya se encontraba July con el pequeño, que dejaba al cuidado de una guardería cercana. Luego, después de descansar un rato y charlar con ella, antes de cenar, daba otro paseo con Henri por los alrededores y regresaba con tiempo para que el niño cenara y se acostara temprano.

Por la noche, después de una frugal cena con el matrimonio y breve charla superficial, en la que cada uno parecía tratar de evitar temas que no fueran simples vaguedades, veían un rato la televisión y él, que casi siempre tomaba la iniciativa, se retiraba a su habitación, después de besar a la hija, y ya acostado, escuchaba el transistor, muy bajito, o se entretenía en pensar sobre los sucesos del día, los detalles que había observado en July y su marido, tratando de encontrar la clave del evidente distanciamiento que observaba. Muchas veces, enlazando esos pensamientos con los temas a desarrollar el día siguiente en el trabajo que redactaba, le llegaban las primeras luces del amanecer sin haber pegado ojo. Por suerte para él, con solo un par de horas de sueño, se recuperaba perfectamente del cansancio de una noche insomne. Esto era, con ligeras variaciones, la rutina de todos los días.

Pero dentro de esa rutina estaba también la preocupación por su hija. Por más que observaba el comportamiento del matrimonio, en apariencia, no encontraba causas para la inquietud que le sobrecogía: una de dos, o disimulaban con una perfección inconcebible, o estaba equivocado. Y su experiencia y astucia de periodista viejo le avisaban de que algo ocurría. Percibía una frialdad escondida, íntima, en el trato mutuo de ellos, ilógica cuando acababan de tener un nuevo hijo y a



quienes la vida, siempre dificultosa por lo general, les sonreía y daba exitosos frutos en sus trabajos y en el ambiente en que se desenvolvían. Pudiera ser-pensaba- que aquel idílico amor que los unió hubiera desaparecido o que alguien se hubiera cruzado en el camino de él o de ella, como con tanta frecuencia ocurre en nuestros días, rompiendo los lazos afectivos entre los dos. Mas algo, en este último supuesto, se trasluciría, especialmente si la afectada era su hija, que era incapaz de disimular ni de renunciar cuando un sentimiento se apoderaba de ella. Por parte de él ya no estaba tan seguro. Siempre había sido un hombre serio, frío, reservado, que pecaba de introvertido y, por consiguiente, era difícil descubrir sus pensamientos, ideas e interior. Quizá aquí estaba el meollo de la cuestión y explicaba el por qué su hija no se le abriera con toda sinceridad, contándole cuanto ocurría o pidiéndole consejo y ayuda. Se hizo el propósito de centrar su atención en el yerno para tratar de descubrir si algo especial estaba sucediendo entre ambos. Y firme ya en esta idea, cogió el ordenador y se puso a escribir.

## EL ESPECIALISTA

### c) El largo viaje

El camino se fue ensanchando y al final desembocó en una carretera de segundo orden. Lejos, las luces de la ciudad se reflejaban en el cielo contaminado, dándole un tinte rojizo. Aquí el conductor aceleró y la furgoneta caminó más veloz. Aunque la circulación era escasa, no por eso dejó de ser prudente en la marcha; parecía querer evitar cualquier infracción o llamar la atención.

Gloria le miraba de reojo. El hombre tenía unas facciones duras: pómulos algo salientes, mentón grande, como de boxeador, nariz aguileña y en la oscuridad de la cabina, unos ojos que al reflejar la luz de los vehículos que circulaban en sentido contrario, resaltaban una frialdad cruel.

-¿Puedo saber dónde vamos?- preguntó ella.

El volvió hacia Gloria la cabeza, la miró indiferente y dirigió de nuevo los ojos hacia la carretera, atento a la conducción. Cuando ella iba, irritada, a protestar, se limitó a decir:

- Ya te enterarás.

Gloria tuvo ganas de responder con cierta violencia, pero se contuvo. Fija la vista en la carretera, iluminada por los faros, y en la oscuridad que aquellos ahuyentaban en la marcha, se limitó a pensar sobre el ignorado lugar al que se encaminaban y cuales serían los planes de su enigmático compañero. Se acordó de Iñaki y Alejandro, preguntándose qué estarían haciendo. El asunto que la organización estaba preparando debía ser muy importante pues, por primera vez que ella supiera, se recurría a un profesional o especialista. Ellos estaban resultando ser unos simples peones o ayudantes que, por cuanto podía deducirse de todo lo ocurrido hasta el momento, él iba a manejar libremente, sin dar muchas explicaciones. Después de todo, si la cosa tenía éxito, habría valido la pena todas las sorpresas y



disgustos que estaba viviendo. Sin embargo, con seguridad, no se le borraría jamás la creciente antipatía que le provocaba aquel hombre. Pese a haber tratado en bastantes ocasiones con tipos duros, sin escrúpulos, a quienes no les importaba la vida ni el sufrimiento ajenos; pese a que entre ellos existían verdaderos maníacos casi esquizofrénicos, de los que nadie podía fiarse, capaces de gozar con el dolor de otros, ninguno le causó tanta prevención y temor. En algunos momentos era verdadero pánico lo que sentía, tal vez provocado por ignorar los pasos a seguir y el objeto de las acciones realizadas. Optó por callar y esperar los acontecimientos que sin duda alguna tendrían que sobrevenir. Porque, después de todo, estaban en un juego peligroso en el cual la vida importaba poco, pero del que todos deseaban salir airosos.

Llevaban ya mucho, mucho tiempo por una carretera con apenas circulación y ninguna población cercana; de vez en cuando podían observarse las luces de algún apartado motel o restaurante. Para Gloria, que no conocía bien la región, esta le parecía casi desierta. La noche, además, le daba un aspecto tenebroso con su profunda oscuridad.

Inesperadamente, se desviaron por un estrecho carril y marcharon como unos diez minutos, hasta parar junto a un pequeño chalet que parecía deshabitado. Sin pronunciar palabra bajaron de la furgoneta y el hombre, que demostraba conocer el lugar, se dirigió decidido a la puerta, la abrió con una llave que extrajo del bolsillo y sin mucha cortesía la empujó hacia dentro, tras encender las luces. La estancia era mediana, amueblada con una estantería, un tresillo, una mesa con seis sillas y, al fondo, una escalera de caracol, que llevaba hasta las habitaciones de arriba, que se suponían eran los dormitorios. En el rincón de la derecha, una puerta conducía a la cocina. Todo lo recorrió en unos segundos los ágiles ojos de Gloria, mientras se preguntaba qué iba a pasar después. Él, como si hubiese adivinado sus pensamientos, dijo:

-Pasaremos aquí la noche y mañana continuaremos hacia nuestro destino.

Sin saber la causa, a Gloria esta parada le produjo cierta inquietud, un inexplicable temor. Intentó decir algo, pero el poco aprecio que el individuo le prestaba, hizo que se callara.

-Acomódate en las habitaciones de arriba y yo me quedaré aquí- le ordenó.

Obedeció sin rechistar. Subió despacio, encendió la luz de un pequeño dormitorio y se dejó caer en la cama, más que cansada, confundida e irritada. De abajo subían tenues ruidos como de mover algunos objetos o muebles con cuidado. Escuchó largo rato tratando de identificar las acciones de su compañero, pero no lo lograba. Finalmente, transcurrido bastante tiempo, y una vez cesados los ruidos, con sumo cuidado, se levantó y despacio, muy despacio, se asomó a la escalera. No vio a nadie. Bajó por ella, precavida, sin observar nada anormal, salvo la ausencia del hombre. Decidida recorrió todo el bajo, incluida la cocina, y no lo encontró. Se dirigió hacia la puerta, pero estaba cerrada con llave. A una velocidad acelerada, los nervios se fueron apoderando de ella. Intentó gritar, pero la voz no le salía de la garganta. Intentó sobreponerse y, ya un poco calmada, subió a la habitación, cerró la puerta, la atrancó con una silla y se volvió a dejar caer sobre la cama. Así permaneció quieta, callada, con la mente inactiva, como congelada, hasta que los ojos se le cerraron...

Se despertó sobresaltada cuando la voz ronca y áspera del hombre le dijo:

-Vamos, que es tarde.

Había amanecido y la luz entraba a raudales por la ventana. Era un día claro, luminoso, de sol radiante. Se alisó un poco con los dedos, desenredando el cabello y bajó. Allí le aguardaba el compañero con un bocadillo en la mano y urgiéndola a subir en la furgoneta, como así lo hizo. Observó, nada más entrar, que la parte trasera estaba llena de bultos y cajas. Sin duda, pensó, a ello se debían los ruidos que percibió por la noche. Se decidió, después de algunas dudas, a preguntar donde había estado. El la miró de reojo y, cosa rara, con media sonrisa, contestó:

-Preparando algunas cosas para el largo viaje que nos espera.

-¿Y los demás?

-Ellos no cuentan de momento. Nosotros nos dirigimos a tu país y aprovecho la ocasión para indicarte que, de ahora en adelante, somos un matrimonio que va a instalarse en su nuevo hogar. Yo soy viajante y tú simple ama de casa. Mi nombre será Carlos Rodríguez, de origen mejicano, llevamos cinco años casados, uno de ellos hemos residido en Francia, y no tenemos hijos. En la guantera está tu documento de identidad.



## CAPITULO VI

Que su hija tenía problemas con el marido, era cada vez más evidente. Los constantes silencios del matrimonio, los monosílabos por respuestas, la falta de una conversación distendida tan normal en la vida cotidiana, demostraban que algo funcionaba mal. Llevaba casi dos meses con ellos y apenas había tenido ocasión de verlos sentados juntos con los niños, tener un cambio de impresiones, incluso alguna discusión, también normal, en las parejas. Pero el hecho se agravó cuando él, por cuestiones de trabajo, según dijo, se despidió porque tenía que desplazarse, durante un tiempo indeterminado, a la Costa azul. Aquello le olía mal y cuando tuvo oportunidad se dirigió abiertamente a la hija:

-Mira July, no me engañes. Tu matrimonio hace aguas por motivos que desconozco, no soy tonto. ¿Qué os ocurre?

Ella se limitó a decirle que no era el momento oportuno para explicaciones, que no se preocupara pues todo se arreglaría.

-Pero yo quiero ayudarte.

-No hace falta. Sabes que tengo medios propios y trabajo para, en caso extremo, salir adelante sin ayudas.

-Pero...

-No hay pero que valga. Tú a lo tuyo, a ponerte bien del todo y a vivir tranquilo y feliz.

Y lo dejó cortado y con mayor preocupación. Sin embargo él, en su fuero interno, decidió no ceder hasta conocer los hechos. Aprovecharía cualquier oportunidad para insistir y trataría de averiguar por su cuenta lo ocurrido, si es que hubiera ocurrido algo.

Así, pues, siguió con su rutina diaria de paseos por el parque, recogida de Henri del Colegio, charlas con el portero, al que empezó a sonsacar, con mucha discreción y habilidad, de los hábitos, salidas y entradas de su yerno, o si había presenciado alguna discusión del matrimonio y si conocía esas mil menudencias a las cuales el gremio es tan aficionado sobre la vida y misterios de los vecinos. Así supo de la frecuencia con que venía acompañado por un amigo rubio, no muy del agrado de July, según deducía de frases sueltas oídas al azar, de noches ausente de casa o con regreso de madrugada, lo que motivaba alguna discusión agria entre la pareja.

Con la discreción y paciencia que le eran peculiares, fue atando cabos, actuaciones disimuladas de la hija, que confirmaron su sospecha de la existencia de un problema no pequeño en las relaciones del matrimonio. El viaje del marido por tiempo indeterminado, sin ningún comentario por parte de ella, resultaba un hecho revelador a su juicio. Conociendo a la hija no se extrañaba de su silencio, porque



trataba de no preocuparle, de evitarle inquietudes. Por otra parte ella era fuerte y decidida y aunque estaba convencido de la capacidad de July para solucionar cualquier situación sola, ello no impedía que él quisiera ayudarla y, de ser posible, evitarle sufrimientos.

La ausencia del marido hizo que ella tuviera más tiempo disponible y pudiera dedicarse con mayor asiduidad al hijo y a la casa. En consecuencia, obligó a que él y el pequeño salieran de paseo mañana y tarde, aprovechando las horas libres del colegio y la bonanza de la primavera. Estos paseos eran reconfortantes. Así acabó reponiéndose y en muy poco tiempo parecía otro.

-La ciudad te sienta bien –comentó July..

-Sois vosotros –replicó.

-¿Y por qué no te quedas?.

-Me gusta trabajar. Ya estoy deseando volver.

-Aguarda un poco-le suplicó la hija-; tu director te ha ordenado no regresar hasta estar perfectamente bien. Así encontrarás todo reformado y el trabajo más fácil.

El no hizo ningún comentario. Pese a que le apetecía regresar a su tarea, la verdad es que también quería conocer y solucionar, si pudiera, los problemas del matrimonio.

Siguió sonsacando al portero, aunque apenas pudo obtener algunos detalles sin aparente importancia sobre su yerno y el amigo que, de vez en cuando, le acompañaba. Tampoco de su hija en las esporádicas conversaciones e insinuaciones sobre el tema, consiguió ninguna respuesta o indicio de lo que sucedía. Como en tantas ocasiones de su larga vida, confió un poco en la suerte para encontrar la clave del problema. Pero en esta ocasión no le fue propicia.

Sin embargo continuó pertinaz en la búsqueda de las razones o motivos existentes, si bien con disimulo y realizando sus diarios paseos, ya prácticamente recuperado, en compañía de su nieto. Al regresar a casa, recogía la correspondencia del buzón y la observaba con detenimiento, como queriendo descubrir sus contenidos, especialmente cuando eran las escasas cartas llegadas del marido de Julia. De buena gana las hubiera abierto, pero se reprimió. Prefería que ella le dijera el contenido, pero Julia se limitaba a indicarle que se encontraba bien, con mucho trabajo, y acordándose de los niños.

Casi dos meses habían transcurrido desde su llegada. Aunque con el paréntesis de sus trastornos físicos, que le impidieron deambular por la ciudad, ahora, ya recuperado, le faltaba tiempo para los recorridos diarios, con especial emoción y nostalgia los de aquéllos lugares que le recordaban la compañía de su adorada esposa y los días felices de juventud y amor. También dedicaba horas a su proyecto de narración y al borrador de los capítulos iniciales.

Un día, cansado de la caminata, decidió recuperar fuerzas en una terraza del barrio periférico, pero elegante, por el que había paseado largo rato. Como siempre, buscó un rincón apartado desde el que podía observar a la gente sin ser apenas notado. Era una costumbre de periodista de la cual no podía desprenderse. Después de consumir un refresco, ya dispuesto a marcharse, vio entrar presuroso al marido de July. Procuró ocultarse detrás del periódico antes adquirido, simulando su lectura; pero sus ojos estaban pendientes de su yerno que, tras una ojeada por el entorno, se acercó a una muchacha sentada en el extremo contrario al suyo. Durante algún tiempo hablaron con aparente interés. Más tarde le entregó un sobre que ella guardó



en su bolso. Sin probar apenas la bebida pedida, él se levantó y marchó con prisa. Minutos después ella hizo lo mismo. Con la mayor atención el periodista la observó, procurando quedarse con todos sus rasgos, algo que por la profesión hacía con la perfección de una máquina fotográfica. La imagen de la mujer, su andar y estatura no se le borrarían ya, pues poseía una memoria visual extraordinaria.

Una vez en casa, de manera displicente y sin darle importancia, preguntó a la hija:

-¿Has tenido noticias de tu marido?

- No –respondió ella- Me llamó hace unos días y estaba bien, con mucho trabajo.

El, sin hacer ningún comentario, fue a su habitación y se puso a escribir. En su cerebro, sin embargo, revoleteaba una cierta inquietud por lo visto y el hecho de no estar el yerno en el lugar que creía su hija.

Sobre su portátil, pensativo, comenzó a teclear un nuevo capítulo.

## EL ESPECIALISTA

### d) El extraño hogar

Durante dos días –eternos para Gloria- viajaron en la furgoneta sin mucha prisa, por carreteras secundarias y parando en mediocres hostales y en bares o restaurantes del trayecto, poco frecuentados. El paso de la frontera no fue ningún problema, como ella esperaba. Una vez cruzada, el compañero no eludió ya las modernas autovías ni las autopistas, que hicieron posible una mayor celeridad.

Gloria, poco a poco, recobró buena parte de su sangre fría y decisión. Y trató por todos los medios establecer una conversación con su acompañante (más bien secuestrador, pensaba) sin lograrlo. Cuando Carlos –era el nombre que le había indicado- conducía, apenas respondía a las preguntas o al intento de establecer un diálogo, con breves monosílabos o con un “¡ya te enterarás!”. En cambio, cuando paraban para comer o descansar, se mostraba locuaz, pero siempre hablando sobre temas de actualidad o relativos a cuestiones propias de trabajos rutinarios y corrientes, vinieran o no a cuento respecto a lo que ella preguntaba. Incluso sonreía y se permitía acariciarle el rostro ante la presencia de extraños, como dando a entender que eran una pareja bien avenida.

Llegaron, por fin, a lo que parecía el destino definitivo. Se trataba de un moderno barrio periférico de una ciudad del sur, habitado en su mayoría por esa clase media formada por burócratas, profesores y empleados del gran organigrama político de departamentos, oficinas, empresas, fundaciones, sindicatos, asociaciones, etcétera, en que se había convertido la administración del país, para acomodo de adeptos y compromisos asumidos. Gente, por lo demás, no conflictiva ni entrometida, que iba a lo suyo, sin importarles los demás. Un rincón, por tanto, discreto y gris.

Se acomodaron en un pequeño chalet, con un breve jardincito a la entrada y una pequeña cochera. Evidentemente –pensó Gloria- estaba ya escogido y era bien conocido por Carlos. El interior era confortable, con un mobiliario de acuerdo con el



edificio, no caro pero si bien elegido, que denotaba una familia de clase media, desahogada en el aspecto económico y con buen gusto.

Gloria examinó con curiosidad las diversas habitaciones: tres dormitorios en la planta superior, con sus respectivos cuartos de baño, un salón-comedor amplio y cómodo en la baja, junto a una cocina moderna, amén de una despensa y cuarto de aseo. Mientras tanto, Carlos descargó la furgoneta, situando algunas cosas en el garaje y varias maletas en el salón.

-Abre las maletas y coloca la ropa en los cuartos de arriba. El mío da a la parte trasera. Tú escoge entre los otros dos. Voy a llevarme la furgoneta.

Y sin esperar ningún comentario, salió rápido y arrancó el vehículo. Gloria, entre dudosa y disgustada por el tono autoritario, después de algunos titubeos, abrió una maleta en la que, con gran sorpresa suya, encontró todo su vestuario, incluido el más íntimo. Seguramente alguien, tal vez sus amigos, se lo habían facilitado. La otra estaba herméticamente cerrada, de lo que dedujo que en ella se hallaría la ropa de Carlos y algunas cosas más que no quería fueran vistas.

Subió su ropa y en la habitación desde cuyas ventanas se dominaba el jardincito y la calle, fue colocando los vestidos en un limpio armario empotrado. Lo hizo despacio, desganada. Un cúmulo de suposiciones discurría, agitado como nubes de tormenta, por su cerebro. Estaba disgustada y, sobre todo, se sentía abandonada por los suyos, que no le habían explicado el porqué de estas andanzas con el desconocido, ni el objetivo final de toda la aventura.

Así transcurrió el tiempo sin que Carlos volviera a la casa. Era ya tarde y, agotada, se dejó caer, vestida, sobre la cama y el sueño, pese a que trataba de eludirlo, se apoderó de ella. La luz que inundaba la habitación desde las abiertas ventanas, la despertó. Con precaución se levantó y, despacio, salió al pasillo, algo temerosa y un poco asustada. Al bajar las escaleras, escuchó cierto ruido, parecido a la ebullición de un líquido, que escapaba de la cocina. Se acercó precavida y comprobó que el ruido procedía de una pequeña y antigua cafetera. Recorrió con la mirada todo el breve espacio de la cocina, sin ver a nadie. De pronto, la conocida voz de Carlos, a su espalda, le produjo un involuntario respingo:

-Has dormido mucho. Termina de preparar el desayuno. Ya vuelvo.

Le vio salir al jardín y entrar en la cochera. No tardó mucho en regresar. Desayunaron sin casi pronunciar palabra y cuando terminaron, él le dijo:

-Debes hacer amistad con los vecinos, ofrecerles la casa y cuanto necesiten. Pórtate como una señora ama de casa, educada y amable, de esa cursi clase media que se cree lo más importante del mundo.

-Y de ti, ¿qué digo?.

-Procura dejarme en buen lugar. Ya sabes, un marido cariñoso, trabajador, muy ocupado.

-Ya, ya...

-Toma dinero -dijo alargándole un fajo de billetes- y compra cuanto creas oportuno, sin exagerar, pues eres una ama de casa prudente.

Y sin más comentarios, se levantó, sacó del garaje un auto nunca visto por ella, y se marchó a toda prisa.

-¡Maldita sea!- protestó Gloria en voz alta-. ¿Qué habré hecho yo para merecer esto?.

A lo largo de la mañana, sin embargo, contactó con las vecinas de las casitas

próximas, se mostró muy tímida y amable y con una de ellas, Pepi, fue al supermercado próximo, adquirió comida y productos de hogar, eligiendo con meticulosidad, fingiendo protestar por lo que subían los precios, y quedó en invitarla cuando hubiese terminado de acomodarse.

Procuró, y lo consiguió, mostrarse como una mujer afectuosa y prudente. Y, en principio, logró ganarse una buena opinión como ama de casa, respetuosa con todo el mundo y amante de su marido.

Pero ya en la casa, sola y aburrida, se desesperaba a causa de su situación. Hasta echaba de menos a su fingido marido, a pesar de que el menor ruido la sobresaltase temerosa de encontrárselo de improviso, como ocurría casi siempre, pues parecía tener una habilidad especial para entrar y caminar sigiloso, como un siniestro fantasma.

Durante el resto del día estuvo sola. Almorzó con desgana muy frugalmente. Limpió la cocina y después, aburrida, recostada en uno de los sillones frente al televisor, se distrajo con los horteros programas de sobremesa, hasta quedar dormida durante largo tiempo.

Anochece cuando un adelanto de las noticias del telediario, reclamó su atención. Un atentado en Pakistán había producido casi un centenar de víctimas. Se desconocían los autores, pero los informadores apuntaban a una secta religiosa o a una facción separatista. El panorama ofrecido por las cámaras era espeluznante: cuerpos esparcidos por la calle, gente ensangrentada huyendo, escombros de edificios afectados, ambulancias recogiendo víctimas y heridos, policías con metralletas...

Gloria, sin embargo, no parecía inmutarse. Observaba interesada y curiosa y hasta en algún momento, sonrió. Pero la sonrisa se transformó en mueca y la quietud en sobresaltado respingo, al oír la voz de Carlos a sus espaldas, que comentó sarcástico:

-Observo como te gusta la violencia y la sangre.

-No...no...-tartamudeó- A mí...

-Sonreías...



## CAPITULO VII

Deseoso de volver al trabajo, pero también impaciente ya por descubrir los problemas de su hija y solucionarlos, Luis, el periodista, dando prioridad a lo último, durante varios días trató de hallar alguna forma de conseguir enterarse, sin herir a July, de las causas del distanciamiento del matrimonio. Ya se ha visto que fue inútil. July negaba la existencia de cualquier conflicto y que hubiera frialdad en sus relaciones; lo que ocurría era normal después de años casados, a cuyo hecho debía añadirse exceso en el trabajo, preocupación por los hijos, el estresante ritmo de la vida moderna en una gran ciudad y un sin fin de causas que incidían en el propio hogar, aunque eran ajenas a él... Después de todo, se vive en sociedad, que actúa como si fuera un organismo con vida propia, pero del que formamos parte, por mínima que sea.

Ciertamente, pensaba el padre, ingenio y labia no le faltan; mas para él, que todavía lloraba por su esposa, el tiempo, cuando se ama de verdad, no puede apagar el fuego sagrado que ha fundido las dos almas y cuanto acontece alrededor, lejos de apagar o separar, aviva la llama o une con mayor intensidad. No quiso enfrascarse en una discusión que no iba a conducir a ningún lado, pero sí decidió valerse de todos los medios a su alcance para descubrir los hechos. El problema es que no tenía ya mucho tiempo, pues no quería abusar del afecto de su director y comprometerlo ante el Consejo con tan larga ausencia; por otra parte, sentía verdadera necesidad de volver a trabajar, de saberse útil todavía, de probar su valía en el nuevo diseño del periódico... Como tenía buenos amigos de épocas pasadas, especialmente del que ahora desempeñaba el cargo de Inspector Jefe de la Gendarmería parisina, con toda la sinceridad de una leal amistad, le expuso sus temores e inquietudes, y le rogó que con discreción procurara averiguar lo que le ocurría a July con su marido, a lo que no dudó el amigo en comprometerse. De esta forma, aunque volviera a su empleo, estaba seguro de terminar por saber y resolver cuanto le pasaba a su familia.

Con este convencimiento decidió volver a su trabajo, pero tenía con delicadeza que no herir con su marcha a July, dejándola sin compañía que fortaleciera su ánimo, fuerte ciertamente, pero soportando unos momentos difíciles. Por eso aguardó bastantes días más, hasta que del periódico le comunicaron la terminación de la reforma y cómo se había confeccionado el organigrama de trabajo, en el cual Luis pasaba a ocupar un puesto de responsabilidad, dirigiendo algunas secciones y la literaria del suplemento semanal. Esto le facilitó que July no se opusiera e incluso le animara y diera consejos para no estresarse en la nueva tarea.

Así, pues, preparó su equipaje, compró algunos regalos para el director y compañeros y el lunes, después de invitar el fin de semana a su hija, yerno y nietos a comer en un buen restaurante como despedida, cogió un vuelo a media mañana, dolorido el corazón por apartarse de July y los niños, pero a la vez alegre y retozón, como el de un jovencito al incorporarse a un trabajo que había deseado siempre.

Hacia un día espléndido. Desde la ventanilla miraba el verde paisaje, salpicado de pueblecitos y caseríos. Y se acordaba del realizado no hacía mucho, en



sentido inverso, enfermo, calenturiento y adormilado por el malestar; de las pesadillas que le atormentaron durante el viaje, de las alucinaciones estremecedoras que sufrió, de manera especial aquélla en que otro se apoderaba de su mente y de su cuerpo, de la visión de Julia, su adorada esposa, perdida prematuramente... Hizo un esfuerzo, sacudiendo la cabeza, para no recordar lo pasado y trató de pensar en el futuro que se avecinaba, con una nueva función, mayores posibilidades y ventajas y, tal vez, una felicidad que llevaba años sin vivir desde que desapareciera de su lado el ser que más quiso en esta vida: su mujer.

Sobre mediodía llegó a la ciudad. En taxi se trasladó a su domicilio, soltó el equipaje y como había encargado la limpieza y arreglo de la vivienda, se lo encontró todo en un perfecto orden, como quizá nunca había estado. Esto le satisfizo, pues parecía como si un nuevo rumbo tomara su vida. Almorzó en un restaurante cercano y, sin pérdida de tiempo, fue a la sede del periódico. Los compañeros le recibieron con gran afectuosidad; el director, después de abrazarlo, lo llevó a su nuevo despacho, pequeño pero agradable y luminoso, con renovado mobiliario y un ordenador a su disposición. Luego le enseñó la recién estrenada rotativa, el diseño y los primeros trabajos con los que se iba a inaugurar el suplemento.

-Espero que tengas preparado algún original –le dijo el director.

-Sí, he comenzado a escribir antes de volver –respondió. Y le explicó que se trataba de una narración, cuyos capítulos, no muy extensos, irían publicándose en cada número.

-Como te conozco bien, estoy seguro de que serán interesantes.

La tarde transcurrió veloz, entre las explicaciones que le daban en relación con la nueva política del diario y las preguntas que le hacían sobre sus nietos, la hija y su estancia en el gran París. Estaba contento y se sentía muy bien. Lo único que oscurecía esta satisfacción era el recuerdo de July, el desconocido problema que no había podido solucionar.

Por la noche, ya en casa, arrellanado en el sillón, repasó todo lo vivido durante el día y reconoció que estaba contento; nunca imaginó un cambio tan rápido en su modo de ver el mundo; el pesimismo vital que tan hundido lo había tenido, casi estaba extinguido: persistía únicamente la sombra de lo que le ocurría a July; pero su renovada energía era tal, que esperaba una rápida solución mediante la labor de su amigo el Inspector. Con ella había hablado desde la redacción, dándole cuenta de su llegada y de lo bien que le trataban los compañeros, así como de los cambios realizados en la sede del diario.

Como no tenía sueño, abrió el lindo portátil que le regaló la hija y, colocado sobre las cruzadas piernas, comenzó un nuevo capítulo de su narración.

## EL ESPECIALISTA

### e) El enigmático personaje habla y sorprende a Gloria

Gloria, cuando pudo superar su tartamudeo, irritada por la afirmación de que le gustaba la sangre y la violencia, protestó con energía:

-Ni me agrada la violencia ni disfruto con la sangre. Pero ocurre con frecuencia que no existe otro medio de alcanzar objetivos.



-¿Qué objetivos?- preguntó él, sonriente.

-Conseguir un mundo mejor, más justo, sin pobreza y sin abuso de los fuertes, de los de siempre...- contestó Gloria con manidas palabras.

-Como no creo que seas hipócrita, la explicación inevitable de tus ideas solo se entiende si te han convertido en una chica tontita.

-No te consiento...- iba ella a protestar, pero él la interrumpió:

-Escucha con atención –casi le ordenó. Y durante unos largos minutos, la observó con su fría y acerada mirada, mientras Gloria, casi temblando, no se atrevía a fijarse en él. Después, sin dejar de mirarla, con su voz indefinible, cavernosa y autoritaria, continuó:

-Nada en sociedad mejora ni cambia con la muerte y la destrucción; con ellas solo se consigue extender el odio, las represalias y que surja el afán de venganza, el deseo de devolver aumentado el golpe asesino... Y así se expanden los conflictos, el incendio devorador, convirtiendo en humo y cenizas todo lo construido y toda vida allí nacida, sea o no culpable –la mayoría inocente- pero que el azar situó en aquel lugar y en el grupo social agredido.

-Por eso se trata de eliminar a los culpables, a la élite que tiene sometida a la mayoría. Sin rebelarse, siempre permanecerá la situación igual, oprimidos los débiles bajo la bota de los poderosos- replicó Gloria.

-Eres ingenua o ignorante. Nunca el sometido y explotado se atrevió a levantarse contra nadie, solo ha querido sobrevivir, aunque sea recibiendo azotes; su situación le pareció natural, algo dispuesto por la naturaleza o por un ser superior invencible. La historia del hombre te demuestra que los fuertes han dominado a los demás, que ningún revolucionario surgió de la masa amorfa obediente y sufrida, sino de los propios poderosos. Y si consigue vencer, en cuanto triunfa, cambia la capa de arriba, no la que soporta abajo todo el peso del trabajo y la miseria. Lo explicáis muy bien en estas tierras: se trata de darle la vuelta a la tortilla.

-¿Para qué luchas tú entonces?- se atreve a preguntar Gloria.

-Está muy claro: por dinero, porque me gustan las aventuras y porque desprecio y me dan asco los hombres y las sociedades en las que se agrupan. Creo que todos somos un error de la naturaleza y que si al final no conseguimos autodestruirnos, como debiera haber ocurrido ya, esa misma naturaleza lo hará.

-¡Que horror! –exclama ella.

-Más horroroso es lo vuestro. Pretendéis quitar de en medio a los de arriba y para ello matáis a los de abajo, en los que sembráis el terror para cuando alcancéis vuestros objetivos de que nadie se oponga y todos se sientan satisfechos, pese a que continúen sudando y sufriendo en beneficio vuestro.

-¡No pretendemos eso!-protesta indignada.

-Es lo ocurrido siempre. Parece que nunca habéis leído un libro de historia. Con repasar el último siglo, tienes pruebas suficientes: Encontrarás los “éxitos” de la Unión Soviética, de Cuba, de Yugoslavia, de Corea del Norte, del Congo, de casi toda Sudamérica.

-¿Y los capitalistas? – inquiera irritada

- También. Son más exitosos en la producción, pero egoístas en la distribución de bienes. No los defiendo. Ya he dicho que me da asco la humanidad entera, que debe desaparecer con la esperanza, si es posible, de que surja un mundo inteligente mejor. Pero lo dudo, sobre todo cuando pienso en los cientos de miles de



años que ha necesitado este minúsculo ser llamado hombre para alcanzar el actual nivel, consistente simplemente en adquirir o dotarse de mayor capacidad de autodestrucción.

-¡Que barbaridades dices!- afirmó Gloria.

-Nada de barbaridades. A vosotros os falta capacidad de análisis. En el fondo lo que os gusta –a mí no- es mandar, tener poder, riqueza, y para ello desecháis cualquier escrúpulo o reparo en matar y destruir, sin distinguir entre enemigos culpables o inocentes indefensos. Os escondéis detrás de una inventada historia y de un falso patriotismo; reclamáis un pedazo de tierra que es de todos o no es de nadie, y defendéis una seudo lengua o dialecto, cuando el ideal humano ha sido siempre hablar todos un mismo idioma como forma de entenderse, y prueba de ello es que se inventó uno con la idea de que fuera universal: el esperanto. Sois peores que yo, pues os mueve la ambición y el odio y a mí solo el deseo de que esta vergüenza de humanidad sea destruida, hasta que aparezca otra ejemplar, creada por la naturaleza o por cualquier Ente con capacidad para ello. Y si te parece absurdo este deseo, puedes pensar en que disfruto con la aventura y carezco de afectos y respeto hacia todos los seres y cosas. Y, además, no soy cobarde, como vosotros, que me contratáis porque el miedo os impide realizar acciones grandes y peligrosas, por el riesgo que implican.

Gloria no quiso seguir la discusión casi filosófica, creyendo que estaba loco, y trató de desviar el diálogo:

-¿En que va a consistir nuestra actuación ahora?

-En su momento lo sabrás. Antes he de encontrar el lugar idóneo.



## CAPITULO VIII

Luis se encuentra feliz y contento en su nuevo despacho y con su trabajo de supervisar los de compañeros más jóvenes o novatos y , en realidad, por una tácita delegación del director, dirigir el suplemento. Ya tenía preparado el primer número, que inauguraría el lanzamiento del nuevo diseño del diario, a todo color, a primero de mes. Y en el apartado cultural y literario, entre colaboraciones de otros autores, algunos muy importantes, aparecería el primer capítulo de “El especialista”, su relato, cuyo argumento había explicado al Jefe, que se mostró entusiasmado con la idea.

La confianza puesta en él no podía defraudarla por lo que, en todo el tiempo libre o de descanso, iba pensando detalles y redactando con mucho interés y corrección literaria, el desenvolvimiento de la trama, procurando enganchar al futuro lector hasta el desenlace, que esperaba no fuera rápido ni en exceso largo. Esto no impedía que escribiera, bajo seudónimo, artículos sobre temas de actualidad, ya política, con mucha gracia, ya sobre cualquier clase de acontecimientos, salpicados de fina crítica y picaresca.

El día del lanzamiento fueron invitados autoridades, centros culturales y estamentos de relieve de la ciudad. A todos gustó el tamaño, más reducido pero con mayor número de páginas y grapado, que lo hacía manejable como un libro. Pero la palma se la llevó el suplemento, a todo color, con secciones variadas sobre arte, acontecimientos sociales, paisajes de la ciudad, interesantes trabajos de excelentes autores y personalidades sobre política, ciencia, arte, espectáculos y literatura, en la que destacaba el inicio de una narración que se adivinaba interesante –“El especialista”- y un artículo agudo y simpatiquísimo sobre algunos hechos recientes, firmado por “El curioso criticón”, que nadie conocía y al que deseaban descubrir, a cuyo fin presionaban al director, que se negaba a descubrirlo apoyado en el secreto profesional, y a Luis, como delegado del director, que afirmaba muy serio desconocer quien pudiera ser –en realidad él mismo-, para no restarle interés.

El éxito fue indudable y se reflejó en el aumento exponencial de los suscriptores, deseosos de no perderse ningún número. Todos los trabajadores del diario estaban entusiasmados y contentos con el resultado, y el director abrazó y felicitó con cariño a Luis, ya viejo compañero, por la labor que había realizado.

Luis remitió varios ejemplares a July, seguro de que se alegraría de que él –a ella sí le reveló en secreto el desconocido articulista- hubiera tenido tanto éxito. Al propio tiempo se interesó por los niños y de cómo se hallaban, prometiendo que en uno de los escasos momentos libres que tuviera, la llamaría. Pero fue la hija quien telefoneó para felicitarle e interesarse por su salud. Le recomendó que no se esforzara demasiado y que se cuidara, pues ya había recibido un pequeño aviso. Por su parte, Luis, trató de saber, mediante circunloquios, la situación del matrimonio, sin que consiguiera sonsacarle nada; seguía manteniendo que todo marchaba bien, con normalidad, igual que ocurre en todas las parejas muy ocupadas y con años de convivencia.

Por el momento - le parecía escaso el tiempo- no trató de contactar con su



amigo el Inspector y se enfrascó de lleno en sus tareas. Su propósito era tener siempre varios trabajos preparados con antelación, por si surgía algún problema que le impidiera escribir el de la semana. Ahora estaba tratando de encontrar el lugar a propósito para que el especialista cometiera el atentado convenido con la banda; quería que el relato fuera lo más realista posible, y eso le obligaba a que existiera el sitio, fuera conocido y hubiera gran concurrencia por alguna causa. A lo que había de añadir una circunstancia especial: posibilidad de situar el material explosivo sin que pudiera ser descubierto, por muchos registros exhaustivos que se hicieran por técnicos y policías.

En solucionar esta cuestión estaba, mientras tomaba una cerveza en el bar próximo a su casa, cuando un antiguo amigo de la infancia se le acercó y se sentó con él. Recordaron aquellos años del colegio y del Instituto, de las diabluras que juntos realizaron, de los primeros amoríos...

-Ahora –comentó el amigo- los jóvenes se divierten de otra manera, a base de alcohol, de gamberradas y de sexo, muchas veces prematuro. A nosotros nos gustaban las aventuras, los riesgos... Me viene a la memoria aquellas veces que nadando en el río, descubrimos una cueva casi oculta por el agua.

-Es verdad- recordó Luis- y después, con un mediano equipo, entramos en ella y nos sorprendimos al comprobar cómo se elevaba por encima del nivel del río, prolongándose fuera del agua, por debajo de la ciudad, como si fuera una salida subterránea o, quizás, un antiguo desagüe romano o árabe...

-Por lo menos llegaba hasta mediada la catedral, según calculamos más tarde, con una brujulita y otros aparatitos que cogí del estudio de arquitectura de mi padre.

-Es verdad. Aquello fue emocionante. ¿Seguirá existiendo?.

-Pienso que sí. Nadie lo conocía ni se ha construido por allí nada nuevo. La única novedad ocurrida es que, al hacerse una pequeña presa pasado el puente, para que el río por el paseo ribereño mantenga mayor volumen de agua y puedan utilizarse barcas de recreo, el agujero o cueva de entrada se encontrará más oculto, más lejos de la superficie. Posiblemente el agua haya inundado la primera parte del subterráneo y para llegar hasta el lugar en el que nosotros estuvimos, habrá que utilizarse ahora, durante el primer trayecto, un equipo de submarinista.

Siguieron recordando aventuras juveniles y, después de tomar un par de cervezas más, se levantaron y despidieron afectuosamente, encaminándose el periodista a casa para cenar. En el bar apenas quedaban clientes en la barra y uno, extraño para el camarero, conocedor de toda la gente del barrio, que cerca de los dos amigos había estado leyendo un periódico y, en muchos momentos, escuchando la conversación de éstos con disimulo.

-Hay gente para todo- pensó, sin darle mayor importancia.

Luis, después de cenar, recordó todo lo hablado con su amigo y, satisfecho, pensó que había resuelto el problema que le preocupaba de la ubicación del atentado.



## EL ESPECIALISTA

### f) La oculta búsqueda de un lugar recóndito

Después de la conversación con Carlos, Gloria no quiso seguir hablando. En el intercambio de palabras e ideas que habían tenido, existía un trasfondo de violencia y antipatía que le hizo no desear repetir discusiones, pues él era un hábil manipulador que manejaba sus afirmaciones con una lógica para la cual ella no tenía capacidad ni preparación bastantes con las que pudiera rebatirlas. Así, pues, alegando cansancio, se retiró a su habitación.

Él, durante un buen rato, permaneció viendo la televisión. Después, dio unos paseos por el salón, como si estuviera dudando sobre qué hacer para, al final, ir a la cochera, subir al auto y marchar a la cercana capital. Aparcó en el centro y con no mucha prisa, caminó por la zona vieja, desierta ya, el paseo de la ribera, desde la que se escuchaba el rumor del agua, entró en un bar todavía abierto, bebió un par de cervezas y regresó hasta el lugar en que se encontraba el auto, observándolo todo, en especial los edificios oficiales, el museo, las iglesias, la catedral... Arrancó y volvió con lentitud a casa. La luz del cuarto de Gloria estaba aún encendida, por lo que dedujo que todavía estaba despierta. Sin formar ruido, entró a la suya y se acostó, pues se sentía cansado, lo que no era habitual.

Sin embargo, cuando Gloria se levantó, Carlos se había marchado. Sobre la mesa del comedor había dejado una nota advirtiendo de que volvería para almorzar. Esto la desconcertó, pues nunca le avisaba de sus intenciones; por otra parte, intuía un no explícito mandato de hacerla preparar la comida, como buena esposa, lo que le causó sorda irritación por disponer así de ella.

Rompió el papelito en mil pedazos y cogió el móvil para llamar a sus compañeros, pero ninguno respondió. Una voz de mujer le advertía siempre de que o estaban apagados o no disponibles en ese momento. Su irritación aumentó con el contratiempo y estaba a punto de estallar, cuando llamaron a la puerta. Era una de las vecinas, por lo que disimuló con falsa sonrisa.

-Voy a la ciudad a comprar, pues siempre encuentras allí las cosas más baratas, y he pensado que si necesitas algo puedo traértelo.

-Pues...-dudaba en lo que decir o hacer, pero al final decidió- Si, pero voy contigo y de esta forma nos distraemos. Entra que me arreglo en un momento.

Y, efectivamente, a los pocos minutos, estaba disponible, con el vestido cambiado y recogida la cabellera en una bonita cola.

Cogieron el autobús y no tardaron mucho en llegar a uno de esos grandes supermercados que venden de todo. Charlando con la vecina y mirando y comprando diversas cosas, comestibles sobre todo, se le fue pasando el malhumor. De nuevo en casa, estaba completamente calmada. En la cocina hizo la comida, a base de frituras, por ser más rápida la preparación, una vulgar ensalada y frutas que había comprado.

-Si no le gusta, que se fastidie- pensó.

Trató nuevamente de hablar con sus compañeros sin conseguirlo, lo que ya le pareció extraño.

-¿Habrá manipulado mi móvil?- se preguntó.



En estas cavilaciones estaba cuando sintió la puerta y vio aparecer a Carlos, cosa extraña, muy sonriente, como si fuera un marido feliz que regresa al hogar.

-¡Hola! Ya estoy aquí. Ha sido una dura mañana.

Gloria, que ni siquiera le había mirado, se fijó entonces en él y quedó sorprendida al ver lo lleno de polvo y sucio que estaba, como si hubiera trabajado en una mina o una cueva.

-Me arreglo y después comemos –dijo, y sin más comentario, se fue al baño.

Ella, sorprendida, titubeó unos momentos y luego, decidida, marchó al comedor y colocó la mantelería y la comida. Abrió una cerveza y apenas había tomado un par de tragos, directamente del botellín, cuando volvió Carlos, ya acicalado como siempre. Con un leve gesto, éste le indicó que se sentara para almorzar.

-¿Cómo se ha dado el día?- le preguntó, serio en apariencia, pero con un cierto deje semiburlón.

-¿No puedes imaginártelo?- inquirió Gloria a su vez.

-Supongo que de la manera habitual en toda buena ama de casa- dijo él en el mismo tono, mientras engullía la comida.

-Seguramente- afirmó ella. Y armándose de valor, se atrevió a preguntar a su vez:

-¿Le has hecho algo a mi teléfono, que no puedo hablar con mis compañeros?.

-Tú solo debes hablar con tu marido –, fue la respuesta escueta y seria.

-Pero...

Sin esperar su previsible comentario, Carlos se levantó y dirigió a su habitación, dejando a Gloria con los nervios de punta y reprimiendo el grito de rabia que casi se le escapaba de la garganta. Despreocupado, cerró la puerta y sobre la cama extendió un plano de la ciudad que, durante varias horas, estuvo examinando despacio y con mucho interés. Luego se recostó, encendió un cigarrillo y con la mirada fija en el techo, muy concentrado en alguna idea o pensamiento, permaneció largo tiempo.

Ella, entretanto, una vez limpios los platos y arreglada la mesa, todavía rabiosa, también se encerró en su dormitorio. A punto estaba de adormecerse, ya casi relajada, cuando la sobresaltaron unos golpecitos y la voz de Carlos que le ordenaba:

-Prepárate para el anochecer, que vamos a salir a dar un paseo.

Una bomba arrojada a sus pies no le hubiera producido más terror; pero tras pensarlo, comprendió que debía obedecer, pues tenía obligación de colaborar en la misión.

El atardecer llegó con más rapidez de la deseada por ella. No obstante, bien arreglada, con un vistoso vestido que la hacía muy atractiva, cuando Carlos la llamó para salir, estaba ya dispuesta y preparada.

-¡Puñetas, que guapa estás!-, exclamó él, esbozando una sonrisa que a Gloria, por primera vez, no le pareció ni burlona ni cínica, pero que le hizo, cosa impensable y sorprendente en ella, ruborizarse.

En la calle, mientras esperaba que Carlos sacara el auto, unas vecinas la saludaron afectuosas, diciéndole:

-A dar un paseíto, ¿no?.

-Sí, en la ciudad – respondió.



Él, astuto, bajó del auto y las saludó cortés.

-Tiene usted una esposa ejemplar-, le expresó una.

-Sí, ciertamente- afirmó-. Por eso he de cuidarla. Hoy que tengo tiempo la llevo a pasear y al cine.

Se despidieron con las habituales y tópicas palabras y marcharon a una muy prudente velocidad, como si pretendieran ser vistos por toda la barriada. Ya en la zona céntrica, en un aparcamiento público, dejaron el coche y caminaron por ella sin prisas. Gloria se había cogido del brazo que él le había ofrecido, con lo que parecían una pareja bien avenida de las muchas que en aquellos momentos circulaban, entraban o salían de los múltiples comercios existentes. En una concurrida cafetería, sentados, hicieron algunas consumiciones; entraron en unos grandes almacenes en los que examinaron vestidos de última moda y tras recorrer varias plantas, salieron no sin que él le preguntara en un tono difícil de interpretar, si deseaba alguna cosa de lo visto, a lo que ella contestó con una irónica mirada.

Fueron apartándose del centro y adentrándose en la parte antigua, acelerando el paso. Corretearon estrechas callejas y pequeñas placitas hasta desembocar al largo paseo de la ribera, bastante concurrido por parejas que buscaban más intimidad y menos luz. Carlos se paró y apoyó en la barandilla, escuchando más que viendo, las aguas que corrían lentas por el cauce; ella le imitó y entonces, pese al respingo que la muchacha dio al sentirlo, la rodeó con su brazo por la cintura.

-Tranquila, somos un matrimonio todavía joven- casi le susurró divertido.

Gloria ni contestó. Un odio sordo la invadía, pero procuraba no expresarlo ni que su compañero se diera cuenta.

-La verdad es que el paisaje es bonito y a propósito para los enamorados en estas horas-, comentó sin soltarla.

Así permanecieron algún tiempo, como una más de las parejas que aprovechaban la semioscuridad y el romántico rumor de las aguas, que reflejaban, inquietas, las escasas luces de las farolas. Después iniciaron el regreso al centro, rodeando la catedral y atravesando un laberinto de estrechísimas callecitas, al final de las cuales, por iniciativa de Carlos, entraron en un buen restaurante.

-Cenaremos aquí – se limitó a decir.

En la entrada se encontraron con unos conocidos de Carlos, que le saludaron afectuosos. El les presentó a Gloria como su esposa y alguno le alabó su buen gusto, lo que, por segunda vez, le produjo a ella un ligero rubor, algo que nunca le había ocurrido, dado su carácter e ideas.

Cenaron, Carlos muy hablador, Gloria prácticamente callada; y ya muy despacio, se encaminaron al aparcamiento, en el que subieron al auto y regresaron a casa. Nada más llegar, ella subió a su habitación, se acostó sin poder dormir, pues le venía a la memoria todo lo acontecido durante la tarde y noche. Hasta que, al cabo del tiempo, se le cerraron los ojos y dejó de oír la televisión, que Carlos veía desde que estaban en la casa.

Despertó temprano y encontró que Carlos aún no se había ido, como era su costumbre. Entonces, mientras tomaba café, le preguntó:

-Todo el teatro de ayer, ¿tenía algún objeto?

Él, mirándola fijamente, con los fríos ojos de siempre, respondió con pocas palabras:



-Comprobar aquella zona de noche.  
Y con un gesto de la mano, se despidió sin decirle a dónde iba ni cuando  
regresaría.



## CAPITULO IX

La transformación del diario y la edición del semanario, ya se ha dicho, fue un éxito; un éxito que rebasaba todas las previsiones, tal vez por el estilo, más que moderno, agudo y crítico de las noticias, de los artículos y, con seguridad, por el aliciente del suplemento semanal –una auténtica revista- con calidad en sus contenidos, en sus ilustraciones, estudios y trabajos literarios.

Luis estaba entusiasmado, pese al mayor trabajo que había recaído sobre él; pero ese esfuerzo adicional, le había obligado a abandonar malos hábitos y olvidar su desánimo y malhumor, lo que repercutía en su salud y ganas de vivir. Quizá por eso el director, aun cuando le reñía por su excesiva actividad, no se lo impedía del todo, pues observaba el cambio experimentado para mejor en todos los aspectos.

July le llamaba con frecuencia y era entonces, al recordar la situación de la hija, cuando la preocupación le invadía y se hacía el propósito de ponerse en contacto con su amigo el Inspector, para saber si había averiguado algo; luego, pensándolo mejor, decidía hacer una breve escapada y hablar con él, al tiempo que veía a los niños, pero el ritmo de las tareas diarias, terminaban por hacerle olvidar momentáneamente ese plan. Hasta que un día, el director, al verle algo deprimido e intuyendo que la causa era July –Luis, como amigo suyo desde la niñez, le había confesado sus inquietudes en una ocasión- le recomendó:

-Las cosas van tan bien, que debes descansar unos días. La semana que viene, coges el avión y te marchas a jugar con tus nietos y comprobar como va el matrimonio. No hay excusa, pues tienes previstas y adelantadas tus tareas.

-Te lo agradezco, pero...

-Ni pero ni nada, es una orden del jefe –dijo sonriendo-. Tú sabes que yo quiero desde niña a July y deseo que soluciones sus problemas, que tanto influyen en tu bienestar. Por dinero no lo hagas, pasa por Caja y que te faciliten cuanto necesites.

-Esta vez te obedeceré con mucho gusto, anhelo ver a los niños.

-Pues a preparar las cosas, que hoy es viernes.

Contento, llamó a la Agencia y consiguió, por mediación de un migo que allí tenía, pasaje para el domingo por la mañana, con lo que podía almorzar con su familia. Terminó algunas cosas que tenía pendientes, dio instrucciones a sus compañeros y colaboradores y salió de prisa con objeto de comprar algunos regalos para los pequeños.

Portando un par de paquetes, como el tiempo había pasado veloz, se dirigió a casa, aunque, como era habitual, pasó antes por la cervecería cercana. Allí se encontró con su amigo del colegio, que le invitó a sentarse con él. Charlaron un rato de la actualidad, tras lo cual el amigo le felicitó por cómo se había expandido la venta del diario, de manera especial los domingos, gracias al suplemento tan interesante.

-Por cierto, -comentó,- tu relato y los artículos firmados por el tal “Curioso criticón” son lo mejor de la revista. Tú me has hecho pensar donde el “especialista” va a realizar el atentado. El otro día, cuando hablamos de las excursiones que hicimos por la cueva del río, se me ocurrió que aquel subterráneo era un lugar ideal, que nadie encontraría, para colocar artefactos explosivos.

-Siempre que encima se celebrara algún acto o concentración



importante- repuso Luis algo fastidiado-. Además es difícil transportar allí las cosas necesarias.

-Tienes razón – concedió el amigo.

-En principio, lo previsto por mí es algo parecido al asesinato de Kennedy, más sencillo y con facilidades para ocultarse, incluso entre la gente.

-Es verdad- afirmó ya convencido el amigo.

Luis, apurada la cerveza, se levantó y trató de pagar, pero el compañero lo impidió diciéndole:

-No, hoy me toca a mí y voy a tomar ahora una copita.

-Yo he de preparar mi equipaje, pues voy de viaje el domingo- se excusó el periodista. Cogió los paquetes y salió camino de su casa.

Al poco tiempo el amigo bebió la copa y pagó al camarero. Pero antes de salir, el encargado de la barra le hizo indicación de que se acercara.

-¿Que quieres?

-Vengo observando desde hace unos días, que un individuo no visto antes en el barrio, se coloca junto a ti y a Luis, con un periódico abierto, y para mí lo que hace es escuchar cuanto habláis.

+ -Será alguno de los muchos “chalaos” que existen en este mundo. Nosotros solo charlamos de lo que ocurre y otras tonterías.

-De todas formas, obsérvalo- le recomendó el barman-. Yo me conozco casi al barrio entero y ese me da mala espina.

-Lo haré, pero me parece una pérdida de tiempo.

.....

Cuando el avión se elevó hacia un cielo azul, limpio de nubes, luminoso, Luis se sintió contento, feliz. Recordó lo mal que lo pasó la última vez, enfermo, cansado, triste, y ese recuerdo aumentó su satisfacción actual, pues todo él se encontraba sano, fuerte de cuerpo y seguro y ágil de mente. Solo la situación de su hija enturbiaba, de forma intermitente, su bienestar psíquico, su estabilidad emocional. Pero, con frecuencia, se olvidaba del tema e incluso consideraba que podría ser una percepción equivocada a causa de su mucho cariño a July.

Desde el aeropuerto la llamó avisándole de su llegada, dentro de unas horas. Ella casi gritó de alegría y le riñó por no habérselo comunicado antes; pero él se excusó con que había sido una improvisada ocurrencia del director, como un premio a su trabajo. Se interesó por los niños, a los que deseaba abrazar dentro de poco.

Recostado en el asiento, mirando y admirando el paisaje, muy relajado, recordó que hoy, en el suplemento, aparecían su habitual artículo, con seudónimo, sobre la actualidad, muy mordaz en esta ocasión, porque trataba sobre un asunto –el derecho a decidir- que le parecía la mayor estupidez segregada por el subnormal cerebro de muchos políticos sin ideas positivas, y el capítulo del “especialista”, en el que Gloria y Carlos discuten cómo conseguir los objetivos por los que se lucha en sociedad, si de forma violenta como querían los terroristas o mediante la razón y la palabra.

Pidió un té y en tanto lo saboreaba, cerró los ojos y extrajo del archivo de la memoria su viaje de novios, con la esposa asustadita y agarrada a su brazo, por ser aquel su primer vuelo, y cómo él se sonreía mirándola con verdadero arrobó, pues entonces era el ser que más quería en este mundo, hasta que llegó July y tuvo que



compartir aquel cariño. Fueron los años de vino y rosas, los que nunca olvidaría, los que le hicieron creer que en este mundo se podía ser muy dichoso, hasta que la enfermedad se la fue llevando, con crueldad, poco a poco, dejándolo con una pequeñita que él fue criando con ternura y devoción, como se cultiva a una flor de la que solo existe un ejemplar en el universo... Sin que se diera cuenta, unas lágrimas se deslizaron indiscretas por sus mejillas.

-¿Le ocurre algo, señor?- le preguntó una azafata al pasar junto a él.

-No es nada, señorita- respondió limpiándose con el pañuelo-. Son recuerdos de un pasado difícil de olvidar. Gracias.

-Abróchese el cinturón, que estamos llegando – le recomendó cariñosa, mientras le ofrecía una bella sonrisa.

Y, en efecto, la aeronave descendía suavemente, la ciudad parecía acercarse y crecer, y no tardó en verse el aeropuerto y la larga pista en la que se disponía a posarse, como así lo hizo en unos minutos.

Recogido el equipaje, en la sala de espera del Charles de Gaulle se encontró con July que le esperaba, acompañada de Henri, el nieto mayor. Fundidos en un abrazo casi interminable, no dejaban de mirarse con emoción y cariño.

- ¡Que bien te encuentro, papá! – exclamó July .

- Y yo a vosotros. Estáis espléndidos, y mi niño hecho un hombrecito.

En el auto de July, después de colocadas las maletas y paquetes, emprendieron la marcha hacia casa. Luis no dejaba de mirar a su hija y al nieto, mientras contestaba a las múltiples preguntas que le hacían sobre su estado, su trabajo en la nueva instalación y organización del diario, los artículos, estudios y narración que publicaba...

-No sé como tienes tiempo e ideas para todo –le decía July -. Tengo el papaíto más listo del mundo. Todo lo que escribes es ingenioso y profundo. ¡Que lástima no haberlo hecho antes!.

- La verdad, no creo que sea para tanto... Mis ocupaciones anteriores, tu madre y tú misma, erais para mí lo más valioso de este mundo. Ninguna satisfacción podía compararse al estar pendiente de vosotras, a vuestro lado.

-¡Que bueno eres, papá! – exclamó ella.

Una vez en casa, con la pretendida e “imprescindible” ayuda de los peques, Luis colocó su equipaje, repartió los regalos a los niños, con los que se puso a jugar, mientras con real cordialidad, Henri y suegro, se preguntaron mutuamente respecto del trabajo, sobre la salud y comentaron los sucesos de actualidad.

Luis tuvo la impresión de que algo había cambiado. El matrimonio, al menos delante de él, se comportaba con la normalidad propia de una pareja bien avenida, lo que por el momento le tranquilizó. Como era domingo, por la tarde salieron con los niños a pasear y finalmente cenaron en un cercano restaurante. De vuelta a casa, una vez acostados los peques, todos se retiraron a sus habitaciones, pues el trabajo les esperaba al siguiente día.

Luis, que no tenía sueño, abrió su portátil dispuesto a teclear; pero antes debía decidir si escribir sobre el estudio que tenía en mente realizar sobre la situación política en Europa, o iniciar un nuevo capítulo de la narración. Lo primero ofrecía cierta complejidad que debía examinar despacio; en relación al tema de “El especialista”, la cuestión era más sencilla: situar dónde se realizaría el atentado de forma que fuera factible y creíble. Después de sopesar ventajas e inconvenientes, se



decidió por lo que tenía previsto en principio: el subterráneo oculto por el río para colocar los explosivos, pese al conocimiento de él que tenía su amigo el del bar. La circunstancia de que llegara hasta el corazón de la catedral produciría unos resultados espeluznantes, con enorme resonancia en los medios de comunicación del mundo entero. No obstante, el hecho de afectar a un edificio religioso, le contuvo y se hizo el propósito de repensar el tema; así, pues, por el momento, no escribió nada y se acostó recordando el viaje, tan distinto del anterior.

Por la mañana todos se levantaron temprano, pues el trabajo y el colegio así lo exigían. Luis también lo hizo, pese a no tener necesidad.

-¿Por qué no te has quedado en rato más descansando?- repreguntó July.

- Es mi costumbre también –responde-. Además así puedo llevar a Henri al colegio.

- Pero si lo llevo yo todos los días, de paso, en el coche –le explicó ella; mas al verle como desilusionado, sonriendo, concedió:

-Bueno, mientras estés con nosotros, lo llevarás tú. Recogerlo lo hace la tata y así le da un paseo al otro y en ocasiones, el padre. Hasta mediodía puedes darte una vuelta y ver a alguno de tus amigos.

Contento, bien cogido a Henri de la mano y llevándole la carpeta, para evitarle el peso, abuelo y nieto se encaminaron hacia el colegio, muy cercano a casa. Al dejarle, le dio un beso y quedó pendiente de él hasta verlo entrar en clase. Después, despacio, estuvo callejeando camino del Sena, que tantos recuerdos agradables para él tenía. Una vez allí, en una terraza con vistas al río, se sentó y pidió un té, entretenido en mirar los barcos que navegaban llenos de curiosos turistas fotografiando el paisaje y la torre Eiffel, que se divisaba a lo lejos, y los muchos vendedores de souvenirs que pululaban por todas partes.

Se acordó de su amigo el Inspector Jefe de policía y dudó entre llamarlo o no. Al final se decidió y, sacando el móvil, marcó el número. No tardó en oír clara su voz:

-¿Qué haces en París? ¿Te encuentras bien?- le pregunta.

- Muy bien –responde Luis-, pero deseaba ver a la familia.

- Estupendo. Me has ahorrado una llamada. ¿Nos vemos mañana?

- Como quieras –respondió Luis.

- En el lugar de siempre, sobre las siete de la tarde. ¿Te viene bien?

- Claro que sí- afirmó.

- Pues, entonces, hasta mañana

Continuó el paseo por la ribera hasta sentirse algo cansado; miró el reloj y vio que se acercaba la hora del almuerzo; entonces cogió el metro y en una parada próxima al domicilio de July, bajó. Una vez allí ayudó a la hija en la tarea de arreglar la mesa; eso era algo que le encantaba, una costumbre heredada de cuando vivía su esposa.

No tardó mucho el marido de la hija, una vez recogido al niño del colegio, lo que agradó a Luis, pues daba la impresión de que prestaba mayor atención a la familia. Terminada la comida, July le indicó al padre que descansara un poco y él obedeció, retirándose a su habitación.

Sentado en un cómodo sillón, cerró los ojos, pero como no tenía sueño, se dedicó a pensar en el artículo sobre Europa que tenía intención de escribir. Los hechos los tenía claros: Mientras subsistiera tan fuerte la identidad de cada país, el



sentirse diferentes, en muchos casos superiores e impregnados de un particular nacionalismo cada uno de ellos, sería difícil conseguir una verdadera unión, unos Estados Unidos europeos. Por otra parte, si las peculiaridades económicas –más o menos riquezas y capacidades técnicas- que distinguen a unos de otros no se acercan o igualan, el hecho implica también un gran obstáculo, pues la tendencia a mantener ventajas y a no ceder parte de su mejor estatus son cada vez más acusadas. Y si a todo ello se unen los variados criterios políticos existentes, el deseo de los dirigentes de sobresalir, de ser los líderes y no sacrificar sus ambiciones personales e ideologías partidistas en común beneficio, mal puede conseguirse una fusión integradora en la que todos seamos iguales en derechos y obligaciones, con verdadero amor a una gran patria común.

Todo esto, a Luis, le parece muy semejante a la actual situación española –y de algunos otros países con tics o síndromes nacionalistas- en el que diversos políticos y naturales promueven y hacen crecer una fuerza disgregadora, un proyecto de división y enfrentamiento entre regiones, en vez de esforzarse en la unión, en sentirse como familia que se abraza y quiere; y así, con tales ideas y sentimientos, mal puede fructificar (a corto plazo al menos) una ejemplar y gran nación con capacidad para influir en el resto del mundo y ser fuente de atracción y respeto para otras.

En la mente del periodista el diseño del trabajo era éste y solo faltaba un desarrollo más amplio en detalles y citas, amén de una forma literaria sencilla, correcta pero incisiva, asequible a los lectores no contaminados por las ideologías o pretensiones denunciadas.

Mediada la tarde, le llama July para dar un paseo con los niños por los alrededores, que él acepta feliz. Mientras caminaban despacio, ella empujando el cochecito del pequeño, él con Henri cogido de la mano, Luis fue explicándole las diversas facetas de su trabajo en el diario; por un lado como revisor de un grupo de compañeros, que le estimaban y consultaban de forma voluntaria; de otro como autor de estudios de actualidad o comentarista de sucesos de toda índole, bajo seudónimo, lo que producía cada vez mayor curiosidad en descubrirle y, además la semanal narración, que los lectores esperaban con creciente interés. July le veía satisfecho y como rejuvenecido, a lo que contribuía que había suprimido el tabaco y disminuido el consumo de alcohol; y, sobre todo, pensaba ella, el cambio en el trabajo. Como es lógico, todo ello la satisfacía también y la tranquilizaba por la soledad del padre, que ahora llenaban la gente del diario y su vocación periodística y literaria, realizadas con plenitud, como siempre había deseado.

Al día siguiente, como acostumbraba cuando hacía alguna visita a su hija, por la mañana llevó a Henri al colegio, con gran alegría del niño y después, unas veces utilizando el metro, otras caminando, según que el lugar a visitar estuviera lejos o cerca, dedicó el tiempo disponible a ver de nuevo aquellos sitios y monumentos que le despertaban recuerdos de un pasado que le gustaría volver a vivir, si fuera posible. Y pese a la melancolía que le invadía, no dejaba de sentirse feliz con la rememoración de aquellos momentos con su joven esposa, sonriente y admirada por la belleza de cuanto veía. Todo le parecía a ella bonito, inigualable, espléndido, y reía y se apretaba a él entusiasmada y cariñosa, como agradeciéndole estar a su lado en una ciudad que la felicidad hacía de ensueño. Casi siempre terminaba el recorrido en un bar, pequeño y coquetón, en el que bebía una cerveza antes de regresar a casa.



Por la tarde, para acudir a la cita con el policía, dijo a July que había quedado citado con un antiguo amigo a quién, por casualidad, había visto por la mañana durante su paseo. Fue su excusa para no acompañarla con los niños.

Con antelación suficiente para, paseando, llegar al lugar de reunión a la hora acordada, salió de casa y se encaminó hacia allí, deteniéndose ante algunos escaparates, pues tenía intención de hacer un regalo a July. Una vez en el café, se sentó en una mesa apartada, pidió un refresco y se entretuvo en mirar por el ventanal próximo a la gente caminando presurosa por la acera.

No tardó mucho el amigo policía. Luis se levantó y ambos se saludaron afectuosos. Tras las preguntas de rigor sobre el estado personal, en relación al trabajo y tras los comentarios habituales respecto de las cuestiones políticas, Luis, algo impaciente, le planteó lo que le interesaba: el tema de July.

- Bueno, el asunto es complicado y difícil de responder con seguridad – comentó el policía muy despacio.

- ¿Ocurre algo grave? –preguntó inquieto Luis.

- Pues no lo sé con certeza- respondió-. Creo que no en cuanto a que el marido esté engañando a tu hija con otra mujer.

- ¿Y...?

- Sospecho que está siendo presionado, sometido a alguna amenaza. La relación con una chica rubia muy atractiva es solo teatro, una tapadera que oculta hechos delictivos graves.

- ¿De mi yerno?

- No directamente, pero en los que colabora obligado. Mira, ahora no puedo decirte más, pues la investigación está muy avanzada y corremos el riesgo de que cualquier indiscreción la inutilice. Perdona, pero el problema del muchacho es que quiere evitar daños a su familia y por eso obedece.

- Pero, ¿a quien?.

- Contando con tu prudencia, te añado únicamente que se trata de un grupo bien organizado, terrorista y separatista, que se financia con las drogas o vive de ellas... ¿No te dice nada que el esposo de July sea directivo de unos grandes laboratorios?... Y te vuelvo a rogar discreción, por el bien de él y de tu familia. Deja el asunto en nuestras manos, pues estamos a punto de conseguir destruirlos.

- ¡Dios mío! –Se le escapó al periodista-. Jamás se me habría ocurrido.

- Pues que no se te escape nada de esta conversación, ni incluso con

July.

- Desde luego; aunque estaré muy pendiente de mi familia.

- Pero con normalidad, sin que se note ninguna precaución; nos jugamos, en pocos días, mucho. Pronto estará todo solucionado. Debo irme para asistir a una reunión. Ya nos veremos más despacio. Me alegro de encontrarte tan bien. Ten serenidad, todo acabará sin problemas, te lo prometo.

Luis permanece sentado, pensativo y preocupado. Pasado un breve tiempo, paga y se marcha despacio, tratando de serenarse y de hallar la estrategia a seguir para que nadie le note nada. Llega a casa pero July no ha regresado aún del habitual paseo con los niños. Se sienta en el salón, enciende la televisión pero sigue dándole vueltas a lo confesado por su amigo y a las recomendaciones que le ha hecho.

No tardó mucho July. El niño se abrazó al abuelo en tanto la madre



acostaba al más peque, que venía dormido en el cochecito. Ella, después, preparó la frugal cena que acostumbraban a realizar, momentos en los que apareció el marido. Terminaron pronto y Luis, besando a su hija y nieto, se retiró a descansar. Pero realmente no tenía sueño, al contrario, su cabeza estaba en ebullición con la entrevista que había tenido. Para calmarse, abrió el portátil y se puso a escribir, con ánimo de ahuyentar preocupaciones. Así inició un nuevo capítulo de la narración.

## EL ESPECIALISTA

### g) Movimientos nocturnos

Pasaron varios días tras el paseo nocturno de Carlos y Gloria por el centro, la zona antigua y el río. Durante ellos él había estado ausente, viajando no sabía Gloria por donde o a dónde, sin llamarla y sin comunicarle el lugar en el que se encontraba, qué hacía y cuando volvería.

Lo que molestaba a la supuesta ama de casa, no era estar sola, con libertad para salir y hacer cuanto quisiera; lo que le fastidiaba era que no contara para nada con ella, el tener que mentir a las vecinas respecto al viaje de Carlos, sin poder explicarles con visos de autenticidad, el trabajo que lo tenía alejado y el poder señalar, cuando se lo preguntaban, cuando volvería. Por lo demás, se hallaba tranquila, cómoda, incluso hasta casi feliz en la hermosa casa, con bastantes recursos económicos y sin nadie que le impidiera salir, entrar, hacer cuanto le apetecía sin tener que dar excusas ni pedir permiso. Esta le parecía una forma extraordinaria de vivir, y si no fuera por los compromisos adquiridos, aceptados voluntariamente para imponer unas ideas que siempre había considerado necesarias para la perfección social, su ideal se habría transformado por completo en gozar una existencia sin problemas.

Ya se había acostumbrado a la ausencia del compañero cuando, de repente, por la noche se presentó éste de forma inesperada, interrumpiendo la relajada tranquilidad que disfrutaba viendo un simpático programa televisivo, a hora avanzada. El ruido de la puerta, abierta sin mucha delicadeza, le hizo dar un respingo.

-No te asustes, soy yo, tu marido –dijo él sonriente.-. Supongo que habrás deseado mi presencia.

- Mucho – expresó Gloria irónica.

- Pues ya estoy contigo por una temporada

- ¿Has terminado tu tarea?

- Los trabajos complicados nunca se acaban, siempre queda algo pendiente de hacer.

- ¿Otra vez fuera?

- No. Y en esta ocasión es posible que te necesite. Voy a encerrar la furgoneta; entre tanto prepárame algo para comer.

Volvió a salir. Gloria escuchó el ruido de la puerta de la cochera y del motor del vehículo, mientras preparaba un bocadillo para Carlos.

-Que se aguante con esto – pensó-, podía haber avisado con tiempo.



Cuando regresó y vio lo que había preparado, se limitó a comentar, en tono humorístico:

-No creo que sea cena apropiada para un marido ausente durante tantos días.

-No soy adivina- comentó-. Bueno, tengo sueño y me retiro. Hasta mañana.

- ¡Que descanses bien – le deseó él con un tonillo guasón

Gloria ni le hizo caso, cerró bien la puerta de su habitación y se metió en la cama, mientras pensaba en lo que tendría ahora en proyecto el individuo aquel. Por la mañana, al levantarse, creyó que ya se habría ido, como siempre hacía, sin despedirse ni darle instrucciones; pero no, en esta ocasión se equivocó, Carlos estaba aún tal vez durmiendo o entretenido en su cuarto.

Con cierta precaución, Gloria se arregló, bajó a la cocina y preparó café en cantidad, por si acaso... No había terminado de comerse una pequeña tostada y probar el café, cuando él entró con una amplia sonrisa en los labios y una actitud extrañamente amable.

-Buenos días, Gloria. ¿Queda café?

-Si, ahí lo tienes.

-Gracias. Cada día vamos perfeccionando nuestra unión como pareja humana – comentó.

Gloria le miró de tal manera que, si hubiera podido, lo habría fundido. Mas se limitó a guardar silencio y esperar acontecimientos. Sin embargo Carlos permaneció silencioso y abstraído, como si estuviera en otro lugar o pensando sobre algún problema. Así permanecieron un buen tiempo, callados, sin decirse nada.

Por fin , él la sorprendió con una pregunta:

-¿Tienes algún plan para hoy?

Titubeante, Gloria se limitó a balbucir:

-¿Yo...?

-Pues claro – dijo Carlos - , eres el ama de casa y resulta lógico que tengas alguna idea de qué hacer, como comprar alimentos o cosas necesarias para el hogar... Yo voy a estar ahora aquí unos días de descanso y tú deberías saberlo; puedo ayudarte en alguna de las faenas del hogar, incluso en la cocina. Se me da bastante bien el guisoteo. Eso te permitirá salir alguna que otra mañana con tus vecinas o amigas.

Si Gloria hubiera estado hecha de explosivos, habría estallado al escuchar a su compañero; pero hizo un esfuerzo y se contuvo, dando la callada por respuesta. Carlos, al que sin duda divertía la situación, continuó:

-Observo cómo si te molestara mi propuesta y es lo más natural del mundo; nadie se extrañará de que una pareja que se ama, salga junta, se reparta en ocasiones las tareas o se ayuden mutuamente cuando las obligaciones del trabajo, las vacaciones o un tiempo extra de descanso, lo permitan.

- Creo que esto no es una actuación teatral ni estamos en un juego – le replicó Gloria -. Tenemos que dedicarnos a la misión encomendada. Lo demás es accesorio y sobra

Y sin esperar más controversias, intentó irse, pero él la detuvo.

- Aguarda, no he terminado. La misión que hemos de efectuar, su éxito, depende en gran medida de cómo ahora actuamos. No desprecies, pues, cuanto



estamos haciendo como un matrimonio ejemplar: en ello nos va, posiblemente, también la propia vida.

Gloria se paró en seco, pero no supo que decir. Tras unos minutos de silencio, dijo en tono de reproche:

- Pero deberías tenerme algo informada...

- Cualquier pequeña indiscreción, sería fatal. Seguiremos así.

Gloria trató otra vez de salir, pero Carlos la cogió del brazo, deteniéndola:

- Prepárate para salir conmigo, iremos de compras.

- ¿De compras?

- ¿Es que los maridos no acompañan a veces a sus mujeres de compras?

Gloria no contestó. Subió a la planta superior y, sin tardar mucho, bajó arreglada y con un amplio bolso. Sin cruzar palabras, salieron a la calle y se dirigieron al pequeño mercado del barrio, en el que compraron frutas, verduras, carne y otros alimentos; con frecuencia se cruzaban con algunas conocidas de Gloria, que la saludaban y a las que presentaba su pareja, que se mostraba muy atento y simpático.

De regreso, Carlos se encerró en el garaje con la excusa de reparar la furgoneta y ella en la cocina, con rabia y malhumor contenidos. Acciones que se repitieron después del almuerzo, con la diferencia de que Gloria terminó rápida y él continuó con lo que estuviera haciendo, hasta bien entrada la noche.

Transcurrida la cena, Gloria se recluyó en su habitación, por no estar con su "marido" y él se fue de nuevo a la cochera. Adormilada creyó oír el ruido del motor de la furgoneta que salía; intentó incorporarse, pero no pudo. Ya al amanecer, más despiertos los sentidos, percibió con claridad cómo el vehículo entraba en la cochera y se cerraba la puerta. Frotándose los ojos y ágil la cabeza, se preguntó de dónde vendría tan tarde Carlos. Recordó entonces que le había sentido marchar apenas se acostó.

Cuando se vieron a media mañana, ni ella le preguntó sobre qué había hecho la pasada noche, ni él le dijo nada. Siguieron la rutina del día anterior, yendo de compras, almorzando juntos con solo el intercambio de las indispensables palabras, subiéndose Gloria a su habitación cuando terminaban y Carlos a la cochera. Y así continuaron durante bastantes días, que a ella se le antojaron eternos; pero no lo fueron. Durante la cena del que sería el último de los pesados y aburridos, Carlos la informó de que la siguiente noche efectuarían juntos un trabajo decisivo, que estuviera preparada con una ropa ligera.

Hizo un gesto como para preguntarle, pero él la cortó.

-Ya lo verás.

El nuevo día, que se presentaba inquietante, Gloria no pudo evitar un interminable nerviosismo, pese a que trataba de disimularlo, para lo cual evitaba la cercanía de él, cosa que no le fue muy difícil. Carlos, salvo para la hora del almuerzo, no salió de la cochera. Ya de noche, como siempre, se vieron en el comedor.

- No te acueste hoy-la ordenó con tono serio que no admitía réplica-. Te pones esos pantalones cortos deportivos que tienes y una blusita provocativa.

- Pero...

- Eso es todo por ahora. Cuando veas que saco el coche, te bajas rápida, cierras la puerta de casa y te subes a mi lado.

Como no le dio más instrucciones y se marchó de nuevo a la cochera,



Gloria buscó los pantaloncitos señalados y una de esas blusas con mucho descote, se puso ambas prendas y después se arregló el pelo haciéndose una cola bien sujeta con unas gomillas. Viéndose en el espejo, pensó que realmente estaba atractiva. Lástima no estar con otro hombre...

Con la luz apagada, se sentó junto al balcón, aguardando el momento de salir. Las horas pasaban lentas y, más allá de las dos, con impaciencia creciente, observó como se abrió la cochera, y el auto, no la furgoneta, se deslizó lento hasta la calle. Bajó de prisa, cerró las puertas de la casa y de la entrada y se acomodó junto a Carlos. Sin mucha prisa, a una velocidad normal, recorrieron diversas calles. A tal hora de la noche, apenas si existía circulación, ni incluso por las situadas en el centro, que ellos dejaron atrás, cruzaron uno de los puentes del río, hasta aparcar en un callejón muy próximo a la ribera. Descendieron ambos, Carlos comprobó que el lugar estaba desierto, abrió el maletero y extrajo dos paquetes de mediano volumen, uno de los cuales entregó a Gloria.

Tras cerciorarse otra vez de que ni había ni se aproximaba nadie, se acercaron al río y se colocaron debajo de unos sauces que crecían junto al pilar situado en la misma orilla. Allí estaba oculta una pequeña barca, en la que colocaron los paquetes. Entonces, en voz baja, Carlos le ordenó a Gloria, mientras se despojaba de la ropa, bajo la cual tenía colocado un traje de submarinista:

-Una vez que yo me sumerja en el agua, tú me alargas los dos paquetes y te vuelves aquí, dejas libre la barca para que el agua la arrastre y te vas al callejón, y con el coche y mi ropa te marchas por el mismo puente a la otra orilla y te sitúas a la entrada del paseo. Por aquel lugar, a veces, trabajan algunas vendedoras de favores y se ven clientes que las buscan; si cualquiera se acerca a ti, dile que ya estás contratada y tu pareja viene de camino.

Subidos en la pequeña embarcación, siempre casi pegados al murallón del río y sin formar mucho ruido con los remos, se apartaron del puente y como luchaban contra la corriente, tardaron bastante en llegar al sitio que él quería, distante como un kilómetro; una vez allí se introdujo en el agua, después de colocarse un pequeño equipo para respirar, cogió ambos paquetes, enganchándolos entre sí (para ello estaban preparados) y unidos a una correa sujetas a su cintura, desaparecieron con él en las oscuras aguas.

La muchacha, asustada porque no sabía nadar muy bien y nerviosa al límite, enfiló la barca al puente. Ahora navegaba a favor de la corriente y no tardó mucho en llegar al lugar del que partieron. Cogió la ropa de Carlos y con rapidez se dirigió al callejón, subió al auto, atravesó el puente y se situó en el lugar que le había indicado, aparcó y después de mirar alrededor y no ver a nadie, se encogió en el asiento para que apenas se notara y cerró las puertas. Esperando, tenía la sensación de que el tiempo se había parado, según lo que él tardaba en volver. Tenía miedo de que le amaneciera así, no sabiendo cual era la siguiente acción; pero cuando ya empezaba a desesperarse, un golpecito en la puerta le indicó el regreso. Abrió y Carlos, con toda tranquilidad, le ordenó que condujera en tanto él se colocaba, encima del traje de submarinista, el que se encontraba en el auto.

- A casa, ya todo está terminado –dijo observándola con detenimiento y un cierto humor.



## CAPITULO X

Pasaron varios días en los que la normalidad fue el signo distintivo; todo transcurría en una amable rutina: por las mañanas el abuelo llevaba a Henri al colegio y se iba a pasear por la ciudad; el matrimonio marchaba cada uno a su trabajo y la tata cuidaba al pequeño. A la hora del almuerzo, todos juntos, comentaban los acontecimientos triviales de las respectivas tareas y los sucesos sobresalientes de los que daba cuenta la televisión. Por las tardes, paseo de July, abuelo y niños, temprana recogida a casa, cena frugal y noche tranquila de descanso.

Pero este ritmo de vida tan plácido acabó de repente, cuando un mediodía, faltó al almuerzo el marido de July sin avisar ni decir dónde estaba. Este hecho preocupó algo a ella, pero como en ocasiones pasadas fue muy frecuente, no la alarmó; pero a Luis, conocedor de la situación en que se encontraba su yerno, si que le causó hondo temor, aunque trató de disimularlo.

Acabada la comida, alegó cansancio para no realizar el cotidiano paseo a los niños, con los que se fue sola July. Él, entonces, en su habitación encendió la radio buscando las noticias del día. No tardaron mucho en interrumpir la programación para dar cuenta – ya lo habían hecho con anterioridad varias veces- de la detención de de una célula, banda o asociación terrorista, que preparaban varios atentados en países europeos, con preferencia en aquellas ciudades en las que iba a celebrarse algún acontecimiento, reunión o actos no cotidianos y, en consecuencia, producirían enorme publicidad y temor en todos los partidos y estamentos sociales. Por el momento no dieron nombres ni nacionalidades de los implicados, con ánimo de investigar posibles ramificaciones en otras naciones y lugares, con los que la policía había ya contactado.

Aunque lo lógico es que no contestara, Luis trató de comunicarse con su amigo; al no conseguirlo, decidió ir hasta la Comisaría en la que estaban los detenidos y provisto de su carnet de periodista, tratar de enterarse de lo acontecido y comprobar si entre ellos estaba su yerno. A July le dejó una escueta nota diciéndole que le había llamado un compañero y que iba a verlo.

Cogió un taxi para no perder tiempo. La Comisaría estaba cercada por periodistas y cámaras de televisión, contenidos por numerosos policías, que solo dejaban entrar a muy contadas personas. Luis procuró aproximarse, poco a poco, hasta la puerta, con ánimo de tratar de ver a su amigo o de que éste lo viera allí. Bien sabía lo difícil que le resultaba, dada su condición de extranjero y no acreditado, entrar en contacto con alguien. Pero su idea de que notara su presencia el amigo podría ocurrir y después de mucho esperar, dio resultado. El policía lo vio y aunque no le hizo ninguna señal ni gesto especiales, por su mirada Luis creyó entender que aguardara. Por tanto, decidió seguir entre la gente, con la esperanza de poder conseguir noticias.

Más de una hora habría pasado desde que vio al amigo y ya casi había perdido la esperanza de saber algo, cuando le sonó el móvil. Era él y muy escueto y apresurado le dijo: “No he podido llamarte antes. El ministro dará una rueda de prensa dentro de una hora. Puedes tranquilizarte, porque gracias a la colaboración de tu yerno, hemos deshecho la célula. Por ahora no puedo darte detalles. Ya te llamaré”.

Temiendo que al oír la noticias, si daban nombres de detenidos, July se



enterara de la implicación de su marido, Luis volvió con toda rapidez a casa. Por suerte ella acababa de llegar y estaba ocupada con los niños. Entonces, disimulando, con aparente normalidad, le indicó que deseaba hablar con ella cuando terminara con los críos.

-Ya mismo estoy contigo- le dijo la hija.

Luis se acomodó en el saloncito y conectó la televisión, que seguía la programación cotidiana, si bien al pie de las imágenes, en anuncio circulante, avisaba de una inminente comparecencia del Ministro de Interior. La impaciencia se apoderaba de su ánimo, pues deseaba explicar a July los sucesos, tranquilizándola en lo posible.

Por fin escuchó sus pasos acercándose y sintió los brazos rodeándole el cuello y el calor de un cariñoso beso en el rostro.

- Veamos lo que quiere mi papáito.

Dudó cómo empezar, lo que hizo que estuviera en silencio unos minutos.

-¡Vamos! -le insistió ella- ¿Qué ibas a decirme? ¿No pensarás marcharte ya?

-No, no es eso- se decidió al fin-. Recordarás que muchas veces te he preguntado sobre qué problemas tenías en tu matrimonio.

- ¿A qué viene eso ahora?- preguntó July algo molesta.

-Viene porque todo cuánto te afecta a mí también me afecta, pues te quiero. Ello me impulsó a investigar lo que ocurría, sin conseguir sacar nada en limpio por mi cuenta. Entonces recurrí a uno de los muchos amigos míos de aquí, que ocupa un alto cargo en la policía y me prometió averiguar el problema, si existía. Y hace unos días nos entrevistamos y me informó en secreto, y con la promesa de callar, lo que pasaba.

-¡Me estás asustando, papá! - exclamó July.

- Tranquila, hija, espera que te lo explique todo. Dentro de unos momentos, como puedes observar en la televisión, van a dar unas noticias. En los hechos de los que hablarán, figura tu marido, pero no como miembro o colaborador voluntario de los detenidos, ya te lo anticipo, pues ha sido una víctima de ellos, que por ocupar su alto cargo en la empresa química donde trabaja, lo han tenido amenazado con hacerlos daños, obligándole a facilitarles medios. Mi amigo me ha visto entre los periodistas que rodean la Comisaría y me ha llamado para tranquilizarme, diciéndome que gracias a él ha sido deshecha una célula terrorista, pero que no podía adelantarme en estos momentos nada, y me avisó de la rueda de prensa que van a dar.

July, pese a su fortaleza, se había puesto pálida y su rostro reflejaba el pánico que la invadió al escuchar la explicación del padre. Éste le cogió la mano, apretándola con cariño, mientras continuó:

- No te preocupes, tengo confianza en lo poco que me ha dicho el policía, que es un hombre honesto y sincero...

En este momento, en la televisión, cortaron el programa ordinario y anunciaron que el Ministro de Interior iba a hacer unas declaraciones. En la pantalla apareció el despacho ministerial, con la bandera del país y, apoyado sobre el bufete, el titular anunciado que, con soltura y seguridad, expuso:

“En el día de hoy, después de penosas investigaciones durante mucho tiempo, la policía, con la colaboración de otras fuerzas y diversas personas, ha realizado la detención de una célula terrorista, bien organizada y extendida, que



pretendía realizar graves atentados en París, Bruselas, Londres, Madrid y otras ciudades provincianas de varios países, con el fin de desestabilizar el orden europeo e impedir o dificultar la unión en proyecto. Simultáneamente, en todas las naciones que forman la Comunidad, también se ha procedido a la detención de los componentes desplazados para que en el mismo día y hora, se produjera también iguales hechos, provocando así un gran pánico. Ello ha sido posible por la colaboración de las fuerzas de seguridad y servicios de inteligencia de las naciones afectadas, que han estado trabajando durante muchos meses y vigilando, no solo a los terroristas fichados sino, igualmente, a los simples sospechosos de colaborar directa o indirectamente. Ha sido una labor titánica cuyo éxito creo ha sido total; no obstante, dado el número de los sujetos que han intervenido en la preparación de este fallido multiatentado, tampoco cabe asegurar con certeza que alguno no haya escapado, por lo cual se continúa investigando en todos los países, con el fin de impedir cualquier reorganización o acción aislada de algún terrorista no identificado.

“Ello aconseja recomendar a la población denunciar cualquier acción sospechosa que observe en su entorno, sea quien fuere la persona que la realice y por nimia que parezca; vale más equivocarse y rectificar, pidiendo disculpas, que lamentar algo ya irremediable.”

“Por último, debo informar que la identidad de los detenidos se va a facilitar a la prensa, sin indicación de la causa o de su grado de implicación, por razones de seguridad, incluso la de ellos mismos. Y recomiendo serena tranquilidad, por cuanto los servicios policiales y de inteligencia velan y trabajan por todos.”

A continuación, fue apareciendo en la pantalla los nombres de los detenidos en Francia. Padre e hija estaban atentos leyéndolos, cuando sonó el telefonillo del periodista. Era su amigo y estuvo largo rato hablando con Luís, que solo emitía simples monosílabos mientras escuchaba, para terminar agradeciéndole la llamada. Dirigiéndose a July, que le miraba con expectación y ansiedad, le explicó:

- Dice que estemos tranquilos, aún cuando entre los detenidos figure tu marido, pues no quieren desvelar su colaboración por temor a represalias de algunos activistas que sospechan existen todavía ocultos. Con discreción van a protegernos, y que hagamos la vida normal, sin cambios.

July rompió a llorar desconsolada, aun cuando él trataba de restar importancia a lo que estaba sucediendo.

- Tranquilidad, July, ya verás como todo se resuelve pronto.

-¿Cómo voy a estar tranquila, papá, cuando me entero de este lío, creyendo yo que pasaba otra cosa distinta?

- Y yo también. Llegué a sospechar una infidelidad, al haberle visto con otra mujer, pero ya me aclaró el policía que era una de ellos. Ha estado sometido a un chantaje durante bastante tiempo y de ahí su malhumor y aparente despego, solo debidos a la tensión a que se hallaba sometido. Hemos sido injustos y ahora debemos ayudarle. Y la mejor manera es actuar como nos recomienden los que dirigen la operación. Me quedaré contigo hasta ver todo solucionado-

Y en tanto hablaba así para calmarla, le acariciaba el rostro, húmedo por las lágrimas, que no cesaban de fluir de sus bellos ojos.

Por la tarde Luis llamó a su director, que ya conocía parte del acontecimiento, y le pidió permiso para estar con July. No solo le concedió todo el tiempo necesario sino, además, le rogó siguiera escribiendo sus dos colaboraciones



con el suplemento y que, a todos los efectos, se considerara corresponsal del periódico en París y le enviara crónicas de los sucesos relevantes de cualquier índole que acontecieran. Esto aumentaría el interés por el periódico.

Afirmada la situación laboral, que era parte importante de su vida, se dedicó con energía a vigilar a la hija y nietos, pendiente siempre de su protección, y a tratar de desenmarañar la red en que había sido envuelto el marido de July. Su condición de periodista, ya acreditado ante las autoridades, y la amistad con muchos de los policías, le daban ventajas y facilidades para conocer aspectos de la investigación y resultados de los interrogatorios, vedados a otros. Así supo que mediante el atractivo de la bella rubia se trató de seducir al joven directivo y como no pudo conseguirse, se utilizó la amenaza sobre los hijos y esposa, a quienes tenían sometidos a un estrecho seguimiento.

Esa táctica de la célula sí le causó el temor suficiente para ceder y facilitarles material y elementos destinados a la fabricación de explosivos, en lugar de haber dado cuenta a la policía. Incluso fue obligado, varias veces, a viajar con la joven a ciudades de la costa, en las que tenían diseminados locales para ocultarlos. En estas ocasiones disimulaban el desplazamiento en las ilícitas relaciones con la belleza rubia, cuando en realidad se trataba de un transporte delicado. En el trabajo y en el hogar se justificaba con asuntos (supuestos unos, verdaderos otros) a resolver con clientes y suministradores, aunque los más íntimos y cercanos sospechaban que el motivo lo aprovechaba, a veces, para su contacto con la joven, que a nadie escandalizaba. El poder actuar así, sin embargo, le permitía el grado de mando y autonomía que le otorgaba el cargo en la empresa.

Poco a poco Luis fue entrelazando los hilos y descubriendo parte del entramado, favorable a su yerno, con lo que tranquilizaba a July respecto a la fidelidad de su marido; pero ella se angustiaba aún más en relación con la situación que padecía el esposo, pues hasta el momento nadie hablaba de su colaboración con la policía, ni de que estuviera limpio de cualquier acción delictiva. La realidad es que continuaba detenido con los demás terroristas y sin que pudieran comunicarse con él.

Luis también se sentía cada vez más inquieto, aunque se guardaba muy bien de comunicarlo a la hija. Pendiente de manera continua de cuanto ocurría o se hablaba en la Comisaría o en la Fiscalía, no había conseguido hasta el momento ninguna noticia nueva. Tampoco pudo hablar ni localizar a su amigo o a otros conocidos, muy atareados, ignoraba en qué.

Aparte su tarea de buscar noticias, en especial las que afectarían a su yerno, su tiempo restante, que procuraba fuera el máximo posible, lo pasaba en casa pendiente de los niños y cerca de su hija, a los que acompañaba, además, a la entrada y salida del trabajo y del colegio. Las horas con ellos en casa, las dedicaba a escribir las tareas comprometidas con el diario, y algún que otro trabajo en relación con los acontecimientos de París, en plan corresponsal.

Cuando menos lo esperaba, recibió una llamada del policía que brevemente le comunicó la próxima salida del marido de July, con carácter provisional, una vez detenidos los últimos implicados. Si lo habían retenido excesivo tiempo, había sido para evitarle cualquier agresión. De todas formas, matizó, en su momento tendría que asistir al juicio, para conocer su grado de participación en el proyecto de atentados.

A los pocos días, cuando llegó a casa, la alegría de todos desbordó



cualquier límite; las lágrimas de July fueron interminables y Henri mostró su satisfacción con gritos y besos interminables al padre. Luis también lo abrazó emocionado y le invadió una cierta tranquilidad, perdida hacía ya tiempo. Pero tranquilo como para regresar al puesto de trabajo, solo estaría cuando se celebrara el juicio y todo quedara solucionado satisfactoriamente. Escuchó con atención las explicaciones del yerno, coincidentes con las de su amigo el policía en los aspectos sustanciales, así como el temor y miedo padecidos a causa de las amenazas a la familia. El ceder a lo que los malhechores pedían, fue por la certeza de que eran capaces de cumplirlas.

Cuando se retiró por la noche a su habitación, Luis recordó que tenía muy atrasados trabajos comprometidos con el periódico, por lo que abriendo el portátil, se puso a redactar lo que le resultaba más fácil, un nuevo capítulo de la narración.

## EL ESPECIALISTA

### h) Recelos y desesperación de Gloria

Una vez en casa y metida en la cama, Gloria recordó las últimas palabras de Carlos. Si todo estaba ya terminado, pensó, pronto marcharemos y acabará esta pesadilla. Y con esta idea se durmió, quizá por primera vez despreocupada y alegre. Mas al levantarse, bien entrada la mañana, buscó al compañero por toda la casa, sin encontrarlo.

- Bueno, ya volverá. Voy a desayunar.

Así lo hizo, tranquila y despacio, en la propia cocina. Como mediodía estaba cercano y él no daba señales, supuso, con buena lógica, que debía preparar algo para el almuerzo, pues seguramente pasarían allí el día y, tal vez, alguno más para recoger cosas que pudieran identificarlos. Pero la hora del almuerzo pasó, y la tarde, y llegó la noche sin que Carlos apareciera. Se encogió de hombros, como si no le importara, pero en verdad que empezaba a preocuparle la ausencia, ni anunciada ni prevista. Y cuando llegó la hora de la cena, lo hizo sola y desganada, sin saber la iniciativa que debería tomar si él no regresaba. Llegó incluso a suponer que la había abandonado definitivamente. Se entretuvo con la televisión y como le entró sueño, se acostó, un tanto rabiosa, ya muy tarde.

La siguiente mañana ocurrió lo mismo. Carlos no había llegado y comprobó que tampoco durmió allí. Intentó hablar con sus antiguos compañeros, pero los telefonillos continuaban bloqueados. Sin saber qué hacer, bajó al pequeño jardín, con ánimo de entrar en la cochera y ver si allí encontraba algo anormal, pero una vecina que la vio le hizo señas y le preguntó si la acompañaba a la compra. Gloria aceptó por distraerse y juntas se dirigieron al mercado, cotilleando de asuntos que maldito el interés que ella tenía, aunque con habilidad disimuló y, además, compró algunos alimentos por si le hacían falta de prolongarse la situación.

Otra vez en casa, examinó la cochera sin encontrar nada de particular, subió a la habitación de él y, con mayor cuidado, fue mirando el armario, la cama, la



mesita y el resto del mobiliario. Nada encontró en ellos ni en la ropa. Ni siquiera un plano, un escrito, solo periódicos. Abrió la puerta para salir y se le escapó un pequeño grito, al encontrárselo, con cínica sonrisa, frente a ella.

- No tengas prisa, ya compartiremos cama alguna noche –le soltó con sorna.

- Contigo ni el cielo- casi le escupió ella, toda roja y enfurecida.

- Ya veremos –le dijo él.

Gloria inició el descenso por la escalera pero, de repente, lo pensó mejor, y preguntó:

-¿No estaba ya todo terminado?

- En aquel lugar, sí –respondió Carlos-, pero el proyecto es más amplio y abarca otros sitios, por si falla alguno. De no suceder así, el resultado será espectacular y terrorífico. De forma que aún tenemos trabajo. ¿Has preparado el almuerzo?

Ella bajó sin contestar, decepcionada a su pesar, pues tenía la esperanza de que se irían rápidos. Ahora ignoraba el tiempo a permanecer en esta ciudad y no tenía ni idea de lo que estaban preparando; le daba la sensación de que le habían asignado un simple papel de actriz en un falso matrimonio vulgar, cuando su capacidad y voluntad era la de actuar de forma importante y descollada.

Durante la comida se limitaron a ver las noticias de la televisión. Por deshacer la frialdad del momento, Carlos rompió el silencio preguntándole:

- ¿Has salido hoy de compras con las vecinas?.

- Sí.

- ¿Qué buscabas en toda la casa?.

- Comprobar si te habías marchado sin despedirte.

- Mujer, jamás haría eso, soy hombre educado y discreto. Por curiosidad, ¿has encontrado algo interesante sobre mí?

- Solo prensa local. ¿Para qué la quieres?.

- Trae cosas interesantes, especialmente lugares apartados. Me ha sido muy útil.

- ¿Cercanos al río? –inquirió Gloria intencionadamente.

- Es posible –contestó él, esbozando una sonrisa.

Durante los días siguientes la vida continuó con la misma rutina anterior. Carlos se iba muy temprano y, con raras excepciones, regresaba ya entrada la noche. Gloria pasaba el tiempo entre aburrida, inquieta y cabreada, de manera alternativa. A veces paseaba por las calles cercanas, mirando escaparates y cuando tropezaba con alguna conocida, charlaba mientras regresaban a la urbanización.

La situación en la que se encontraba, con frecuencia le provocaba desesperación; desesperación por estar sujeta, por no tener una actividad más acorde con sus ideas y energía, por no contar para nada en los planes que se tramaban, por ser simplemente un bibelots adornando un supuesto hogar; por haberla convertido en simple ama de casa dependiente de la voluntad de otra persona por la que sentía desprecio, odio y, aún cuando se resistía en reconocerlo, temor, miedo creciente... Pero las cosas, sin ella querer, habían acontecido así y ya no podía cambiarlas ni eludirlas; debía someterse y aguardar a que terminaran cuanto antes con éxito... Bueno, lo del éxito por momentos le importaba menos, con tal de que el individuo fracasara o pereciera... Pero, reflexionando después, se arrepentía de pensar así, porque ello implicaría también el fracaso de los proyectos del grupo.



Una noche Carlos la llevó con él. En el auto pasaron por la ciudad, como si fueran turistas curiosos, aunque ella se dio cuenta de las varias veces pasadas por el Palacio del Duque, recién reconstruido, y otros edificios notables por su historia y arquitectura. Y sin comentar nada, después de cenar en un apartado restaurante, volvieron a pasear, esta vez a pie, por los alrededores del nuevo estadio de fútbol, al que dieron la vuelta despacio, cogidos de la cintura, en plan de enamorados. Observaron cómo una pareja de policías, que parecían vigilar el recinto, se fijaban insistentes en ellos; entonces Carlos, para disimular, la acercó a un rincón, y abrazándola fuerte, unió su boca a la de ella en un beso largo, apasionado, inacabable... Gloria, turbada al principio y con un poco de repugnancia, temblando y acalorada después, se dejó abrazar sin resistencia, apretando ella misma su cuerpo, con creciente fuerza al del compañero, en tanto le rodeaba el cuello con sus brazos, inconsciente y excitada...

- Ya se han ido – susurró Carlos.

Al soltarla, fue cuando Gloria se dio cuenta de cómo había reaccionado durante unos largos minutos, y un rubor intenso le coloreó el rostro, que inclinó al suelo como queriendo ocultar la vergüenza que la invadía. Sentía rabia por su debilidad y maldijo, internamente, la pasión y el efímero placer del cuerpo con un odiado hombre, en un imprevisto y leve contacto superficial.



## CAPITULO XI

La llegada de Henri, el padre y cabeza de familia a casa, produjo un cambio extraordinario en el ambiente del hogar, pese a que no todo se había resuelto; aún. July, tan seria, entristecida y reservada últimamente, se convirtió de nuevo, casi de repente, en la exquisita, amable y espléndida mujer joven que siempre había sido. Segura ya del amor y fidelidad de su esposo, recobró su habitual estado de ánimo alegre, optimista y decidido. Pese a comprender la existencia de un juicio legal pendiente, no dudaba de que la justicia tendría en cuenta las circunstancias que habían obligado a Henri a mal colaborar con los terroristas y cómo, a la menor oportunidad, facilitó a la policía todos los medios a su alcance para detenerlos, exponiendo su propia vida.

Luís, por su parte, estaba feliz; felicidad que crecía cuando observaba a su hija, tan cambiada y distinta, en lo físico y en el comportamiento, a la de apenas hacía unos días. No obstante, él tenía presente que no todo había acabado; quedaba pendiente una resolución cuyo contenido en muchas ocasiones —lo sabía por experiencia de periodista—, daba lugar a sorpresas jamás imaginadas. Por ello prestó mucha atención a cuanto contó el yerno, a las acciones en las que participó con los terroristas, a los medios por él facilitados, a las actividades realizadas con la joven rubia en los viajes hechos y en las estancias en otras ciudades, a como explicó en su empresa estas ausencias del trabajo ordinario... En fin, a los diversos detalles que pudieran implicarle en una acusación o servirle de apoyo en su defensa.

Por su amigo sabía que, hasta su libertad condicionada, no tuvo tratamiento diferente a los demás, con objeto de no descubrir su papel con las autoridades; mas esto no era bastante para dejarle limpio de toda culpa, pues realmente facilitó medios materiales, procedentes de su empresa, para la fabricación de explosivos e incluso participó en el traslado a los lugares elegidos. Todo ello, o parte, tal vez pudo ser evitado sin correr mucho riesgo, según los datos que tuviera en su poder el fiscal. El periodista no quería hacer de abogado del diablo, pero un pequeño temor sí tenía. De ahí que, en la primera ocasión que pudiera, quería hablar con el policía.

Aunque todo marchaba hacia la cotidiana normalidad y Luís llevaba mucho tiempo ausente de España, no pensó ni por un momento en regresar hasta verlo todo solucionado de manera definitiva; a su favor tenía al director que lo había designado, con su afecto y astucia de siempre, corresponsal sin límite de duración por ahora, lo que le permitía desplazarse por todo París con absoluta libertad. Así, sin levantar sospechas ni encontrar obstáculos, podía entrar en todas las comisarías, departamentos oficiales, Ministerios, asistir a ruedas de prensa, tener entrevistas con personalidades e investigar por su cuenta sobre sucesos ocurridos, siempre que por la naturaleza de los mismos no fueran prohibidos.

Y lo primero que hizo fue localizar al amigo y, en su propio despacho, estuvieron hablando sin prisa de los acontecimientos. Así confirmó su temor de que el fiscal, pese a la colaboración de Henri, quería profundizar en la presión que sobre él habían ejercido los detenidos y si el peligro para la familia fue real y factible, pese a lo manifestado por todos los policías que habían intervenido y no dejaban de hablar en su favor y afirmar cómo, finalmente, se había jugado la vida con tal de impedirles



cometer atentados; más aún, gran parte de los materiales facilitados eran desechos inservibles o con poca capacidad para la misión proyectada, realizando un engaño que de ser descubierto a tiempo por los terroristas, le hubiera costado caro. Por todo ello creía que quedaría limpio de toda culpa en el juicio. Existían pruebas suficientes. El verdadero riesgo estaba en que alguno pudiera haberse escapado, cosa poco probable, y tratará de vengarse.

La extensa conversación con el policía le afirmó en su idea de que debía seguir teniendo precauciones y estar pendiente de su familia, en especial de los nietos y de su hija, por lo que no podía abandonarlos ahora; además, de esta manera, gozaría de vivir una gran temporada con ellos, que había sido uno de sus constantes deseos.

Sin comentarlo con July, se organizó de forma para que no sospechara el objeto de su larga permanencia. El hecho de que le hubieran designado corresponsal del periódico, fue una buena justificación que, además de permanecer en casa de la hija —ella no hubiera consentido otra cosa— le facilitaba salir y desplazarse, no solo por la ciudad, sino incluso a lo largo y ancho del país, a la caza de noticias e investigando. Para esto último contaba con la ayuda de su amigo, que le sugería o indicaba lo que sería conveniente aclarar o confirmar de pruebas dudosas y poco convincentes, para lo que, además, lo ponía en contacto con compañeros de confianza, evitándole correr peligro.

Inició, pues, una actividad que sorprendió a July, aunque se alegró por tenerlo cerca; lo que no le gustó mucho eran los desplazamientos que, de vez en cuando, hacía; pero como él los justificaba por su condición de corresponsal, no tuvo otro remedio que aceptarlos.

Sus compromisos literarios con el suplemento semanal los escribía por las noches, en la soledad y silencio de su habitación, cuando estaba en el hogar de la hija o en la del hotel, durante los viajes. Y pese a que llevaba una vida agitada, se encontraba fuerte y, sobre todo, feliz, muy feliz con cuanto hacía por ayudar a su hija. Y la verdad es que de lo que hasta el presente tenía comprobado en sus discretas investigaciones, todo lo afirmado por el marido de July era cierto, comprobable y favorable a su actuación en este penoso asunto. Así se lo decía su amigo policía, a quien Luis —pensaba— no le agradecería jamás lo suficiente todo lo que estaba haciendo por simple amistad, incumpliendo, en ocasiones, la obligación que el cargo le imponía.

Las gestiones del periodista, tanto en la ciudad como en sus desplazamientos, fueron realizándose sin tropiezos ni problemas; gracias al amigo, en todas partes recibía ayuda e incluso, sin que él lo supiera ni notara, discreta protección. Pero la verdad es que nada, fuera de lo ya conocido, consiguió descubrir; lo positivo fue que todo lo declarado y actuado por Henri se confirmaba con absoluta certeza, razón por la que el Inspector Jefe le aconsejó abandonar pesquisas que no iban a dar ningún fruto; el propio fiscal estaba ya convencido de la inocencia del joven.

Así, pues, como se encontraba en la población de Aurillac, cantón de Cantal en la región de Auvernia cuando el amigo le comunicó tan buenas perspectivas, aceptó el consejo y se dispuso a regresar a casa. Estaba ansioso de ver a July y a sus nietos. Desde el mismo hotel encargó el billete del tren, que pasaría por la tarde; mientras, para distraerse, preguntó en recepción sobre la existencia de algún lugar que mereciera ser visitado. Como de museos, edificios, monumentos y ruinas estaba ahíto, al final escogió dar un paseo por los alrededores de la pequeña población, aprovechando el purísimo aire no contaminado del campo, al tiempo que hacía un



poco de ejercicio. Caminando por lo que podría considerarse ronda, vio un estrecho sendero, con aspecto de no ser muy transitado, cuyos márgenes estaban cuajados de flores silvestres de variados colores. Le sedujo el atractivo de su espontánea decoración y la soledad que se observaba, invitando a ir por él sin que el ruido impidiera abstraerse en pensar sobre sus proyectos y sobre cuanto había acontecido. Llevaba recorrido un buen tramo, cuando descubrió las ruinas de un caserón. Por simple curiosidad se acercó y después de mirar sus paredes medio derruidas, de las que nada podía destacarse, se volvió hacia el camino. Pero de repente, se plantaron delante dos hombretones, que le impidieron el paso.

Luis, que no los había visto, creyó que se trataba de un atraco; pero ellos, amenazantes, lo que hicieron fue preguntarle qué hacía allí.

- Daba un paseo por el campo -respondió-. Soy periodista y en tanto llega el expreso, decidí estirar las piernas.

- ¿Y por qué en este lugar?

- Pura casualidad, es el que más cerca se encuentra del hotel.

Los individuos se miraron indecisos durante breve tiempo; luego uno extrajo del bolsillo una pistola y le indicó que caminara con ellos. Detrás de un muro de los pocos que se mantenían en pie, se encontraba una furgoneta a la que le hicieron subir. El que empuñaba el arma se quedó dentro con Luis; el otro puso en marcha el vehículo y a prudente velocidad, se dirigió a la ciudad y en un cercano taller introdujo la furgoneta, cerró las puertas y le hicieron bajar, para llevarlo en una pequeña habitación, a través de una ~~pequeña~~ puerta disimulada como parte de un armario.

Allí, dado su acento extranjero, le hicieron numerosas preguntas respecto a lo que buscaba un corresponsal de prensa en un pueblo de tan poca importancia, su relación con la policía, a la que había visitado, la causa por la cual fue al edificio en ruinas... Más sorprendido que asustado, contestó con serenidad y afirmó que por aquellos parajes solo buscaba información de primera mano, para escribir un artículo sobre la zona, que encontraba algo deprimida, pese a la indudable belleza del paisaje.

Por la forma de interrogarle, Luis dedujo que sus secuestradores estaban intranquilos, preocupados, conscientes ahora de haber cometido un error, pues si no actúan como lo hicieron, apresándolo, él jamás habría sospechado de ellos. Todo se había complicado, pues no podían en las actuales circunstancias soltarle por las buenas, para que los denunciara; y si lo mantenían oculto o lo mataban, además de aumentar la gravedad del delito, pondrían en actividad a todo el colectivo policial, ya en alerta con las detenciones recientes de terroristas.

Lo que ignoraban todos, hasta el mismo periodista, es que por recomendación del Inspector Jefe de Paris, los recorridos de Luis, sin ninguna excepción, estaban vigilados para protegerlo, razón por la cual un policía, con disimulo, había observado el paseo y visto lo sucedido, con lo que se movilizó todo el efectivo disponible y, antes de que los malhechores terminaran el interrogatorio, tenían cercado el taller y descubierto el cubículo donde estaban. Sin hacer ruido aguardaron a que salieran y sin mucho esfuerzo los detuvieron y rescataron al secuestrado, con gran sorpresa de éste.

La detención de los mecánicos terroristas, como el cabo de una madeja de lana, hizo que tirando de él fueran localizados más componentes de la banda y conocidas las ciudades donde se pretendía atentar. Pero implicaciones de Henri, por



fortuna, no fueron halladas, lo que produjo satisfacción en July y su padre, al que riñó por haberse expuesto, pero sin dejar de agradecerle con toda su alma esa exposición valiente y generosa...

El Inspector, en una de las visitas de Luis, le asegura –en la medida en que esto podía asegurarse– que la banda francesa, con las detenciones últimas a él debidas, estaba deshecha. Otra cosa eran las ramificaciones o colaboraciones en otros países, en los que posiblemente no habría sido posible exterminarlas del todo, según confidencias obtenidas. Se esperaba pronto conseguir este objetivo, por el que las autoridades trabajaban con denuedo; pero mientras no se tuviera la certeza de haberlo logrado, en todos sitios se continuaría en máxima alerta y con trabajo intensivo. Parece necesario, por tanto, que Henri y la familia sean prudentes al máximo y no se hagan muy visibles, pues aunque están discretamente protegidos, la protección nunca puede ser total.

Luis comunicó a July y Henri cuanto el Inspector le había expresado y, entre todos, trazaron una especie de plan: Los niños, como estaban próximas las vacaciones, se los llevarían los padres de Henri; él y July procurarían ir al trabajo y volver al hogar cambiando siempre el itinerario y sin entretenerse en nada. En cuanto a Luis, como no era conocido, podía desenvolverse bien por la ciudad, aunque no sería superfluo tener los ojos bien abiertos.

-Aquí en París –dijo Henri– estás más seguro que en tu ciudad.

-¿Por qué? –pregunto el periodista.

-Porque aquélla es uno de los puntos elegidos por los terroristas, según pude escuchar en una ocasión. Dentro de poco se celebrará allí un acto o reunión internacional, que pensaban aprovechar.

Viendo la palidez del rostro de su suegro al conocer la noticia, añadió:

-No te preocupes demasiado, las autoridades de allá lo saben.

Tras cenar, sin apenas ganas, el periodista se fue a su habitación. No dejaba de pensar en que su pequeña ciudad fuera objeto de un acto criminal por parte del terrorismo internacional. Para tratar de desprenderse de la preocupación, que crecía de forma exponencial, decidió ponerse a escribir el artículo que tenía medio diseñado.

Antes de empezar recuerda que Europa, en la mitología griega, era una bellísima princesa fenicia, de la que el libidinoso y mujeriego dios Zeus se enamoró. Transformado en un blanco, atractivo y manso toro, consiguió que la joven lo acariciara e incluso se subiera en él, ocasión que aprovechó para raptarla y llevársela a Creta. Numerosos pintores, entre ellos Rembrandt y Tiziano, fijaron para siempre la escena en hermosos cuadros.

A Luis se le ocurre que a la Europa continental que heredó el nombre de la princesa, le sucede hoy algo parecido, y no realizado por ningún dios enamorado, sino por hombres ambiciosos, egoístas y envidiosos; y decide encabezar el artículo, aunque no sea del todo apropiado, pero sí significativo, como

### El rapto de Europa

La historia europea, como la del mundo, según la certera definición de Churchill, ha sido la guerra. El Siglo XX tuvo el dudoso honor de que en él tuvieran lugar las más sangrientas, crueles y terroríficas de todos los tiempos, rescoldos de las



cuales, propagados a los cuatro vientos, aún permanecen activos y, a escondidas, tal vez alimentados por intereses políticos y económicos.

La aterradora experiencia vivida hizo que al término de la segunda guerra mundial unos valiosos hombres de Estado de nuestro continente – Schuman, Adenauer, Bech, Churchill, De Gasperi y otros más –, para evitar nuevos enfrentamientos, trataran de lograr la unión de los países de Europa.

El inicio –modesto– fue la Comunidad del Carbón y del Acero, formada por Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y Países Bajos. Y a partir de ahí, surgieron más asociaciones y se fueron incorporando otras naciones, incluidas las que se desprendieron de la órbita soviética no hace mucho, con lo que se creó la Unión Europea, constituida hoy por 28 países.

Todo daba la sensación de evolucionar bien y conseguir, como soñaron los padres del proyecto, unos Estados Unidos europeos que evitarían futuros conflictos como los sufridos a lo largo de la Historia. La economía, uno de sus pilares, se había enfocado para que todas las regiones lograran un nivel semejante de bienestar, transfiriendo los países más potentes y ricos, recursos a los de bajo nivel, y obligando a igualar derechos y obligaciones, a proteger las libertades personales, de expresión, de tránsito de bienes y de los naturales de cualquier nación a otras, sin los obstáculos de las fronteras... Un ideal ilusionante para quienes aún recordaban pasados desastres. Pero...

Es como si una maldición diabólica persiguiera al hombre en el curso de su vida. De repente surge una crisis que despierta los instintos egoístas y perversos que parecían desterrados, acompañados de las peores ideas y teorías elaboradas por la mente humana. Los nacionalismos reverdecen, nace de nuevo el odio y desprecio al que se estima extraño, la ambición crece pese a que sus raíces se creían destruidas, el poder se anhela y lograr ser el más fuerte y temido, embriaga como una droga...

Sin cuajar la intención de convertir la Unión en un gran país, uno de los valiosos componentes se desprende movido, como siempre, por un afán de protagonismo ambicioso, sin importarle abandonar a los antiguos aliados, ni el futuro del continente al que pertenece y, con seguridad, el del propio mundo que habitamos; lo que desea es conservar el prestigio e influencia históricos –que ya no tiene– y eso que se ha dado en llamar la propia identidad (su creencia de gran potencia), en vez de calificarla con su verdadero nombre: soberbia estúpida y egoísta que se niega a aceptar decisiones adoptadas en las que sus ideas no prevalezcan por encima de las demás.

Mas este hecho, en sí mismo, no es peligroso, hasta cabría decir que puede resultar positivo, dado el carácter de los protagonistas; lo malo de él estriba en que remueve el fondo esquizofrénico, egoísta y suicida de algunos politicastos regionales, ansiosos por descollar sin ningún mérito (o por escapar de la justicia a causa de sus injustificados enriquecimientos)), como ocurre con Cataluña y otras zonas de la Unión. Y de acceder a sus pretensiones, el mal que se ha tratado de evitar con la formación de una gran nación, se multiplicaría hasta el infinito, utilizando el absurdo invento del “derecho a decidir”, como si el conjunto de cada país careciera de él para oponerse a la loca pretensión de un pedazo suyo. El nacionalismo es un virus maligno que ha provocado ya demasiadas muertes para no combatirlo.

Hay que señalar, con vigor, que la cultura Occidental es europea, greco-latina en su origen, pero con un desarrollo o crecimiento alimentado por el cristianismo. Los principios morales de justicia, de libertad, de igualdad de todos los



hombres; los mandatos de tratar al prójimo como se desea ser tratado uno mismo, de desterrar la violencia, no respondiendo a ella sino ofreciendo la otra mejilla, son buen ejemplo de ello. Que en el devenir histórico, con escasa frecuencia se hayan practicado, no supone la negación de su existencia en el ideario cultural de Occidente. Lo que ocurre es que cada época tiene su manera de interpretar los principios morales e incluso, en la aplicación realizada en el pasado, de ser menos rigurosos; igual que en las penas y castigos mostraban, conforme se mira hacia atrás, una crueldad que hoy nos parece excesiva y hasta monstruosa. Y todo lo dicho en último lugar, con muchas reservas, pues no podemos en nuestros días presumir de una mayor perfección; más bien deberíamos reflexionar, con el recuerdo de las últimas guerras y del terrorismo casi generalizado, sobre si hemos avanzado algo...

Pero no divaguemos. La Europa que trataron de construir unos políticos ejemplares ha enfermado y tiene tendencias disgregadoras. Los ingleses se van, proliferan nacionalismos, no solo en países, sino también en regiones; se pretende cerrar las puertas a la entrada libre, sea quien fuere el que lo pretenda y las razones que le obligan, como el hambre, la persecución, el miedo a la guerra... Nuestra cultura cristiana se tensiona y vibra amenazando roturas por todos lados; las democracias, mal regidas por partidos sin ideas y personajes nefastos que solo buscan el enriquecimiento, dejan paso a ideologías populistas de izquierdas o derechas, cuya conquista del poder siempre conduce, como la historia y la experiencia demuestran, (recuérdense el nacionalsocialismo alemán y el comunismo soviético) a férreas dictaduras en las que la libertad desaparece, la moral se bastardea, el bienestar colectivo se hunde, quizá indefinidamente, y la corrupción crece oculta con el control mediático.

Europa, si no conseguimos frenar los males que la aquejan, la perdemos, nos es raptada por la inconsciencia, maldad, egoísmo y estupidez de unos ineptos gobernantes, movidos por intereses ajenos al bienestar y seguridad de quienes poblamos este bello continente.

NOTA. Luis escribió este artículo con un mes de antelación a su publicación en el suplemento, como hacía siempre para tener trabajo preparado y no verse sorprendido por imprevistos o urgencias. Pero en este periodo de espera, tal vez por mala suerte, un gran periodista nacional publicó uno en la prensa muy parecido. Luis trató de hacer el suyo pedazos por temor a ser acusado de copiar o plagiar, pero el director y sus compañeros, que lo habían leído previamente, solo vieron algunas coincidencias de dos periodistas inteligentes, que pensaban igual sobre temas importantes, por lo que destruir el trabajo hecho era absurdo. Luis, dudoso y muy a su pesar, accedió a que se imprimiera.



## CAPITULO XII

En cuanto acompañó al niño hasta el colegio y a July al trabajo, Luis buscó al Inspector. Quería saber, de primera mano, si existían novedades en relación con los terroristas. Y, por otra parte, cambiar impresiones con él sobre cómo ayudar y proteger a su yerno Henri de la manera más eficaz posible.

Lo encontró en la Comisaría del distrito, esperó a que terminara las tareas que estaba realizando, y una vez que se encontró libre, salieron a tomar café. Por el camino, despacio, le expuso sus pretensiones y su petición de consejo.

- Por ahora, lo prudente, - le indicó el Inspector- es no precipitarse con actos o medidas de las que puedan darse cuenta los implicados; entre otra cosas, porque pueden creer en la existencia de mucho interés por nuestra parte en dejar limpio a Henri. Esto lo aprovecharían, tal vez, para echar responsabilidades sobre él, pensando así disminuir la de ellos o, por lo menos, en que procuraríamos también rebajar la importancia de sus delitos.

- Entonces, ¿hemos de aguardar sin hacer nada?

- Tampoco, pues al estar ya este asunto en manos de la justicia, no sabemos el tiempo que va a durar; lo que sí sabemos es que por parte de todas las autoridades hay prisa en resolver y castigar los hechos descubiertos. Por tanto la prudencia no puede consistir en dejar la búsqueda de los medios que, en caso necesario, puedan utilizarse en su defensa, si en el desarrollo del proceso surgen complicaciones. Hay que tenerlo todo previsto y disponibles las pruebas que existan.

- ¿Qué puedo hacer yo? -

- Por lo pronto ponerte en contacto con un buen abogado. Yo te voy a recomendar uno de mi absoluta confianza y al que, de manera discreta, pues somos muy amigos, pondré al corriente de todo lo ocurrido, sin que nadie sospeche de mi interés. Cuando con él haya hablado, pues tampoco sé sus compromisos, te llamaré para que lo veas.

- No podré nunca pagarte como te mereces lo que por mi haces.

- ¿Te parece poco pago tu amistad?

Luis, un hombre de experiencia, curtido a lo largo de su vida al haber visto y conocido graves sucesos e injusticias y padecido en propia carne agudos dolores como la pérdida de la mujer amada, destruida por cruel enfermedad, no pudo evitar, en este momento, un emocionado agradecimiento, que le hizo soltar algunas



lágrimas, por la actitud, comportamiento y decisión de ayudarle sin otro motivo afecto nacido de una larga y sincera amistad.

Una vez regresó a casa, esperó a que llegaran July y Henri, les conto todo lo hablado con su amigo y los consejos que éste le había dado. Estuvieron, toda la tarde, repasando los hechos y reflexionando sobre los pasos a seguir, con la mayor prudencia, hasta que el juicio se celebrara, sin olvidarse de la precaución necesaria para evitar cualquier acción de alguien de la banda que hubiera podido eludir la detención. En cuanto Luis supiera el abogado recomendado, se entrevistaría con él.

Pasados dos días, Luis recibió la llamada esperada del Inspector, que le indicó la dirección y el nombre del abogado, a quien él mismo puso al día del asunto y del especial interés que, personalmente, tenía para que se hiciera cargo de las actuaciones que pudieran ser necesarias, de surgir problemas, pese al correcto comportamiento del muchacho, con peligro de la familia y de sí mismo.

Sin pérdida de tiempo, Luis se entrevistó con el abogado, conocedor ya de todos los detalles de la situación y que, con mucha seguridad, le afirmó no ver problemas para Henri, pues su conducta era comprensible, lógica y no delictiva. No obstante, iba a estudiar las actuaciones policiales y de la fiscalía, por si pudiera haber cualquier detalle, hasta ahora desapercibido, que le perjudicara. Y que estuvieran tranquilos, pues se ocuparía con el mayor interés del desarrollo del proceso y, si fuera necesario – no lo esperaba- de la defensa del yerno.

Las palabras del abogado lograron calmar sus inquietudes y le transmitieron confianza. Así lo participó a su hija y a Henri en cuanto llegó a casa, a los quienes dio cuenta de lo hablado con el letrado y del optimismo con que había salido de la visita.

- Y la verdad –terminó diciendo- tu comportamiento fue el que cualquier persona normal, amante de su familia, hubiera hecho para evitarle daño..

Después de diversos comentarios sobre el comportamiento y ayuda del amigo, Luis se retiró a su habitación con ánimo de descansar. Pero una vez allí, lo pensó mejor, cogió el ordenador, y se puso a escribir un nuevo capítulo de su narración.

## EL ESPECIALISTA

### i) Extraña visita a una exposición y un paseo nocturno

Para Gloria, con el último paseo nocturno, que tanta rabia le produjo a posteriori, estaban ya terminadas las actuaciones necesarias. Faltaba solo la consumación del atentado en el momento oportuno. Para hacerlo, estaba segura que Carlos disponía ya de los medios o resortes apropiados, convenientemente instalados ; no otra cosa debió hacer durante tantos días y noches ausente. Nunca le preguntó, porque aparte de la antipatía sentida hacia él, por la seguridad y confianza en su capacidad, que los más destacados miembros de la banda tenían para haberle contratado. No le ofrecía duda su profesionalidad y, por tanto, tenía confianza en un resultado de acuerdo con los propósitos deseados, sin ningún fallo, cosa imposible de asegurar de haberse encargado ellos, no tan expertos ni preparados en estos complicados montajes.

Estos razonamientos le produjeron satisfacción, porque deducía, en



buena lógica, la proximidad en abandonar esta ciudad aburrida y el perder de vista al odiado personaje de la que era fingida compañera. Añoraba la vida más agitada con sus correligionarios, los riesgos cercanos con la policía persiguiéndoles, las balas silbando cercanas como serpientes, esquivadas y respondidas con valentía casi cuerpo a cuerpo. Había momentos en los cuales no distinguía bien lo que la unía a la banda, si el deseo de cambiar la sociedad, destruir el sistema dominante o la emoción por la lucha sin más, el descargar la adrenalina con el peligro y con ver la mueca de la muerte en otros, desconocidos antes, como si todo fuera un juego trágico, montado para probar el valor de cada participante. Lo que venía realizando en estos momentos no se parecía en nada a sus acciones pasadas. Aquí representaba un insulso papel de las odiadas burguesitas o mujeres de clase media, sin emoción y ni siquiera disfrute sensual (aquí le venía el recuerdo de la noche en las cercanías del estadio, y se enfurecía; aun cuando luego se consolaba calificando el hecho como una simple y superficial reacción ajena a su voluntad, después desaparecida sin dejar huella).

En estas cavilaciones estaba sumida cuando, de improviso, llegó Carlos y sin saludarla, con gesto imperativo, le ordenó que se arreglara para unas visitas turísticas. La quería bien vestida pero provocativa, que llamara la atención, tanto por lo que se viera y adivinara de su cuerpo, como por su modo de andar y por sus gestos. Y sin ninguna otra explicación o justificación, salió de la habitación, dirigiéndose al garaje.

-¡Maldita sea! –exclamó-. Ahora me convierte en un reclamo, casi en una fulanita... A mí, que soy una activista agresiva y sin piedad. Ganas me dan de pegarle un tiro o darle una puñalada... Bueno, no puedo hacerlo porque se estropearía el proyecto de más impacto de todos los realizados.

De mala gana subió a su habitación, seleccionó, tras muchas dudas la ropa y, sin ningún deseo, se metió en el baño para relajarse. Durante mucho tiempo se frotó con una esponja empapada en oloroso gel, suave y reiteradamente, casi con deleite, y terminó eliminando la espuma con una larga ducha, cerrados los ojos y recreándose en el resbalar del agua tibia por todo su cuerpo. Luego se envolvió en una delicada toalla y, frente a un largo espejo, fue secándose despacio: rostro, brazos, pechos, vientre, parte íntima, piernas. No dejó de mirarse satisfecha y con delectación. La verdad es que su cuerpo podría muy bien compararse al de una escultura griega.

Una vez seca, comenzó a vestirse con el mismo cuidado, olvidada del objeto de aquella preparación, que solo recordó a la hora de pintarse, pues no tuvo más remedio que exagerar esta tarea un poco, para no pasar desapercibida por cualquier hombre.

Cuando bajó, Carlos la estaba esperando. Y pese a su frialdad y autocontrol, dejó escapar un no querido elogio.

-¡Coño, que rica estás!-

Gloria, y esto si que era una extraña novedad, se ruborizó y únicamente acertó a decir:

- Como me vean las vecinas, me retiran el saludo. Parezco una fulana de lujo.

- Nada de eso, estás perfecta. Si no te saludan será por envidia –volvió a piropear él, lo que también era otra novedad no menos extraña.

Fuera ya de la casa, en el pequeño jardín, quedó Gloria y Carlos entro en el garaje, sacó el auto y la recogió. Con celeridad, salieron del barrio y se dirigieron



al centro de la ciudad. En un parking público, dejaron el auto y caminando lentos, llegaron al reconstruido Palacio del Duque, en el que se inauguraba una exposición.

Autoridades de la Comunidad y del Municipio estaban presentes, así como invitados distinguidos y bastante público. Carlos y Gloria se situaron en lugar bien visible durante el acto. Como ella llamaba la atención, había quien miraba más a la joven que a los cuadros, la mayoría de estilo “naif” y “surrealista”, con lo que para muchos resultaban o infantiles o incomprensibles y les parecía mucho más interesante fijarse en la atractiva beldad asistente, un poco provocativa y retadora, pese a estar acompañada. Acompañante, sin embargo, con cara bobalicona, que se preocupaba solo de examinar todos los cuadros, uno por uno y en todas las salas. Tanto que, en muchos momentos, ella quedaba sola, ocasión que algunos aprovechaban para acercarse y darle conversación, a la que la joven, un tanto pícara, daba cuerda.

Una vez que el falso marido hubo recorrido y visto con atención todo el recinto, se acercó a Gloria y al corro de admiradores que la rodeaba, y con cara de boba satisfacción, los saludó y les agradeció el haber distraído a su mujer, que no entendía de pintura ni la entusiasmaba, como le ocurría a él.

Fuera ya del Palacio y alejados, siguieron caminando por la zona antigua, con callejuelas que ella recordaba, y desembocaron en las cercanías del estadio de fútbol; allí, quizá por casualidad o porque estaba el lugar permanentemente vigilado, -descubrieron varios policías haciendo pausada ronda-, Carlos la cogió por la cintura y la apretó fuerte, pese al respingo que Gloria dio, y continuaron paseando como cualquier pareja de enamorados o matrimonio bien avenido. No tardó mucho la joven en relajarse e incluso en hallarse cómoda rodeada por el fuerte brazo, y con la percepción en su cuerpo del contacto de su compañero. Era una sensación agradable que, inconscientemente, le daba una desconocida confianza y una agradable seguridad. Sin darse con claridad cuenta, le surgía una creciente satisfacción casi cercana a un goce nunca antes sentido. Su caminar se hizo lento, como buscando prolongar la situación, pero Carlos, ajeno a lo que no fuera su plan, le ordenó:

- De prisa, que se ha hecho tarde.

Al oírle, ella descubre, poco a poco, cuanto le había ocurrido al contacto físico con él. Aceleró el paso, llegaron al parking por el coche, y regresaron con rapidez a la casa.

Ya en la habitación, se maldijo y lloró con amargura, al tiempo que se preguntaba qué le estaba pasando.



## CAPITULO XIII

Aunque los interrogatorios y la acumulación de pruebas iban ligeros, de momento no podía calcularse la fecha en que tendría lugar el juicio contra todos los detenidos. Luis llevaba ya mucho tiempo alejado de su centro de trabajo y aún cuando el director, con su designación como corresponsal, trató de evitarle cualquier problema con la empresa y que los compañeros consideraran la situación como un trato de favor, él era consciente de no poder continuar así indefinidamente. El suyo era un pequeño diario de provincias, con limitados recursos, y su espacio de influencia no justificaba el gasto de la corresponsalía en París, por mucho que él enviara crónicas con una constancia y asiduidad elogiadas, abordando todos los temas y sucesos de la gran metrópolis, pero con un interés muy relativo para los asiduos lectores provincianos, más curiosos por las noticias y sucesos próximos que pudieran afectarles de alguna manera.

Todas estas consideraciones movieron al periodista a plantearse la vuelta a su ciudad. Por otro lado, el problema de su hija parecía no iba a tener trascendencia negativa, pues todo se inclinaba a favor de Henri. Ni su amigo el Inspector, ni el propio Abogado, encontraban motivos de preocupación; más bien pensaban incluso en una referencia laudatoria por su valor y honestidad. En consecuencia, Luis no hallaba razones para demorar la vuelta a su propio hogar, tanto más cuando, con los medios hoy disponibles, podía estar con ellos en horas, si fuera necesario.

Así le planteó la marcha a July. Ella comprendió sus motivos, pero no pudo evitar ser invadida por una honda tristeza y que sus ojos se empañaran de lágrimas. Al pequeño Henri se le vino el mundo encima, dada la adoración profesada a al abuelo, con quien compartía paseos y juegos. El otro nietecito, aún muy pequeño, no calibró lo que suponía la ausencia.

Decidido, pues, el regreso a España, Luis se lo comunicó a su director, el cual nada opuso, y se dedicó, el fin de semana, a preparar el equipaje, ya no tan ligero, pues July le había comprado ropa nueva y actual, arrojando la raída y gastada que poseía. En un maletín, bastante amplio, colocó el gran número de escritos terminados y el ordenador que le regaló su hija.

La mañana del lunes, muy temprano, después de despedirse de su hija, muy emocionada, y de besar a sus nietos, todavía dormidos, lo trasladó Henri al aeropuerto, para coger uno de los primeros vuelos en los que consiguió pasaje. Durante el trayecto, su yerno le recomendó mucha precaución en su trabajo porque, como ya le había dicho antes, su ciudad estaba en el punto de mira de los terroristas, y si bien todos los de Francia habían sido detenidos, no podía asegurarse lo mismo de los de otros países, también implicados en aterrorizar a Europa.

Durante el vuelo, Luis no dejó de pensar en las palabras de su yerno. La ciudad no era tan importante como para preferirla a otras más pobladas; cierto que por su acusado carácter histórico, era bastante conocida, pero no creía que esta circunstancia influyera en una decisión de tal calibre. Tendría repercusión, sin duda, pero no tanta como los asesinos pretendían obtener. Además, una urbe muy poblada y grande como Madrid o Barcelona, por ejemplo, ofrecía mayor facilidad para moverse



por ella sin producir sospechas; en una pequeña ciudad, en cambio, podía advertirse los movimientos extraños a la normalidad de la vida en barrios y las visitas a monumentos. Esta elucubración logró tranquilizarle y olvidarse del asunto el resto del vuelo, dedicándose a pensar en la manera de reiniciar sus trabajos en el diario y en temas deseoso de abordar, interesantes para todos, como la deriva llevada por la política en el país, la falta de energía de las autoridades para impedir el crecimiento de populismos e independentistas que, de seguir aumentando, nos conducirían a posibles violentas dictaduras, a creciente corrupción y pobreza, y a desunir el país, transformando las actuales regiones en pequeños reinos de taifas, tiranizados y regidos por desaprensivos sin escrúpulos, enemigos unos de otros.

Ya en tierra, tomó un taxi que con rapidez lo llevó a casa. Aun cuando el apartamento había permanecido sin ocupar mucho tiempo, estaba limpio y bien arreglado por la mujer contratada para este menester. Abrió las maletas, colocó la ropa en el armario y los papeles y ordenador en la mesita de trabajo. Se hizo un café bien cargado y, mientras lo saboreaba, llamó a la redacción para avisarles de su vuelta y de estar dispuesto a reanudar la tarea.

- Descansa, hombre – le recomendó el director-. Incorpórate mañana, todo va bien.

La propuesta del director no le vino mal. Antes del almuerzo, fue a la cervecería del barrio, saludó al dueño y a los muchos amigos habituales que allí se reunían para tomar unas cañas, y que se interesaron por su larga ausencia y por su familia, felicitándole al propio tiempo por las crónicas y artículos publicados, originales y valientes, lo que le satisfizo, si bien por modestia les quitaba importancia. Pasó un rato agradable, enterándose de los cotilleos locales, de los nimios sucesos acaecidos en la barriada, de las broncas de los políticos locales por boberías.

Dormida una pequeña siesta, con la que recobró energía y vitalidad, se puso a teclear el ordenador con un nuevo episodio de la narración semanal del suplemento.

## EL ESPECIALISTA

### j) Nuevas ausencias y reiteradas controversias

Con el último paseo por la ciudad y visita a la exposición, creyó Gloria que terminaban las actuaciones necesarias para el trabajo del especialista, por cuya causa se sintió satisfecha y esperanzada en volver pronto a sus actividades anteriores, con conocidos militantes y amigos. Sin embargo, esta satisfacción, sin apenas darse cuenta, le producía un cierto desasosiego, una especie de confusa desgana, de desilusión, por haber terminado, como si echara de menos las rabietas sufridas, las órdenes enérgicas, las tareas inesperadas ..., y hasta de los momentos de forzado gozo del que renegaba y se auto reprendía con irritación.

Más esta creencia se vio frustrada no muy tarde. Carlos, al término de la cena, le advirtió que durante unos días estaría fuera debiendo ella, si alguien le preguntaba por la ausencia, justificarla por razones de trabajo; le recomendó, además, que hiciera una vida normal, saliendo de compras y yendo al centro, al tiempo que



debía prestar atención a cualquier aumento de vigilancia por aquellos lugares que habían visitado en varias ocasiones. Y sin aguardar ninguna pregunta, salió rápido, sacó el auto y marchó veloz

Al quedar sola, Gloria dio un puñetazo sobre la mesa, expresivo de su coraje y frustración al haberse equivocado. Todo seguía igual: ella sin ninguna iniciativa e ignorando qué demonios hacían en aquella aburrida ciudad; él frío y desdenoso sin hacerla partícipe del proyecto y sin ni siquiera mostrar una mínima atención o galantería... Y aquí, se sintió doblemente molesta, pues era lo bastante atractiva y hermosa para provocar el deseo de cualquier hombre normalito, sin darse cuenta de la contradicción de estas ideas con la repulsión que pensaba él le producía, y que crecía constante de manera obsesiva. Eso, al menos, ella creía.

Pero, como no había otro remedio, acabó serenándose y meditando sobre lo que debía hacer durante los días de soledad en el falso hogar. Lo primero que realizó es revisar toda la casa, con detenimiento la habitación de Carlos y el garaje, una vez más, sin encontrar detalles especiales que le dieran una idea de lo que ejecutaba Carlos. Después de este trajín, cansada, se acostó, no sin antes cerrar herméticamente las puertas, por vez primera desde que vivían allí.

Cuando por la mañana fue abriendo las puertas cerradas por la noche, se llevó la sorpresa de observar abiertas las del garaje y de la entrada. Dedujo, en consecuencia, que él había estado allí y con tanta cautela felina, que Gloria no oyó ni el más leve ruido. Curiosa, entró en el garaje y encontró unas cajas de cartón vacías, que examinó cuidadosa, sin hallar el menor resto que pudiera darle idea del contenido desaparecido. Con todo esto, estaba segura de que Carlos no andaba muy lejos; lo que no comprendía era la causa por la cual se lo ocultaba, ni su desconfianza en explicarle los tejemanejes llevados a cabo y por ella ignorados, a pesar de ser interesada en el buen resultado.

Como nada bien concreto le había encomendado, decidió llevar su vida habitual. Fue a la compra, habló con algunas conocidas, con mucha parsimonia preparó su comida, almorzó despacio mientras veía la televisión, y ya mediada la tarde, se arregló y subió a uno de los autobuses para dar una vuelta por el centro. Paseó mirando escaparates y, cumpliendo la recomendación de Carlos, observando si existían movimientos no cotidianos o aumento de vigilancia. Nada anormal vio, todo estaba como cualquier otro día y la gente circulaba tranquila, despreocupada y no se notaba mayor número de policías ni en los alrededores de la catedral, ni en el Palacio del Duque, ni en la zona del estadio.

Como esta comprobación le consumió tiempo, tomó otro autobús y regresó a la vivienda, en la que se puso cómoda, dispuesta a distraerse con la televisión, cosa que hizo durante un tiempo hasta que el sueño la obligó a acostarse.

Un ritmo de vida igual siguió durante cuatro días, casi calcados unos de otros. Ya estaba acostumbrándose y gustando de esta soledad, que le ofrecía un libre actuar sin presiones ni mandatos, cuando la última noche, hallándose descuidada y tranquila como nunca, sin ningún ruido, sin ningún aviso, sin que se sintieran pasos, ni abrir o cerrar puertas, como si fuera un fantasma o un ser inmaterial, apareció de repente Carlos. Ella no pudo evitar un sobresalto, que le hizo levantarse asustada del sillón.

-Tranquila –bromeó -, soy tu marido.

- Podías avisar –le reprochó Gloria malhumorada.



- Quería darte la sorpresa –se justificó él.

- Esas sorpresas no me gustan –insistió Gloria-. Mejor sería decirme que hemos terminado.

- Pues mira por donde te vas a sorprender –dijo Carlos con humor- , no va a tardar mucho.

- ¿Cuánto es no mucho? –inquirió ella.

- Como cinco o seis días –respondió-. Escucha mañana las noticias o compra la prensa. Pronto estaréis satisfechos y me imagino que felices.

. ¿Tú no? –preguntó Gloria.

- A mí me da igual. Me limito a cumplir un trabajo contratado – responde-. Las consecuencias que pueda producir, serán las buscadas por vosotros para alcanzar los fines que deseáis. Yo soy completamente ajeno a cualquier ideología política.

- Entonces, ¿por qué colaboras?.

- Te equivocas, yo no colaboro con tu organización, soy un profesional que realiza un trabajo; lo mismo lo haría si alguien me contrata para hacerlo contra los que la formáis.

- Eso es horrible.

- No, simplemente fabrico unos instrumentos, como los pirotécnicos, que me gustan por el riesgo que implican y por la emoción de su clandestinidad; pero el botón o la mecha para que exploten, lo apretáis o la encendéis vosotros, unas veces de forma directa, otras dando la orden de hacerlo y siempre conscientes del daño y el horror que pueden causar. Yo nunca lo haría para conseguir un fin que puede alcanzarse con la palabra, la persuasión o la pasividad, como Ghandi. Ya hemos hablado algo de esto en otra ocasión.

-Así nunca se logra cambiar una sociedad y un sistema injustos; se necesita una revolución del sufrido pueblo.

- Las revoluciones nunca las hacen los débiles y necesitados. sino los influyentes, los bien acomodados cercanos al poder y los poseedores de recursos, ya te lo expliqué un día. Los hambrientos y sin bienes, si acaso, son utilizados y manipulados, y acaban, otra vez, bajo la fuerza bruta de la dictadura, que nace rápida gracias a la gloriosa victoria revolucionaria, con su nueva “nomenclatura”, sostenida por la multitud proletaria y alejada de ella.

- Todo lo que has dicho es una sarta de mentiras y despropósitos.

- El problema que tenéis todos los que queréis cambiar el sistema y la sociedad, es la falta de verdadera cultura. En vez de esas tontas revistas de moda, lee la historia –la no manipulada- y entérate de lo ocurrido en el transcurso de todos los siglos, en especial los dos últimos.

Gloria no quiso seguir la controversia y se levantó sofocada, con ganas de largarle un puntapié al compañero; subió a su habitación y cerró con genio la puerta. Carlos contempló la huida, con una sonrisa socarrona y cínica. Cogió el periódico del día y se dispuso a leer un rato.



## CAPITULO XIV

La llegada al periódico fue acogida por los compañeros con cariñosos saludos e incluso con algún aplauso, no en vano era el más veterano y, como estaba demostrando, un gran periodista y literato, con cultura amplia como para abordar temas tan varios como los tratados en sus crónicas y artículos recientes, tan aceptados y admirados por los lectores.

Por su parte, Luis se encontraba satisfecho, feliz; volver a su tarea de cada día en el modernizado diario y en el suplemento semanal, cuya aceptación crecía de forma exponencial gracias, en gran parte, a sus trabajos y a una hábil dirección con la que colaboraba de forma intensa, le hacía olvidar los malos ratos pasados en París. No obstante, del pensamiento no se ausentaba el problema de Henrí, pese a que según el criterio de su amigo el Inspector y del propio Abogado, no existían motivos para preocuparse. Todas las noches Luis se comunicaba con su hija, tanto para saber de las novedades que pudieran surgir, como del estado de ellos y de los pequeños.

También el director, amigo de Luis desde la infancia, se sentía satisfecho con su regreso a casa, por dos razones: primera porque, conociéndole bien, la vuelta significaba que los asuntos de la hija llevaban camino de una solución favorable y, en segundo lugar, por tenerlo disponible si, como se rumoreaba, en la ciudad se proyectaba celebrar un acontecimiento extraordinario, para cuyo seguimiento y posibles entrevistas, nadie mejor dotado de cualidades que él. Así, pues, a los pocos días lo llamó a su despacho para exponerle sus propósitos.

- Luis, sin confirmación firme, pues hasta ahora parece simple cotilleo en los ambientes periodísticos- le dijo-, nuestra ciudad puede haber sido escogida para unos eventos muy importantes en aspectos religiosos y políticos. Si esos rumores o cotilleos se transforman en una realidad, quiero que seas tú el que los siga, explique y dé cuenta exacta. Labor ésta que complementarás con entrevistas a las personalidades más destacadas; para todo contarás con el personal y los medios que desees.

- ¿Me puedes dar más detalles de tales acontecimientos?- preguntó Luis.

- Como te he dicho, por ahora son rumores y no los sé- respondió-. Pero me han prometido aclarármelo dentro de dos o tres días.

- Conmigo sabes que cuentas para todo – afirmó el periodista-, y te agradezco esa confianza que en mí tienes.

Siguieron hablando del trabajo cotidiano, de la marcha del país con la política seguida, de los temas que se publicarían en el próximo suplemento y, finalmente, salieron a tomar unas copas en un bar cercano.

Ya en casa, por la noche, repasando las actividades realizadas en el trabajo, recordó cuanto le había referido el director y su designación para seguir los posibles eventos que, tal vez, se celebrarían en la ciudad. Le intrigaba en qué podían consistir para que le diera tanta importancia y si en ellos intervendrían o se reunirían muchas personas, pues de su número dependería el lugar elegido y la asistencia o no de público. Como el asunto acabaría por saberse no muy tarde, dejó de pensar en él y, mientras cenaba, se entretuvo en ver un programa de televisión, poco interesante, como la mayoría, razón por la cual, tras cambiar a varios canales, terminó apagando el aparato, para dedicarse a diseñar, mentalmente, una nueva narración, destinada a



sustituir a El Especialista, con objeto de no hacerse pesado con una indefinida prolongación del tema. Ahora deseaba, sin eludir mantener el interés por la aventura y el desenlace, darle un matiz romántico atractivo para el género femenino. Con ello se conseguiría atraer al suplemento un conjunto amplio de lectores, unos por las aventuras peligrosas, otros por las relaciones, simples y corrientes, pero también seductoras o emotivas entre parejas.

Pasados unos cuantos días, saltó a la prensa la noticia de haber sido elegida la ciudad para la celebración de una especie de cumbre, entre altos dignatarios de las más importantes religiones, con objeto de establecer un acuerdo destinado a que las creencias en un Dios no fueran utilizadas para destruir vidas ni enfrentar pueblos. Paralelamente, se reunirían, bajo el patrocinio de la Onu, altos representantes de los países más poderosos con la finalidad de estudiar un tratado para impedir el uso de armas de destrucción masiva y, además, buscar una fórmula de concordia y ayuda mutua entre naciones, sin recurrir a la fuerza. Los resultados de ambos estudios y propuestas, serían después sometidos a Naciones Unidas, que los haría obligatorios para todos los miembros.

Luis quedó sorprendido y asombrado, aunque le parecía un poco extraño que estos programas no se discutieran en la propia sede de la organización internacional y se eligiera una pequeña ciudad para ello. Pero el director le aclaró que como se trataba de efectuar estudios, planes y propuestas, lo más lógico era su realización por expertos, historiadores, prestigiosos filósofos, sabios creyentes, desinteresados protectores de necesitados y no por políticos. En cuanto al lugar elegido, estaba claro: una ciudad en la cual habían convivido distintas culturas y religiones, con problemas, es cierto, pero que dejaron una huella indeleble en forma de monumentos, capaces de influir, de alguna manera, en la solución de las divergencia y conflictos actuales.

En este último aspecto, Luis no estaba muy de acuerdo. Pensaba que las obras conservadas a lo largo del tiempo, más bien podían dividir en vez de unir, y provocar acritud en las discusiones a causa de la autoría o pertenencia de ellas. Pero, en fin, el conjunto de lo pretendido, era loable y ojalá prosperara

Tras varios días de planeamiento e intercambio de opiniones entre las diversas instituciones locales, se acordó con los organizadores y teniendo en cuenta el número de participantes, acondicionar, de modo adecuado, parte de la catedral para las reuniones sobre el tema religioso y el Palacio del Duque, para las del político.

A Luis le parecieron, en principio, acertadas estas ubicaciones, coincidiendo con el criterio del director y, como éste, estaba contento de la elección de su ciudad para los estudios en cuestión. Realmente, todos los ciudadanos coincidían en la importancia y promoción que suponía el hecho para la localidad.

Camino de casa, como era habitual, se detuvo en el bar del barrio para tomar unas copas. Allí, como siempre, encontró conocidos y amigos, con quienes comentó los recientes acontecimientos, que situaban a la ciudad en la primera plana de los diarios de todo el mundo. También comentaron los diversos trabajos y estudios del propio Luis y, como en tantas otras ocasiones, intentaron descubrir quien era el autor de los escritos críticos que aparecían en el suplemento, cuya identidad intrigaba a la mayoría; él, como siempre, negó conocerlo, pues era un secreto guardado con hermetismo por el director, sin descubrirlo ni a los más allegados.

En casa, sonriendo por los comentarios del bar, recordó que en uno de



los episodios ya publicados; describió el subterráneo oculto por el río y que, una vez dentro, llevaba hasta la misma catedral. Esto le produjo inquietud y preocupación, porque de conocerlo alguna organización terrorista, era ideal para sus fines criminales. Se tranquilizó al pensar como el agua cubría la entrada e incluso buena parte del comienzo, lo que evitaba su utilización si no se tenía conocimiento de cómo más adelante se elevaba y permitía caminar hasta el final. No obstante, esta noche, la pasó inquieto pensando en si alguien, después de haber leído el episodio, hubiera explorado aquel camino oculto y desconocido para todos. De esta forma, sin querer, habría colaborado en un terrible desastre.

Por la mañana, antes de ir a la redacción, se encaminó a la Jefatura de la Policía. Como era suficientemente conocido y estimado, no tuvo inconveniente en acceder al despacho del Comisario jefe al que, después de saludar cordialmente, procuró sonsacar sobre las medidas tomadas para proteger a los visitantes. Así consiguió enterarse de las revisiones realizadas y en marcha de todos los lugares en los cuales se iban a celebrar las reuniones, incluidos los de residencia, edificios cercanos, alcantarillado y alrededores que, con apoyo suplementario de policías de otras localidades e incluso de países implicados, quedarían permanentemente vigilados día y noche y controlada la circulación de vehículos y personas por allí sin una explicación justificativa. En el río, se había prohibido utilizar ninguna embarcación por las proximidades de la catedral, acotando un espacio amplio.

Aquí preguntó si habían examinado o examinarían, con submaniristas, el paredón sumergido de la ribera.

- ¿Y eso?— preguntó sorprendido el Comisario.

- Yo, de jovencito travieso, encontré a unos dos metros bajo el agua, una especie de subterráneo que, explorado, creo conducía hasta la catedral. Ignoro si era desagüe o salida escondida. De existir todavía, podría ser peligroso.

- Me alegro de que lo hayas dicho. Ordenaré una exhaustiva exploración— afirmó el Comisario—. Ahora te dejo, pues tengo mucho trabajo pendiente.

Cuando llegó a la redacción, informó de todo al director y de su preocupación.

- Tú tranquilo, Luis, has obrado como debías. De todas formas, con las múltiples reparaciones que se hicieron en la ribera, no creo que exista ya esa especie de túnel.

- Bueno, la verdad es que no puedo hacer nada más, solo esperar una eficaz investigación y comprobación del Comisario.

- Seguro que lo hará - le afirmó el director.

Luis, tranquilizado, reanudó sus tareas revisando los diversos trabajos del suplemento, escogiendo fotografías y dando instrucciones sobre la portada. Lo que no le apetecía, de momento, era ponerse a escribir ningún artículo sobre los varios asuntos pensados para próximos números. Sí inició la editorial que, dados los cercanos acontecimiento, pretendía explicarlos y resaltar su importancia; y con ella aprovechar, al propio tiempo, la ocasión para recomendar a la población trato y amabilidad exquisitos con los visitantes, tal como acostumbraban a hacerlo cuando personalidades relevantes venían a la ciudad.

Antes de terminar la jornada le llamó el director para comunicarle la última noticia.



- Las reuniones de religiosos y políticos, van a tener lugar la próxima semana. No se ha dado a conocer antes por temor a que, de saberse con mucha antelación, pudiera organizarse algún atentado.

- A mí me parece precipitado -comentó Luis-. Los encargados de protegerlos no tienen suficiente tiempo para revisar los lugares donde se celebrarán, ni aquellos próximos que puedan servirles.

- Te equivocas. La policía lleva tiempo investigando y previendo los peligros que pudieran surgir y los sitios más idóneos para ello.- la informó el director.

- Si es así...

Como otras noches, antes de cenar, pasó por el bar de siempre. Allí, entre los distintos amigos, estaba su antiguo compañero de colegio, con el que había explorado el túnel del río en sus años aventureros. En un aparte, con discreción, éste le dijo:

- Luis, si cualquier terrorista ha descubierto el túnel -que en la narración de tu periódico se ha descrito muy bien-, podía ocurrir una tragedia.

- No te preocupes, yo se lo he comunicado a la policía, y me prometieron explorar la zona. Supongo que ya lo habrán hecho, pues ellos sabían el adelanto de las fechas de celebración.

- ¡Me alegro! -exclamó-. Me quitas un gran peso de encima.

El periodista sonrió y, con un "Buenas noches, mañana nos vemos", se marchó a su domicilio. Una vez allí, sin embargo, volvió a asaltarle el temor del maldito túnel. ¿Le habría hecho caso el Comisario? ¿Se habría acordado de un descubrimiento juvenil, de muchos años atrás?

La noche la pasó entre inquieto y nervioso. Para calmarse pensaba en el absurdo de que alguien, basado en un simple relato, todo él imaginario e inventado, como es normal, tratara de encontrar el lugar descrito, como si realmente existiera. Pero pese al razonamiento, también se le ocurría las veces que, escenarios reales, han servido para situar hechos o personajes imaginarios. En agitada duermevela le amaneció; después de ducharse y desayunar se dirigió al trabajo.

+ Como la inquietud no le abandonaba, decidió llamar al Comisario, para conocer lo que habían hecho desde su visita. La conversación fue breve, pues el policía tenía multitud de asuntos a los que atender con motivo de los próximos acontecimientos. Así, pues, después de escuchar al periodista y conocer su preocupación, se limitó a decirle:

-Tranquilo, Luis, que hemos inspeccionado todo el paredón detenidamente, con personal especializado, hasta el mismo fondo del río, y no se ha encontrado nada anormal. Sin duda, con las obras realizadas no hace mucho tiempo, el túnel o desagüe ha sido taponado. No hay peligro.

+ - Muchas gracias, Comisario - le expresó Luis, dando un suspiro de alivio.

Para olvidar de forma definitiva el asunto, decidió escribir el penúltimo o último capítulo del relato, según la extensión que le ocupara, al que le había cogido cierta inquina, por culpa de los malos ratos pasados a causa de la descripción del oculto túnel.



## EL ESPECIALISTA

### k) Las inesperadas vacaciones en un crucero

Gloria, que se había refugiado en su habitación para dar rienda suelta a la rabia, la impotencia y las lágrimas que le produjeron la discusión con Carlos, cuyos argumentos no acertaba a combatir con palabras, maldijo mil veces el momento cuando aceptó la misión asignada por la organización. Creyó que participaría en acciones, violentas o no, pero con exigencia de esfuerzos y de una capacidad de lucha o astucia acordes con su psicología de combatiente enérgica y audaz, no un rol de mujercita solo habilidosa en las tareas domésticas y para examinar escaparates y ropa cursi de lujo. Su decepción era tan grande como su odio al especialista, tan cínico y hermético.

Recostada sobre la cama, permaneció largo tiempo, sin desnudarse, sollozando como una débil mujer cualquiera; el fresco de la noche la obligó a arrojarse y, finalmente, acariciada por el calor desprendido por la ropa de la cama, acabó por dormirse.

Cuando despertó estaba muy avanzado el nuevo día. Escuchó atenta por si Carlos, como en otras ocasiones, realizaba alguna de sus desconocidas tareas y solo percibió, lejano, el ruido del tránsito por la calle de algunos vehículos. En la casa todo era silencio... Con cuidado pasó por la habitación de él, por cuya puerta entreabierta comprobó su ausencia y que no se había acostado, pues la cama estaba intacta, como ella la dejó. Bajó y ya con menos precaución, inspeccionó todas las habitaciones, incluida la cochera. Ni rastro de Carlos.

- Ojalá no vuelva jamás –pensó.

Pero se equivocaba, Se encontraba ya relajada, casi contenta de la soledad sobrevenida tras la discusión, cuando a sus espaldas, como un fantasma, apareció Carlos ordenando, con su peculiar voz de mando:

- Prepara las maletas con tu ropa, que mañana marchamos a un crucero por el Mediterráneo. Procura que las vecinas y amigas se enteren.

- Pero, ¿cómo justifico tan repentino viaje?

+ - Diles que era un compromiso mío contigo, en el aniversario de nuestra boda. Y muéstrate alegre y contenta porque yo, por el trabajo, no parecía poder hacerlo y te he sorprendido.

+ - Vuelvo a mi trabajo de actriz.

- Y espero que, como hasta ahora, lo hagas bien. Sobre todo siendo muy cariñosa con tu maridito.

Gloria lo miró fijamente, con ojos brillantes como los de una loba. Pero no dijo nada. Subió a su habitación, se arregló despacio y una vez terminó, como todos los días, salió a la calle y camino del mercado se unió a algunas vecinas y amigas que habitualmente, a esa hora, coincidían para la misma tarea.

Por el camino comentaron la llegada próxima de personalidades para establecer las bases de una convivencia pacífica entre los pueblos, sin que la religión ni las ideas políticas fueran motivo de enfrentamientos o discordias. Todas estaban contentas de que la ciudad hubiera sido elegida para la reunión y deseaban que tuviera éxito el objetivo.

Gloria se lamentó <sup>por</sup> de tener que ausentarse durante unos días para hacer



un crucero que su marido le tenía prometido, en celebración de quinto aniversario de la boda; esperaba, pues el recorrido no era muy largo, encontrarse aquí en la clausura del evento, y poder celebrar el éxito, que deseaba tuviera lugar. Todas la felicitaron por la suerte de tener un marido así, pendiente de que lo pasara bien y de llevarla a conocer otros países y ciudades, celebrando la unión de ambos, señal de ser felices.. Ella, con habilidad, justificó la premura en el viaje como consecuencia de haber aprovechado una oferta interesante en precio y calidad. Su desenvolvimiento como actriz fue perfecto. Como debía preparar las maletas y el tiempo era corto, se despidió de todas, prometiendo que les traería algunos recuerdos del viaje.

Cuando regresó, Carlos no estaba. Se entretuvo en situar las pocas cosas que había adquirido. Luego subió, escogió la ropa que le pareció mejor para el viaje, con preferencia la deportiva por su mayor comodidad y la colocó en la maleta; más tarde pensó que también debía llevar algo elegante, pues en los cruceros suelen organizarse bailes y cenas, lo que la obligó a sustituir algunas prendas de las ya escogidas. En esto escuchó el ruido del auto entrando en la cochera y, casi de inmediato, a Carlos que la llamaba.

- Estoy preparando el equipaje- le contestó.

- Bien, pero no te entretengas mucho.

- Tendremos que almorzar aquí, si no ¿para que demonios he ido yo de compras?

- Tienes razón. De todas formas hay tiempo de sobra para llegar a la costa, y el buque no zarpa hasta mañana.

Terminado el almuerzo, introdujeron las maletas en el auto y una vez cerrada la vivienda salieron, sin mucha prisa, como deseando que los vieran –lo que ocurrió con las vecindad próxima- y tomaron la autovía camino de la ciudad donde debían embarcar. Al cabo de unas dos horas estaban en ella.

En la Agencia donde Carlos contrató el crucero, le indicaron que hasta el día siguiente, por la tarde, no zarparía el barco; si querían conocer la ciudad bien y la vida nocturna muy interesante que en ella tenía lugar, podían quedarse hasta el mediodía siguiente. Para ello tenían un concierto con un buen hotel, donde pasarían la noche por un precio muy asequible. Carlos acepto la propuesta y, desde la misma Agencia, se desplazaron al hotel, en el que aparcaron el auto para recogerlo cuando terminara el viaje.

A Gloria no le hizo gracia la decisión, pero se abstuvo de ninguna manifestación en contra. En el hotel le asignaron una suite matrimonial, con vistas a la playa, desde la que se divisaba, lejano, el puerto y la enorme embarcación en la que, sin duda, realizarían el crucero.

- Vamos a dar una vuelta para ver la ciudad –le dijo Carlos -.Compórtate como amante esposa.

Cogidos de la mano, como dos enamorados, recorrieron el centro, unos bellos jardines junto a un antiguo castillo, tomaron algunas copas en lujosos bares y, ya cansados, volvieron al hotel, donde cenaron.

- Ahora empieza el baile en el Salón, con una buena orquesta – le indicó un empleado-. Pueden pasar, si lo desean, hay mucha gente.

- Estaremos un rato – concedió Carlos, tirando de Gloria, a la que tenía cogida de la mano.

En efecto, el amplio Salón, iluminado con bellas lámparas, estaba casi



repleto de gente, bailando las románticas melodías interpretadas por una excelente orquesta. Carlos la cogió por la cintura, la atrajo hacia sí con delicadeza, y se movieron al ritmo de la música. Poco a poco, tras varias piezas, sus cuerpos se encontraban cada vez más juntos y sus caras rozando una con otra. Gloria sentía el cálido aliento de él junto al cuello y cómo sus labios le rozaban con suavidad en un largo beso. Sin poderlo evitar, ella misma apretó sus brazos en el cuello de Carlos y correspondió, no sabía por qué, con otro beso, hasta que, al mirarlo, ambos juntaron sus labios con pasión propia de enamorados y así continuaron hasta que Carlos le propuso:

- Vámonos a la suite

Como hipnotizada, Gloria se dejó conducir, cogida de la cintura, y ya en la suite, quieta, abrazada, ayudó a que la desnudara, delicadamente, despacio, y que la depositara en el lecho, acariciándola con fruición, besándola por todo el cuerpo, hasta apretarla fuerte, fuerte, unidos, casi fundidos, lo que le produjo un desconocido, creciente y casi inacabable placer, tan intenso y maravilloso, cómo nunca pudo imaginar. Agotada luego, relajada, se dejó besar y acariciar hasta que se durmió, sin saber cuando, rebotante de gozoso bienestar.

Despertó bien entrada la mañana. Carlos no estaba allí. Envuelta en una sábana, se dirigió al cuarto de baño, abrió la ducha, la graduó, y durante bastante tiempo, después de enjabonarse, dejó que el agua tibia resbalara por toda ella, mientras recordaba la noche pasada. Sin poderlo evitar, acarició su cuerpo con sensual delectación y esto casi le reprodujo las voluptuosas sensaciones vividas. Y al darse cuenta, no sabía si maldecirse por su debilidad o desear volver a sentir las. Lo cierto – pensó- es que Carlos tiene maestría en las lides amorosas. Quizá no sea tan malvado, sino un hombre normal, que he menospreciado.

Al cerrar la ducha, oyó como se abría la puerta de la suite y entraba Carlos, que le dijo:

- Arréglate rápida, que hemos de ir al barco. En la cafetería te espero. Las maletas, menos la pequeña tuya, están ya abajo.

Se recogió el pelo con rapidez, se vistió también con celeridad, escogiendo unos pantalones azul marino y una blusita blanca, guardó el resto y cogió el ascensor hasta la cafetería. Carlos, que la esperaba, tomó la maleta y la colocó con las demás.

-Vamos a desayunar y al barco –dijo en tono alegre.

Así lo hicieron. Llamaron a un taxi, en el que cargaron las maletas, y Carlos indicó la dirección. Con el brazo sobre los hombros de Gloria, y acariciándola cariñosamente, la atrajo hacia sí y mientras la besaba en la mejilla, como buen enamorado, le fue diciendo, muy bajo, al oído:

- En el buque dejaremos de ser matrimonio. El camarote reservado a nuestro nombre, permanecerá vacío. Nosotros ocuparemos dos individuales, situados en distinta planta. En este sobre tienes tu pasaje y el carnet de identidad, con otro nombre. Cuando estemos ya en mar abierto, vas a la cafetería de cubierta, en la que habrá mucha gente y allí procuraremos situarnos cerca y entablar conversación, con cualquier excusa, como si nos viéramos por primera vez. No me pongas cara de sorpresa, como ahora, porque todo tiene un objeto: borrar nuestras huellas.

-¿ Y después?.

- Una vez que ya nuestros otros “yo” se conocen en el crucero, no existe



inconveniente en vernos y tratarnos de manera asidua durante el trayecto. Es lo ocurre e incluso se busca, en unas vacaciones como ésta.

Gloria sonrió divertida y, a fuer de sincera, le pareció original y atractiva la nueva situación.

Subieron como desconocidos y cada uno se fue hacia el camarote que iban a ocupar, bastante separados uno del otro, sin dirigirse la palabra ni un adiós; ella si volvió la cabeza, pero no logró localizarlo.

Una vez en el camarote, Gloria colocó su maleta y el maletín pequeño y examinó curiosa el diminuto espacio que lo componía. Estaba muy bien cuidado y la distribución de sus elementos muy acertada y cómoda. Desde la ventana u ojo de buey como se suele denominar, se veía un amplio panorama del puerto, pues el camarote estaba situado a considerable altura. Sin saber el porqué, se encontraba muy contenta, como si aquel fuera para ella un verdadero crucero de placer. Se acomodó muy tranquila y para hacer tiempo, se puso a leer una revista que había comprado en el hotel.

No tardó mucho el buque en moverse. El práctico lo condujo hasta que salió del puerto. Desde la ventana observó cómo la ciudad parecía alejarse y desaparecía, poco a poco, en el horizonte, como si se hundiera en el mar.. Atardecía. Entonces, se arregló un poco, y salió a la búsqueda de la cafetería de cubierta. Tuvo que coger uno de los diversos ascensores, pero no le fue difícil encontrarla.

En ella, como esperaba, había bastante gente, tomando café o saboreando alguna bebida. Sonriendo y con expresiones de educado agradecimiento, se abrió espacio hasta encontrarse junto al mostrador. Pidió un refresco y al intentar volverse, se dio de bruces con Carlos, en quien derramó una pequeña parte del vaso lleno de verde líquido.

- ¡Oh!, perdón, señor -, se disculpó

- No tiene importancia, señorita, es que somos muchos – le contestó él.

El empleado que les había servido, se dirigió a ambos:

- No se preocupen, aquí tenemos un liquido quitamanchas. Esperen un momento.

Buscó debajo del mostrador y les entregó un bote de latón. Dirigiéndose a Carlos, le indicó que apretara el tapón y rociara el spray sobre la zona afectada.

- Deje que yo lo haga –propuso Gloria-. Usted, caballero, sujete la chaqueta por el lado manchado.

Obedeciendo las instrucciones de ella y del barman, la parte afectada fue cubierta del líquido limpiador.

- Cuando se seque –advirtió el amable empleado-, con cepillar basta para que desaparezca el daño.

-Estupendo –comentó Carlos. Y dirigiéndose a ella se presentó: Me llamo Roberto Ruiz, soy soltero y estoy encantado de este percance que me permite conocerla.

- Yo Rosa Jiménez, también soltera, y me alegro de conocerle.

- ¿Qué le parece si la invito a un whisky, para celebrar el encuentro?

- Entre el movimiento del barco y el alcohol, me puedo marear –objetó

ella.

- No se preocupe, estando yo a su lado, no se caerá al agua.

Todos rieron divertidos, incluido el servicial y educado barman, al



tiempo que les señaló una mesa vacía.

-Pueden sentarse allí y disfrutar de la puesta de sol, que parece hundirse en el mar y es un bello espectáculo.

- Muchas gracias por su amabilidad- le dijo Carlos.

Se sentaron y durante bastante tiempo, saboreando uno tras otro varios güisquis, estuvieron charlando como si fueran antiguos amigos, mientras contemplaban el bello espectáculo de la puesta del sol y su sustitución por una luna llena, que transformaba en plata las inquietas aguas del mar.

Una vez pagadas las consumiciones, se citaron para el día siguiente, mientras cobraba el barman que, al oírles, les sugirió volvieran a disfrutar de una degustación especial de cócteles que estaban preparando.

Al retirarse, cuando nadie había en su entorno, Carlos le dijo que subiría a su camarote sobre la medianoche, para hablar con más libertad. Gloria esperó algo impaciente esa medianoche. Y pasó sin que él apareciera, tanto que Gloria estaba ya dispuesta a acostarse, porque el sueño la vencía, cuando unos leves golpecitos en la puerta le avisaron de su llegada. Carlos, nada más entrar, le rodeó la cintura con sus brazos, la atrajo a sí, y sin dejarla siquiera hablar, la besó con pasión.

-¡ Por favor! –pudo ella decir, después de respirar .

- Traigo aquí dos botellitas de auténtico vino francés para celebrar que nos hemos conocido otra vez, y por el éxito de mañana, que es el día señalado.

Y volvió a estrecharla con fuerza. Ella, como le había ocurrido en la otra ocasión, fue perdiendo su voluntad, que creía fuerte, y dejó que la acariciara, mientras sentía como un deseo incontenible se apoderaba de todo su cuerpo, que se adhería al de él como atraído por un potente imán.

- Celebremos nuestro reencuentro – le dijo Carlos, mientras abría uno de los botellines y se lo daba. Después abrió el otro y, levantándolos, brindaron, sin dejar de acariciarse y apretarse mutuamente.

Aunque los botellines no eran muy grandes, el contenido le hizo efecto rápido a ella, encendiéndola hasta el extremo que empezó a desnudarse y ofrecerse con ansiedad, abiertas las extremidades como los pétalos de una espléndida flor primaveral, ávida de alcanzar el objetivo físico deseado. Tendidos sobre la estrecha cama del camarote, abrazados con fuerza, volvió a revivir con mayor intensidad, el inmenso gozo de la pasada noche, para terminar sintiendo cómo una laxitud, suave y creciente la invadía, al tiempo que, con lentitud, la visión se le hacía borrosa y se apoderaba de todo su cuerpo un dulce y estremecido desmayo...

En tanto Gloria, como en un éxtasis, permanecía inmóvil acostada, Carlos se vistió despacio y, una vez arreglado, se sentó a su lado, cogiéndole la mano, mientras la miraba. De esta forma permanecieron durante una media hora. El le tomó el pulso, le miró los ojos, que tenía abiertos, y se los cerró.

Muy bajo, solo para sí mismo, comentó: ¡Lástima que con lo bella y atractiva que eras, haya tenido que hacer esto! La vida es así de cruel. Únicamente tú hubieras podido reconocerme en un futuro, lo que yo no podía permitir. Adiós.

La cubrió con la sábana, recogió el botellín que él había bebido, puso el otro en el suelo cerca de Gloria y, sin hacer ruido, salió y cerró la puerta del camarote.



## CAPITULO XV

Todo el personal del diario, desde el director hasta el botones, estaba atareadísimo preparándose para los acontecimientos de la ciudad, ya muy próximos. Luis, que debía dar forma a un suplemento extraordinario, con detalle de las discusiones de los dos grandes grupos de especialistas y las entrevistas a las personalidades más destacadas, planeaba las actuaciones de sus colaboradores, al tiempo que diseñaba diversas secciones para dar cabida a cuanto se propusiera y a los resultados de las reuniones.

Aún no se conocían nombres pero sí cargos o condición de quienes formarían los grupos. En el tema político, veinte ministros de AAEE o equivalentes, elegidos en la ONU, de las naciones más potentes: EEUU, Rusia, China, miembros permanentes del Consejo de Seguridad y una selección de las naciones más destacadas de los cinco continentes, presididos por el Secretario General de la Onu. En cuanto a las creencias, figurarían varios cardenales de la Iglesia Católica y diversos representantes de las otras ramas cristianas, así como altos dignatarios de los creyentes del Corán y del budismo, complementados con teólogos, filósofos, sociólogos y otros estudiosos de fama, hasta completar el número de cien. A los primeros se le había habilitado una sala del Palacio del Duque; a los de religión, como más numerosos, estarían en la catedral. Y para todos, con una rapidez de vértigo, se habían colocado micrófonos, asientos en círculo para no distinguir a nadie, salvo al que presidía y dirigía las deliberaciones, uno elegido por sorteo entre los religiosos.

Era ya muy tarde cuando decidieron descansar y terminar lo pendiente, que era ya poco, el día siguiente. Había tiempo sobrado, pues los primeros personajes no llegarían hasta pasados tres días y la iniciación de las sesiones estaba prevista para el domingo, tras el saludo previo del Presidente del Gobierno, autoridades locales y de la Comunidad.

Luis, que estaba verdaderamente cansado, decidió caminar hasta su casa, con el fin de despejarse un poco y hacer algo de ejercicio físico. Y como quedó con su amigo en tomar unas copas el día anterior, se dirigió hacia el bar. Mas, a poca distancia del establecimiento, alguien, con voz ronca, le ordenó seguir adelante, oprimiéndole el costado con un objeto metálico, al tiempo que le amenazaba con dispararle.

Sorprendido más que asustado, le dijo no llevar dinero y era inútil el atraco en la calle, que seguramente se había equivocado de persona.

- No me he equivocado. Obedezca y a su familia de París no le ocurrirá nada.

Ahora sí que sintió miedo y recordó todo lo allí vivido y las palabras de Henri sobre las conexiones de la banda francesa de terroristas, descubierta y detenida,



en gran medida, por las declaraciones del yerno y por la propia actuación del periodista.

- Pero, ¿qué pretende de mí?

- Ya lo sabrá. Suba a este coche.- le ordenó empujándole al que estaba en una esquina, con el motor en marcha; y sin dejar de apuntarle, se sentó a su lado. De inmediato partió el auto, callejeando hasta salir a las afueras.

Con su estado nervioso y la preocupación por la familia, Luis no prestó atención al camino recorrido, por lo que, conociendo bien la ciudad, cuando se detuvieron en una especie de construcción rural, no supo el lugar donde se encontraban. Un par de individuos más les esperaban dentro, y después de cuchichear con los otros dos que le habían raptado, uno de ellos, mal encarado, se acercó y le preguntó:

- ¿Dónde, exactamente, se encuentra el pasadizo que describe en su narración? Y no me diga que no existe, porque tenemos noticias de él.

- Ya está tapado. Yo advertí a la policía y lo han comprobado.

- Lo han mal comprobado. De estar taponado, lo es de forma muy endeble y fácil de destruir.

.- De todos modos, yo estuve en él siendo un jovencito y ya no recuerdo con exactitud su localización.

- Pues procure recordarla, porque de ello depende que no le ocurra nada a su familia.

Luis tenía el convencimiento de que los terroristas estaban dispuestos a todo. A él, personalmente, no le importaba morir, pero que le hicieran daño a su hija o a sus nietos, le estremecía de terror. Pero ni aún así accedió a colaborar, pues no valían tanto —pensaba— como para exponer a todo el mundo a un grave enfrentamiento. Resistió valiente a una tortura cada vez más fuerte, en algunos momentos tan dolorosa como para perder el conocimiento. Su boca, sin embargo, permaneció callada, mudo como si fuera de mármol.

Hartos los malhechores de su resistencia, después de intercambiar, en un aparte, diversas ideas, cogieron un teléfono y, después de comunicarse con alguien, se lo acercaron a Luis, diciéndole:

- Escucha a tu nieto.

Por el auricular le llegó, clara y llorosa, la voz del pequeño preguntándole:

- Papi, et maman...?

Esto fue más fuerte y doloroso que todas las torturas y acabó por derrumbarle. Entonces, confiando en algún golpe de suerte inesperado, se prestó a colaborar, si bien continuó fingiendo dudas y torpezas inexistentes.

Aún no amanecía cuando regresaron a la ciudad, dirigiéndose directamente a la ribera. Después de supuestas dudas, provocadoras de crueles amenazas e incluso de nuevos y duros golpes, no le quedó más remedio que indicarles el sitio aproximado donde se hallaba la entrada, por el temor de posibles daños a su familia, tal como habían señalado, pues tenían en su poder al nieto..

Lo volvieron a subir al coche y con dos de ellos, regresaron a la casa o cortijo donde primero lo llevaron. Pero esta vez, le vendaron los ojos para que no viera el camino seguido. Una vez allí, lo encerraron en un cuartucho oscuro, con una gruesa puerta provista de un recio cerrojo y viejo candado.. Dolorido el cuerpo, angustiada el alma, permaneció allí, atento por si podía oír algo que le pudiera dar una idea del



lugar dónde se encontraba. Con sus escasas fuerzas intentó, inútilmente, abrir la puerta a empujones. Agotado, se quedó tumbado en el frío suelo, en la semiinconsciencia provocada por el dolor. .

Cuando llegó el nuevo día y Luis no se presentó en el diario, pasado un tiempo prudente, tanto el director como los compañeros que con él trabajaban, se extrañaron de la ausencia. Trataron de localizarlo por teléfono sin recibir respuesta. Entonces, temiendo una repentina indisposición, uno se desplazó al domicilio y con la llave de la mujer del portero, que le arreglaba el apartamento, entraron y comprobaron que no había pasado allí la noche. Más preocupados todavía, preguntaron en los hospitales y clínicas e incluso a la policía, ante la posibilidad de un accidente, sin conseguir ninguna noticia.

Algunos pensaron en imprevisto viaje, pero el director, buen conocedor de Luis, descartó esa posibilidad, pues él hubiera llamado para decir donde iba o estaba. En consecuencia, sin dudarle mucho, llamó al Comisario, también amigo de ambos, y le puso en antecedentes de su aparente desaparición.

- Tanto tú como yo conocemos casi al detalle sus recorridos habituales, por lo que podías enviar a alguno de los tuyos a preguntar si lo vieron ayer, pues mi personal está a tope de quehaceres con los próximos acontecimientos- propuso el policía-. Luego me informas del resultado y ya veremos lo que podemos hacer.

Sin dudarle, el director encomendó a un hábil subordinado la tarea, ordenándole que no dejara hueco sin comprobar. Al cabo de casi el día entero, regresó sin ninguna noticia. Explicó su recorrido, incluso de los bares que sabía frecuentaba, especialmente el próximo a su vivienda, y por allí no le habían visto. Un íntimo amigo, conocido desde la infancia, le esperó hasta bien entrada la noche, porque habían quedado en verse y le extrañó el incumplimiento sin avisarle, pues era serio en sus citas.

A la vista del fracaso y ya francamente preocupado, el director volvió a llamar al Comisario y le relató lo hecho. Este le prometió actuar de inmediato, pues tenía mucho afecto a Luis. Pero, por desgracia, no pudieron hallar la causa de su ausencia ni de su desaparición tan súbita, sin dejar rastro. Esto llevó algunos días y sin mucha dedicación, pues ya estaban llegando las personalidades y próxima la inauguración de las reuniones. Fue entonces cuando el amigo del bar, enterado de las investigaciones que estaban haciendo los compañeros del diario y la propia policía, recordó las escasas ocasiones en las cuales, con motivo de la publicación de la narración en el suplemento, habló con Luis de las pequeñas aventuras realizadas en el túnel del río. Y enlazando esto con las importantes sesiones que ya iban a empezar a celebrarse, pensó en que hubiera sido secuestrado por alguna organización terrorista.

Sin pensárselo mucho, se entrevistó con el director del periódico y ambos con el Comisario de policía, que les refirió como ya Luis le había advertido de este hecho, motivando con ello la inspección de la zona, sin ningún resultado.

- ¿Y no es posible haber hecho esta inspección muy superficial, o por lugar equivocado, y hayan raptado a Luis para señalarla con exactitud?

- Tengo mis dudas a ese respecto pero, por si acaso, vamos a repetirla.- decidió el Comisario. Y dirigiéndose al amigo le pregunto: ¿Usted recuerda bien el sitio?

- Como si estuviera repitiendo la aventura.

Con rapidez se organizó el equipo para examinar de nuevo el lugar y,



con el director del diario, el amigo y el propio Comisario, fueron hasta el lugar en que supuestamente se encontraba el túnel, oculto por las aguas. Tras no mucho tiempo, los submaniristas subieron e informaron de que existía un agujero, al parecer hecho recientemente, sobre una endeble pared de no muy antigua construcción, y que daba acceso a un túnel, desagüe o cueva.

El Comisario, entonces, lo comunicó a las autoridades, se formó ya un fuerte dispositivo con personal especializado, tanto en trabajos bajo agua como en desactivación de explosivos, y se introdujeron en el agujero. Efectivamente, a pocos metros el subterráneo se elevaba y pudieron caminar sin la existencia de agua. Recorriéndolo con precaución, descubrieron una gran cantidad de aparatos preparados para hacerlos explotar. Se desactivaron muchos, pero como el subterráneo se dividía en varios más, con direcciones distintas, resultaba casi imposible recorrerlos todos con el personal especializado disponible y con la prisa que exigía la iniciación de los trabajos de los personajes llegados.

Las autoridades, ante la gravedad de lo descubierto, dispusieron el desalojo de los locales adaptados para el estudio, habilitando otros provisionales. Pero aún con la prisa necesaria, o tal vez por ella, antes de que todos estuvieran a salvo se produjo una gran explosión en la catedral, que si bien causó víctimas y destruyó una parte, no era precisamente la importante y significativa. Para más desgracia, en el local ocupado por los políticos reunidos en el Palacio del Duque, también tuvo lugar otra, que sí produjo un mayor número de víctimas, entre ellas de varios ministros de grandes potencias.

El caos provocado fue horrible. Toda actividad se paralizó: tiendas, establecimientos, fábricas, cerraron por inasistencia del personal, refugiados en sus casas sin atreverse a salir. Solo la policía y centros sanitarios, colapsados, tenían actividad. Se habían producido muchos heridos y más de setenta muertes. La ciudad se llenó de militares vigilando todas las calles y alrededores. Del extranjero no dejaban de llegar aviones con policías y expertos en la lucha antiterrorista. Las personalidades que resultaron ilesas, fueron rápidamente evacuadas. Y cuando todo parecía estar bajo un cierto control, el nuevo estadio de fútbol voló casi totalmente, aunque por haberse suspendido cualquier actividad en él, no dio lugar al enorme número de víctimas esperado por los terroristas, aunque si hubo afectados y heridos en los alrededores. Por otra parte, el miedo aumentó al conocerse que en otras ciudades europeas importantes, también se habían producido atentados casi de forma simultánea.

La prensa mundial se hizo eco del suceso, tanto por la pretensión de desestabilizar a un mundo en paz, como por la pérdida de relevantes personas, entre ellas el Secretario de la ONU y varios Ministros de países importantes, amén de religiosos de prestigio de las varias creencias participantes. Un verdadero desastre para nunca ser olvidado.

Lo ignorado de momento, es quienes habían promovido y realizado tan efectivo atentado, bien preparado y coordinado, que parecía obra de un especialista en estos monstruosos menesteres.

La policía, con la colaboración de militares, guardias civiles y detectives expertos, peinaron toda la ciudad, encontrando un par de edificios y monumentos con artefactos, por suerte sin explotar, y hallaron también varias casas de campo que, supuestamente, servían para la labranza pero en esta ocasión utilizadas para acoger a



los malhechores. En una de ellas, casi derruida, encontraron a Luis, encerrado y en mal estado físico por el maltrato y la falta de agua y comida. Fue trasladado a un hospital y vigilado permanentemente, pues se sospechaba de todo el mundo.

Cuando mejoró, continuó retenido, pese a sus declaraciones y a la defensa que de él hicieron tanto el Comisario como el director del diario. El periodista, sin embargo, solo deseaba con impaciencia conocer como se encontraba su familia, y únicamente cuando tuvo noticias de que no les pasó nada, se tranquilizó.

El haber descrito en el periódico, con tanto detalle, el acceso utilizado por los terroristas para intentar volar toda la catedral, hizo que fuera sometido a numerosos interrogatorios y a la investigación de sus actividades, tanto en la ciudad como durante su estancia en París. Hasta poder probar su colaboración con las autoridades y su inocencia, por consiguiente, en los sucesos, no fue completamente liberado.

La dirección del diario le indicó que hiciera una relación exhaustiva de cuanto le había ocurrido y, además, le rogó terminar la novelita de "El Especialista". Para ello podía tomarse libre el tiempo necesario. Aceptó y durante una semana, como un zombi, anduvo sin saber como empezar, pues no podía olvidar el infierno vivido los últimos días y que, de manera obsesiva, giraba y giraba una y otra vez por su cerebro. Telefonó a su hija y ésta trató, y en gran medida lo consiguió, tranquilizarle, pues todos estaban bien y el niño, que por unos momentos retuvieron a la salida del colegio para que lo oyera el abuelo, logró escapar y desde entonces estaba protegido por un profesor.

Por fin decidió detallar cuanto le sucedió tras el secuestro, las torturas sufridas y el malvado golpe psicológico de las palabras por teléfono del nieto, preguntando por la madre, que lo hundió completamente, al extremo de decidirse a colaborar, aunque haciendo alguna trampa, con los asesinos. El abandono y el encierro, con el cuerpo dolorido, magullado, con heridas aún sangrantes y sin alimentos, hizo que esperara, resignado e incluso con deseo, una cercana muerte. Su liberación e ingreso en el hospital, lograron que se recuperara; mas las sospechas que en principio recayeron sobre él, consiguieron hundirle de nuevo en una depresión casi interminable. Por fortuna, tanto el director como el Comisario, que confiaban en él, consiguieron aclarar su actuación y dejarlo limpio de supuestas colaboraciones.

En cuanto a terminar "El Especialista", pensaba que ya lo estaba. La muerte de Gloria, asesinada en el cruce por el especialista, para no ser nunca reconocido ni acusado, podía considerarse el final. Su jefe, sin embargo, no estaba de acuerdo: quería un final fuerte, mediante el cual los lectores conocieran su actuación última.

Luis no tenía muchas ganas de escribir, pero acabó reconociendo las razones del director, por lo que se puso a reflexionar qué hacer, hasta darse cuenta de tenerlo todo muy fácil. La ficción, por desgracia, se había transformado en realidad con los sucesos ocurridos; la idea, el pensamiento, quizá como aconteció en la Creación, mutó su inmaterialidad en sustancia física, en una casi mágica existencia, visible y comprobable en su trágico desarrollo.

Cogió el pequeño ordenador, dispuesto acabar con



## EL ESPECIALISTA

### h) El gran atentado

Tras cerrar con mucho cuidado la puerta del camarote de Gloria, para no ser oído, marchó lento al suyo. De una botella de whisky llenó un vaso, encendió un pitillo –pese a que hacía años no fumaba- y mirando por el ojo de buey al mar, iluminado por una luna llena espléndida, permaneció largo rato inmóvil. ¿Sentía la muerte de la muchacha con quien durante algunos meses había convivido? Cualquiera que no le conociera podría pensar afirmativamente, pero se equivocaría. No era un ser humano, sino un demonio sin alma. Pensaba solo en que el trabajo estaba ya prácticamente terminado, pero antes de ejecutarlo, debía comprobar si el dinero había llegado a su cuenta abierta en un paraíso fiscal, lo cual no implicaba ningún inconveniente. Una vez comprobado, con colocarse en el lugar idóneo escogido y apretar unos simples mandos, estaba todo hecho. Apurado el vaso y terminado el pitillo, se acostó tranquilo y feliz.

Por la mañana, antes de llegar el buque al próximo puerto en el que estaba prevista una escala para visitar la ciudad, Carlos se levantó, con un tinte especial de muy rápido efecto, se tiñó el pelo, se colocó un bigote postizo del mismo color rubio, se afeitó, duchó y maquilló, se colocó unas lentillas azules en sus ojos grises, con auxilio de un liquido eliminó de sus dedos una especie de cera transparente que ocultaba las huellas y con un elegante traje y un mediano maletín, subió hasta la cafetería, tomó un café, mientras prestaba atención al cuchicheo de los clientes. El comentario del día era que, como consecuencia de una avería en el circuito eléctrico de una zona, hubo necesidad de entrar en un camarote cerrado forzando la puerta, pues o no había nadie o le ocurría algo. Efectivamente, encontraron a una mujer joven muerta, completamente desnuda, que fue examinada por el médico de a bordo y diagnosticó un paro cardíaco como consecuencia de una sobredosis de droga. Al lado se encontró un botellín con residuos de la droga causante del fallecimiento. De momento se ignoraba quien era, pues sus documentos, al transmitirlos a la policía, se comprobaron que eran falsos.

Como viajaba mucha gente, tampoco el suceso causó ninguna extrañeza ni preocupación en los pasajeros, que solo querían divertirse y no buscarse complicaciones. Una vez en el puerto, se trasladó el cuerpo de la mujer al Instituto Anatómico Forense, y la policía examinó el camarote, buscó huellas e interrogó a cuantos ocupaban camarotes próximos, por si la conocían o habían oído algo. En realidad nada importante se obtuvo, el barco volvió al mar al siguiente día y los pasajeros se olvidaron de lo acontecido.

Carlos, con su nueva imagen, bajó al puerto, como uno más de los pasajeros deseosos de visitar la ciudad, y ni siquiera el oficial situado a la salida del buque, ni la policía que vigilaban el movimiento por los alrededores, le registraron el maletín ni le pidieron documento alguno. Sin pérdida de tiempo, se trasladó a un hotel, donde tenía reservada habitación, soltó el leve equipaje y recogió el billete de avión, para el siguiente día, encargado con antelación a una Agencia, con destino de nuevo a la ciudad en la que convivió, durante meses, con Gloria.



El tiempo lo pasó entre la cafetería y su habitación, con una breve salida para adquirir varios ejemplares de prensa. En todos los diarios se reflejaba la llegada de prácticamente todos los personajes de la reunión internacional. La inauguración estaba fijada para las doce de la mañana próxima, con la presencia del Presidente del Gobierno.

Carlos, una vez conocidas las últimas noticias de la televisión, se acostó y como un niño con la conciencia limpia, se quedó dormido con rapidez. Cuando despertó, se dio un baño con el agua bien caliente, para relajarse, y tras el afeitado, se vistió despacio, colocó la ropa en el maletín, examinó con cuidado el complicado móvil que poseía, bajó, pagó la cuenta y tomó un taxi para el aeropuerto. Allí, una vez pasado el rutinario control, subió al avión y acomodado en su asiento, cerró los ojos como si dormitara. Cuando el aparato se elevó y adquirió la altura normal, se entretuvo en observar el paisaje, en los momentos que los claros de las nubes se lo permitían: verdes campos, blancos caseríos y pueblos que parecían de juguete, picos de montañas todavía cubiertos de la nieve del invierno, ríos serpenteando entre olivares...

Como la distancia no era mucha, en apenas una hora se divisó el punto de destino, el avión comenzó a descender y en poco tiempo tomaba tierra. Carlos se dirigió a un hotel donde era conocido de otras ocasiones con la actual imagen y en el que ya tenía hecha reserva, subió a la habitación, tomó un refresco de la neverita y encendió la televisión. Transmitían la entrada en la Catedral de las personalidades que componían la especie de "conclave" que estudiaría las relaciones mutuas de las religiones y creencias en todo el mundo; simultáneamente, cambiando de cámara, en un alarde técnico, recogían la llegada al centro donde Ministros en ejercicio, expertos y estudiosos de relieve, iban a intentar encontrar el firme y definitivo acuerdo para desterrar, en un futuro, enfrentamientos y guerras entre países por cuestiones territoriales, económicas y de ideas: algo así como una "paz perpetua", soñada y anhelada siempre por el hombre bueno y honesto.

Carlos no pudo evitar una sonrisa un tanto irónica, una sonrisa propia de un eterno escéptico. El Presidente de Gobierno, como alta personalidad del país acogedor, había comenzado a dar la bienvenida, cuando de improviso, un gran número de policías entró precipitadamente y obligó a que todos los asistentes salieran rápidos del recinto, ante el temor de un atentado.

Carlos quedó sorprendido y, por unos instantes, no supo como reaccionar; pero como era veloz en sus decisiones, corrió hacia el maletín, cogió el extraño móvil, lo abrió como si fuera una cajita y dentro se encendieron unas lucecitas -roja, verde, azul, amarilla- y oprimió los botoncitos existentes bajo la roja y la verde. La televisión transmitió, entonces, dantescas imágenes: una gigantesca explosión en la catedral y otra en el Palacio del Duque y luego se quedó sin imagen. Encendió la radio y la temblorosa voz del locutor narraba el suceso terrible ocurrido en una de las capillas, donde se efectuaba la ceremonia, y según le llegaban noticias, también en el Palacio Ducal. De momento no podían evaluarse los daños y heridos o muertos existentes. El ejército y la policía, con rapidez, ocuparon las calles limítrofes ya que, con anterioridad y en prudente previsión, fueron puestas en alerta, vigilando. Pronto numerosas ambulancias trasladaron afectados a los hospitales.

Carlos, mientras escuchaba, no dejaba de pensar en quienes y cómo habían descubierto el pasadizo subterráneo. Él, con cuidado, lo taponó muy bien, pues el agujero de entrada no era grande, y parecía difícil encontrarlo sin conocer



previamente su existencia. Sabía cómo la policía había investigado toda la zona sin encontrar nada, y ello implicaba que alguien debió haber señalado después el lugar exacto. Para eso, seguramente, nadie mejor que el mamarracho de escritorzuelo que lo describió en el periódico. Pero, si no recordaba mal, la publicación de su existencia fue bastante anterior a la inspección policial, y salvo que el periodista insistiera mucho, no era lógico volver a examinar el sitio y presionar con fuerza en la pared para abrirlo. A no ser que existiese alguna otra organización terrorista, vigilada por la policía, concedora del subterráneo, y al intentar utilizarlo, facilitó el descubrimiento. De todas formas, su trabajo, un poco precipitado para lo que él quería, estaba hecho.

Bajó a la cafetería y como allí le conocían bien de otras veces, el camarero le narró cuanto había ocurrido, como si él no lo hubiera visto. La televisión ya funcionaba y daba las últimas noticias. Se calculaba que habían unas ochenta víctimas, la mayor parte curiosos y periodistas, pues la parte derrumbada de la capilla afectaba a la entrada y no al interior, donde el Presidente y gran número de los asistentes, resultaron ilesos; en el Palacio del Duque, como no había empezado el acto, se salvaron casi todos los invitados, si bien abundaban los heridos. Toda la ciudad, además de las calles, como se ha indicado, estaba cercada por militares, desplazados de destacamentos próximos. El Capitán general de la región, con el Presidente, dirigían las operaciones encaminadas a la búsqueda de los posibles autores y a la protección de los demás visitantes, incluida la población.

Carlos se mostraba apesadumbrado y de vez en cuando, se le escapaban insultos para los autores de tantos crímenes, tal como hacían los demás. Pero su pensamiento, realmente, era que si todo se hubiera desarrollado como tenía previsto, el resultado podría haberse considerado como terrorífico y, tal vez, el atentado más grande de todos los tiempos.

Tal como estaban las cosas, siguiendo el consejo de los empleados, no salió y después de cenar, recluso en su habitación, por la televisión y por la radio, fue informándose de los detalles del suceso. Allí volvió a utilizar su aparatito para añadir, como colofón, la voladura del estadio, lo que aumentó el pánico de la gente. Luego se durmió como un angelito. Varios días estuvo alojado, mientras lograba adquirir billete del AVE para Madrid. Una vez conseguido, se despidió muy efusivo de los empleados, que le pidieron un taxi, y marchó a la estación, en la cual hubo de mostrar documentación y explicar el motivo de la visita – unas ventas no realizadas por lo ocurrido-. Sin más complicaciones, subió al tren y se entretuvo en leer un diario. Ya en Madrid, como gran metrópolis, se diluyó –quizá sea <sup>múltiples</sup> exagerado- en la multitud como un sujeto desconocido, ignorado, vulgar, igual a los muchos que caminan presurosos, no se sabe adónde, y pasan en torno al observador como sombras o seres borrosos. Pocos días después, en París, comprobó el pago de sus -los llamaremos así- honorarios y desapareció.

Iñaki y Alejandro, al conocer los resultados del atentado, se sintieron satisfechos y consideraron la oportunidad de atribuírselos a su grupo –en realidad era así-, pero ante las circunstancias políticas y la reacción negativa de los países implicados, la dirección de la banda lo prohibió. Se preguntaron, eso sí, donde estaba Gloria, que no aparecía por ningún sitio. Trataron de investigar la situación de la joven, pero no lograron averiguar nada. Todo esto les convenció, finalmente, de que había sido una de las múltiples víctimas fallecidas en el atentado, lo que les produjo un cierto sentimiento de dolor, impropio de unos terroristas como ellos.



## F I N A L

Luis tardó bastante en recuperarse, no tanto en el aspecto físico como en el psicológico. Había decidido abandonar la profesión y le surgió una especie de repugnancia o de odio, hacia su afición literaria, debido a la cual había escrito aquella narración en la que figuró, muy bien descrito, el pasadizo por donde entraron los criminales y colocaron sus instrumentos destructivos.

Tanto el director, los compañeros, los amigos y todos los conocidos, al verlo tan dolorido y con depresión tan intensa, trataron de consolarle y hacerle comprender que él no tenía ninguna culpa de las acciones horribles de unos criminales; éstos las hubieran cometido con toda seguridad, se hubieran aprovechado o no de su descripción del pasadizo en una narración. Su trabajo no implicaba ninguna ayuda para el crimen. Podrían haberlo conocido por parte de otros o haberlo descubierto ellos mismos. Esto era igual de absurdo como si se culpaba al fotógrafo de un monumento o a cualquier escritor que lo describiera con detalles no conocidos antes, de ofrecer facilidades para alguna actuación demoledora.

A Luis, sin embargo, cualquier razonamiento, aún reconociendo estar fundado, no le consolaba. Se consideraba culpable, de forma especial cuando accedió a señalar el lugar donde se hallaba la entrada, por más que lo hizo con un consciente error para entorpecer dar con ella, esperando que la suerte le permitiera avisar a la policía o alguien se diera cuenta. Falló su intención y, además, fue causa de nuevos golpes sobre su ya magullado cuerpo.

La hija le pidió se marchara con ellos. También el director y su amigo el Comisario, le aconsejaron lo mismo. Tan afectado, conmocionado, confuso e incapaz de tomar decisiones se encontraba, que no acertaba a emprender ninguna acción o a encauzar el futuro de su vida a partir de este momento. Fueron sus compañeros y amigos —en particular el de la infancia que obligó a la policía a una nueva investigación del pasadizo— quienes le empujaron a alejarse de la ciudad y presionaron para convencerle de su inocencia en la tragedia. Así, casi a la fuerza, lo subieron al avión con destino a París y avisaron a la hija para recogerlo en el aeropuerto..

Y la verdad el traslado fue un acierto. Si al principio continuó triste y deprimido, el trato y juegos con el nieto Henri y el pequeñín, consiguieron poco a poco animarle y que fuera olvidando los tristes momentos vividos. El cariño y trato de July y su marido, completaron la terapia y la vida volvió a parecerle, si no un dechado de felicidad, si un acontecer agrisado merecedor de saborearse durante el tiempo que nos fuera otorgado.

Del periódico le llamaban con frecuencia, interesándole crónicas alegres sobre el París cosmopolita, divertido y bello. El se negó a ser, otra vez, corresponsal; estaba ya mayor y tramitando la jubilación; si acaso, para el suplemento, alguna que otra vez les enviaría algo, si la añoranza literaria le invadía con fuerza. Por ahora solo se comprometió a despedirse, renunciando al periodismo y a su vocación por las letras,



para dedicarse en exclusiva a sus nietos, a recordar los añorados momentos vividos con su esposa y olvidar, para siempre, cuantos perturbaron e hirieron con crueldad parte de su vida.

Pasaron los meses y el contacto diario con la familia logró difuminar, si no borrar del todo, los duros recuerdos últimos. Su aspecto triste desapareció y una sonrisa solía iluminar y rejuvenecer su rostro. Volvió a pasear por las repletas calles de la ciudad, subió con los peques en algún bateau-mouche del Sena, a la torre Eiffel para enseñarles el panorama visible desde lo más alto, corretearon el Trocadero y la avenida de los Campos Elíseos, aspirando con fruición al aire perfumado de sus espléndidos jardines... Mientras realizaba estas actividades con sus niños, se creía otro, se sentía joven y una inesperada felicidad invadía toda su alma...

Como los nietos tenían que asistir a los colegios, en tanto duraba la ausencia de ellos, July le sugería se entretuviera en escribir o en visitar a sus amigos. Lo último lo hacía con frecuencia, pero abrir el ordenador y ponerse a teclear no, como si le produjera una fuerte alergia.

La insistencia de su amigo y antiguo director y el trascorrir de una normalidad sin sobresaltos, más bien sosegada y agradable, acabaron por influir en su ánimo y en complacer tanta desinteresada petición; y sin comprometerse a una obligación permanente, sí decidió cooperar de vez en cuando..

Ayudaba a esta decisión, aparte su vocación, la situación judicial, lenta como siempre, pero que en absoluto le implicaba de ninguna manera en la catástrofe ocurrida, de la que también había sido víctima con el secuestro sufrido. Terminó, pues, por hacerle caso a la hija, más por entretenimiento que por intención de continuar en la profesión, y reflexionando sobre todo lo acontecido en los últimos tiempos, al encontrarse enredado en oscuros y tenebrosos planes de terrorismo, intentó hallar la causa, la génesis que estaba dando lugar a sucesos de esta índole en todo el mundo. Y lo primero que pensó fue el título, expresivo de la intención del autor.

### Meditación de urgencia sobre la crisis social

La primera pregunta que se le ocurre a quien decide indagar sobre un hecho así, no puede ser otra que ésta: ¿Ha vivido el hombre siempre en crisis?..Pero antes de hallar una respuesta, surge una duda complementaria: ¿Será la crisis un elemento sustancial de su existencia?

Parece necesario, entonces, desentrañar qué hemos de entender por crisis, en qué consiste. Si recurrimos a las definiciones de la RAE, la más apropiada para el caso, entre las diversas existentes, es la de "cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación". Y considerando que la vida humana no deja de ser un "proceso" evolutivo a lo largo de un periodo más o menos largo, no cabe duda que durante él se producen múltiples "cambios". Ocurre, pues, que el hombre vive siempre en continua crisis, a veces intensa, a veces apenas apreciable, pero con consecuencias evidentes en su desarrollo individual y en el colectivo, es decir, en el social. A través de la Historia comprobamos cómo el hombre siempre ha estado mutando, quizá de forma imperceptible en lo físico (apreciable solo a distancias temporales de milenios) pero bastante evidente en el colectivo, impregnado este último de violencia constante, tal vez por las circunstancias difíciles



previamente su existencia. Sabía cómo la policía había investigado toda la zona sin encontrar nada, y ello implicaba que alguien debió haber señalado después el lugar exacto. Para eso, seguramente, nadie mejor que el mamarracho de escritorzuelo que lo describió en el periódico. Pero, si no recordaba mal, la publicación de su existencia fue bastante anterior a la inspección policial, y salvo que el periodista insistiera mucho, no era lógico volver a examinar el sitio y presionar con fuerza en la pared para abrirlo. A no ser que existiese alguna otra organización terrorista, vigilada por la policía, conocedora del subterráneo, y al intentar utilizarlo, facilitó el descubrimiento. De todas formas, su trabajo, un poco precipitado para lo que él quería, estaba hecho.

Bajó a la cafetería y como allí le conocían bien de otras veces, el camarero le narró cuanto había ocurrido, como si él no lo hubiera visto. La televisión ya funcionaba y daba las últimas noticias. Se calculaba que habían unas ochenta víctimas, la mayor parte curiosos y periodistas, pues la parte derrumbada de la capilla afectaba a la entrada y no al interior, donde el Presidente y gran número de los asistentes, resultaron ilesos; en el Palacio del Duque, como no había empezado el acto, se salvaron casi todos los invitados, si bien abundaban los heridos. Toda la ciudad, además de las calles, como se ha indicado, estaba cercada por militares, desplazados de destacamentos próximos. El Capitán general de la región, con el Presidente, dirigían las operaciones encaminadas a la búsqueda de los posibles autores y a la protección de los demás visitantes, incluida la población.

Carlos se mostraba apesadumbrado y de vez en cuando, se le escapaban insultos para los autores de tantos crímenes, tal como hacían los demás. Pero su pensamiento, realmente, era que si todo se hubiera desarrollado como tenía previsto, el resultado podría haberse considerado como terrorífico y, tal vez, el atentado más grande de todos los tiempos.

Tal como estaban las cosas, siguiendo el consejo de los empleados, no salió y después de cenar, recluido en su habitación, por la televisión y por la radio, fue informándose de los detalles del suceso. Allí volvió a utilizar su aparatito para añadir, como colofón, la voladura del estadio, lo que aumentó el pánico de la gente. Luego se durmió como un angelito. Varios días estuvo alojado, mientras lograba adquirir billete del AVE para Madrid. Una vez conseguido, se despidió muy efusivo de los empleados, que le pidieron un taxi, y marchó a la estación, en la cual hubo de mostrar documentación y explicar el motivo de la visita – unas ventas no realizadas por lo ocurrido-. Sin más complicaciones, subió al tren y se entretuvo en leer un diario. Ya en Madrid, como gran metrópolis, se diluyó –quizá sea <sup>un principio</sup> exagerado- en la multitud como un sujeto desconocido, ignorado, vulgar, igual a los muchos que caminan presurosos, no se sabe adónde, y pasan en torno al observador como sombras o seres borrosos. Pocos días después, en París, comprobó el pago de sus -los llamaremos así- honorarios y desapareció.

Iñaki y Alejandro, al conocer los resultados del atentado, se sintieron satisfechos y consideraron la oportunidad de atribuírselos a su grupo –en realidad era así-, pero ante las circunstancias políticas y la reacción negativa de los países implicados, la dirección de la banda lo prohibió. Se preguntaron, eso sí, donde estaba Gloria, que no aparecía por ningún sitio. Trataron de investigar la situación de la joven, pero no lograron averiguar nada. Todo esto les convenció, finalmente, de que había sido una de las múltiples víctimas fallecidas en el atentado, lo que les produjo un cierto sentimiento de dolor, impropio de unos terroristas como ellos.



para **dedicarse** en exclusiva a sus nietos, a recordar los añorados momentos vividos con **su** esposa y olvidar, para siempre, cuantos perturbaron e hirieron con crueldad **parte** de su vida.

Pasaron los meses y el contacto diario con la familia logró difuminar, si no **borrar** del todo, los duros recuerdos últimos. Su aspecto triste desapareció y una **sonrisa** solía iluminar y rejuvenecer su rostro. Volvió a pasear por las repletas calles de la **ciudad**, subió con los peques en algún bateau-mouche del Sena, a la torre Eiffel para **enseñarles** el panorama visible desde lo más alto, correataron el Trocadero y la **avenida** de los Campos Elíseos, aspirando con fruición al aire perfumado de sus **espléndidos** jardines... Mientras realizaba estas actividades con sus niños, se creía otro, se **sentía** joven y una inesperada felicidad invadía toda su alma...

Como los nietos tenían que asistir a los colegios, en tanto duraba la **ausencia** de ellos, July le sugería se entretuviera en escribir o en visitar a sus amigos. Lo **último** lo hacía con frecuencia, pero abrir el ordenador y ponerse a teclear no, **como** si le produjera una fuerte alergia.

La insistencia de su amigo y antiguo director y el transcurrir de una **normalidad** sin sobresaltos, **más** bien sosegada y agradable, acabaron por influir en su **ánimo** y en complacer tanta desinteresada petición; y sin comprometerse a una **obligación** permanente, sí decidió cooperar de vez en cuando..

Ayudaba a esta decisión, aparte su **vocación**, la situación judicial, **lenta** como siempre, pero que en absoluto le **implicaba** de ninguna manera en la **catástrofe** ocurrida, de la que también había sido víctima con el secuestro sufrido. Terminó, pues, por hacerle caso a la hija, **más** por entretenimiento que por intención de **continuar** en la profesión, y reflexionando sobre todo lo acontecido en los últimos **tiempos**, al encontrarse enredado en oscuros y tenebrosos planes de terrorismo, **intentó** hallar la causa, la génesis que estaba **dando** lugar a sucesos de esta índole en **todo** el mundo. Y lo primero que pensó fue el **título**, expresivo de la intención del autor.

### Meditación de urgencia sobre la **crisis** social

La primera pregunta que se le **ocurre** a quien decide indagar sobre un **hecho** así, no puede ser otra que ésta: ¿Ha **vivido** el hombre siempre en crisis?...Pero **antes** de hallar una respuesta, surge una **duda** complementaria: ¿Será la crisis un **elemento** sustancial de su existencia?

Parece necesario, entonces, **desentrañar** qué hemos de entender por **crisis**, en qué consiste. Si recurrimos a las **definiciones** de la RAE, la más apropiada **para** el caso, entre las diversas existentes, es la de "cambio profundo y de **consecuencias** importantes en un proceso o una **situación**". Y considerando que la **vida** humana no deja de ser un "proceso" evolutivo **a** lo largo de un periodo más o menos **largo**, no cabe duda que durante él se producen múltiples "cambios". Ocorre, pues, que el hombre vive siempre en continua **crisis**, a veces intensa, a veces apenas **apreciable**, pero con consecuencias evidentes en su desarrollo individual y en **colectivo**, es decir, en el social. A través de la **Historia** comprobamos cómo el hombre **siempre** ha estado mutando, quizá de forma **imperceptible** en lo físico (aprecia **solo** a distancias temporales de milenios) pero bastante evidente en el **colectivo** **impregnado** este último de violencia constante, tal vez por las circunstancias **difíciles**.



en que se desenvolvía su vida, que obligaba siempre a la lucha.

. Y al llegar hasta aquí con el razonamiento, nos sobrecoge el temor de que el ser humano, en su conformación física y en sus relaciones personales, tal vez sea un ensayo fallido o sin terminar. Pudo, materialmente, evolucionar desde el más burdo "homínido" al mejorado "homo sapiens sapiens" (mediante quién sabe cuantos "cambios profundos"), pero como parte imprescindible integrante de un conjunto social, si no ha fracasado hasta ahora sí, al menos, ha caminado con mayor lentitud, y ello no deja de ser inquietante e invita a la búsqueda de la causa.

Con dicho fin el conocimiento del pasado nos ofrece, en un espléndido muestrario, las acciones, aventuras y desventuras de los pueblos, de cuyo minucioso examen, a un destacado intelectual le hizo afirmar que la "historia del mundo es la guerra". Y esta acertada constatación nos sitúa en la pista de una peculiaridad del hombre: la agresividad.

Acontece, pues, que de una primigenia reacción defensiva de peligros y circunstancias adversas, lógica por otra parte, le nacen, como del tronco de un árbol las ramas y debido a una inteligencia superior a otros seres vivos, habilidades ofensivas diversas que dan lugar a la creación de instrumentos y a que se atreva a conseguir deseos y apetencias antes vedados.. Desaparecidas las inhóspitas nieves glaciales, extinguidos los enormes monstruos milenarios, dominado el temor a las fieras de las selvas, el enemigo pasa a ser el "otro", el semejante que compite por el dominio de cuevas, de los territorios, de los bienes y elementos naturales aprovechables, existentes en el suelo y subsuelo,

No es mi intención hacer un estudio de cómo el ser humano va desarrollando unas ideas e impulsos negativos para los demás, que en determinadas situaciones le hacen actuar con violencia. Por fortuna, para garantizar la convivencia y evitar la autodestrucción total, se vio obligado a establecer reglas que evitaran un caos interminable de agresiones y muertes. La mutua ayuda que estas desarrollaron para la supervivencia desde el nomadismo y las cavernas, desde los clanes y tribus hasta las ciudades-estado y las modernas naciones, lograron que la humanidad avanzara, no sin ocasionales retrocesos.. Retrocesos y avances surgidos de ese cúmulo contradictorio de ambiciones, enfrentamientos, competencias, ansias de dominio, apropiaciones, egoísmos y, también, imperiosos deseos de subsistir.. Todo un rosario que conforme se ha multiplicado la creación de instrumentos de lucha, propaganda y destrucción, ponen en peligro a los más débiles e incluso a toda la vida sobre la tierra.

La facultad de pensar, que marcó la superioridad de la especie humana, no ha conseguido evitar, como arriba se ha señalado, que la guerra sea su verdadera historia. Los intentos por evitarla, pese a las varias organizaciones creadas, no lo han logrado. El ilustrado y avanzado Siglo XX ha tenido el nefasto privilegio de que en él ocurrieran las mayores catástrofes bélicas de todos los tiempos; en el siguiente, el actual Siglo XXI, continúan los genocidios, las guerras crueles, la explotación de seres en diversas formas, como la prostitución, el trabajo pesado o precario, la drogadicción... Todo ello inducido con intoxicaciones de falsas creencias, de ideologías políticas utópicas irrealizables, cuando no sembradoras de odios, envidias y enemistades. Y sin contar ni ver que lo buscado, en el fondo, son el control de reservas energéticas y materias primas, el dominio o la influencia sobre países y zonas ricas y estratégicas que permitan una supremacía de poder y fuerza en el entorno del dominador....



Lo reseñado hasta aquí, que en principio se ha denominado crisis, en realidad es una amalgama de maldades, ambiciones y ausencia de sensibilidad y moral del hombre, que provocan situaciones conflictivas y destructoras, cuya descripción fiel hizo un autor latino, al escribir: “homo homini lupus” (el hombre un lobo para el hombre), acusación que parece no va a poder corregirse.

Como ejemplo de este pesimismo, hoy podríamos denunciar los perennes luchas y agresiones en muchos territorios del mundo, la debilidad progresiva de la deseada Unión Europea como ilusionante proyecto, que durante los últimos años ha ayudado a sus miembros, pero en la que parecen resurgir, otra vez, el mal de la distinción, el nacionalismo nefasto y peligroso, la en exceso enaltecida cultura propia con desprecio de la ajena y el olvido, o incompreensión, de que lo deseable para la convivencia es el respeto y ayuda al “otro”, la unificación con base en los principios de conservación de la vida humana, sin perjuicio de asumir las ideas positivas de cualesquiera otras culturas o creencias y, sobre todo, del cristianismo, cuya inaplicación respecto a la igualdad de todos los seres humanos y de su efectiva hermandad, ha implicado la cruel permanencia, más o menos disimulada, del “homo homini lupus”.

Parece claro que si no admitimos como verdad incuestionable y como único medio de pervivencia, la idea de nuestra igualdad y de la obligación de proteger, ayudar y colaborar con el prójimo - el “otro”- sin considerarlo enemigo, el porvenir que espera a las generaciones que nos sucedan, será peor que el acontecido hasta hoy desde el comienzo de los tiempos conocidos, inmersos en casi permanentes crisis; ello en el supuesto de que los medios destructivos desarrollados, con mucha eficacia, debe reconocerse, por la inteligencia humana, sean empleados solo para la consecución de una malvada y egoísta supremacía mediante la amenaza.. De utilizarlos tras provocar un conflicto generalizado, implicaría, estúpidamente, la destrucción de cualquier forma de vida sobre este pequeño globo que habitamos, perdido en el inmenso espacio del universo....

.....

Terminado este artículo, Luis se hizo el propósito, que cumpliría con rigor, de no escribir nunca más sobre política ni ideas o hechos que pudieran inducir a enfrentamientos de unos con otros o pusieran de relieve miserias y maldades. Lo haría siempre de arte, de ciencias, de acciones positivas para la vida y para el perfeccionamiento moral e intelectual del hombre.

Abril 2017

+  
+  
+  
+  
+  
+  
+  
+  
+